

SER BOSQUES

EMBOSCARSE, HABITAR Y RESISTIR EN LOS TERRITORIOS EN LUCHA

JEAN-BAPTISTE VIDALOU

e
errata naturae

Nuestros libros se imprimen con un papel de cubierta CREATOR SILK, y para los interiores utilizamos papel CORAL BOOK O MUNKEN PRINT. Todos ellos cuentan con las credenciales ambientales FSC, ECF, PEFC, ISO14001, ISO9001, ISO50001 Y OSHAS18001.

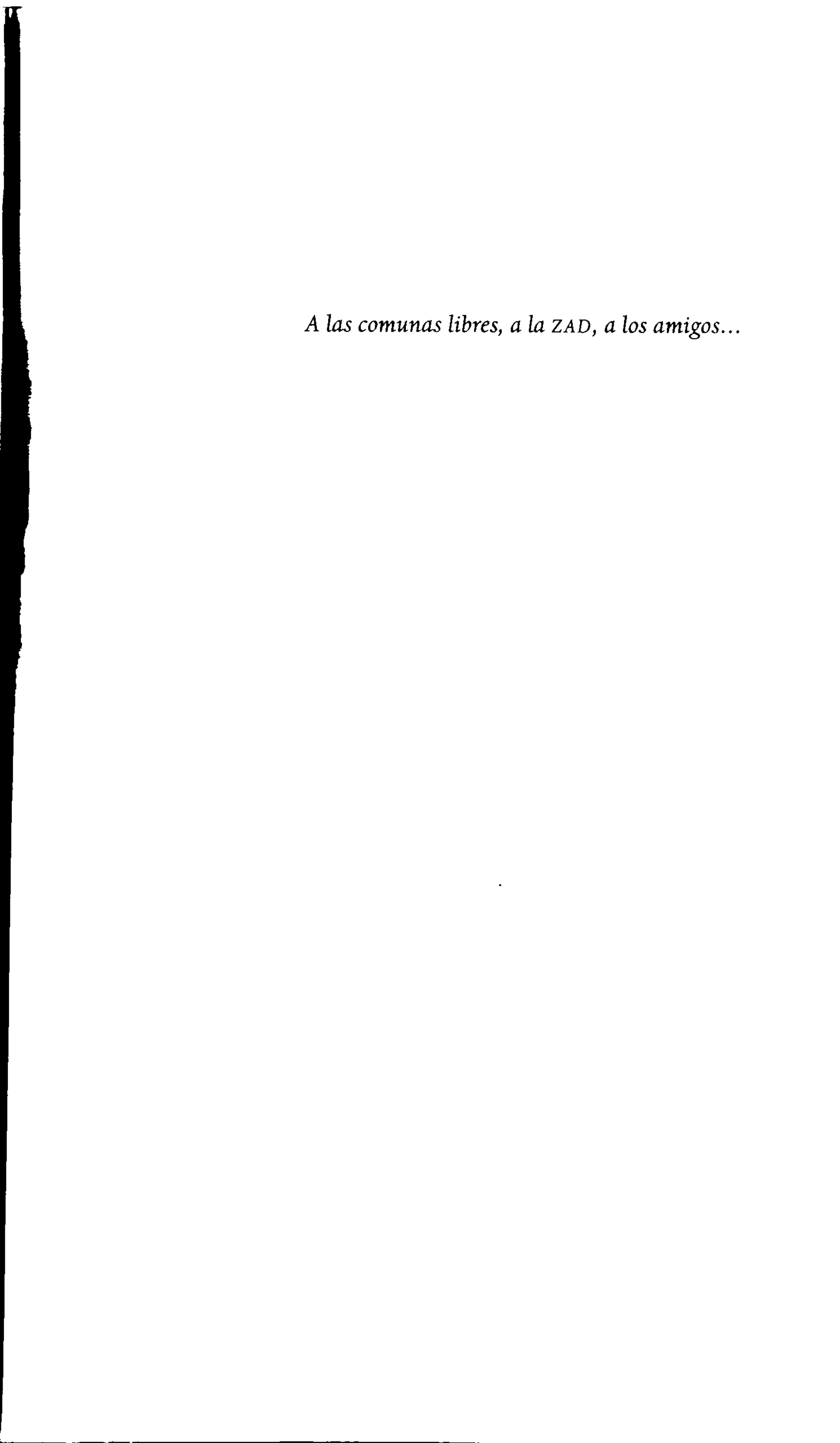


PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2020
TÍTULO ORIGINAL: *Être forêts: Habiter des territoires en lutte*

C/ Alameda 16, bajo A
28014 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-17800-48-2
DEPÓSITO LEGAL: M-1028-2020
CÓDIGO IBIC: DN
IMAGEN DE PORTADA: Archives Mauvaise Troupe
MAQUETACIÓN: A. S. y Sara Pintado
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

ÍNDICE



A las comunas libres, a la ZAD, a los amigos...

Todos los días hay brotes nuevos en el hueco de la devastación. Nosotros y nadie: el bosque.

GROUPE ÉPOPÉE, 2012

ALLÍ DONDE SE VIVE, ALLÍ DONDE SE LUCHA

Habitar, poblar, partir de la situación.
Conservar siempre ese potencial.

ALAIN DAMASIO,
LE DEHORS DE TOUTE CHOSE

Esta época no parece sustentarse ya en gran cosa. La época que huye de su propio desastre refugiándose en su «nave espacial Tierra», la que tantas esperanzas había depositado en la religión del Progreso, se ve ahora abandonada a los designios de un globo a la deriva, despojada de todo sentido, por completo *extra-terrestre*. La misma época que pretende gobernar el mundo se aleja de él sin remedio. Hasta despegarse del suelo. La gestión tecnocrática es la pobre salvación de la que aún puede valerse.

Porque eso es lo único que hace esta época: *gestionar*. Gestiona los ecosistemas, gestiona las poblaciones, gestiona los cuerpos, del mismo modo que gestiona una red eléctrica, que gestiona una sala de control, que gestiona una cabina de mandos. Esta misma época que quería construir un paraíso está viviendo un auténtico infierno. La cartografía que nos muestra se extiende, de un tiempo

a esta parte, sobre un paisaje devastado: por un lado, obras titánicas con las que se destruye la vida; por el otro, una biodiversidad de museo.

Nunca se había hablado tanto del «planeta», del «clima», del «medio ambiente global» como ahora, justo cuando nos vemos encerrados en el más pequeño de los mundos: el mundo de los ingenieros. Nunca se había escrito tanto sobre la «diplomacia climática» como ahora, cuando lo evaluamos todo mediante cálculos y algoritmos. Nunca habíamos disertado tanto sobre el «carbono» para planificar sus mercados. Los entornos naturales, como los linderos o las cercas de nuestros campos, se convierten en infraestructuras equiparables a tantas otras, en IAE (infraestructuras agroecológicas) con sus «servicios de ecosistemas» catalogados mediante teledetección espacial.

Esta visión estratosférica parte de un concepto según el cual estaríamos viviendo en este planeta como si se tratara de un mapa a escala 1:1, un plano en el que podríamos examinar los seres y las cosas en tiempo real. Igual que por una pantalla desfilan tal o cual variable de población, tal o cual cursor de biomasa. Siempre puntos catalogados, flujos controlados. A todo lo que pertenece aún al ámbito de lo heterogéneo, a todo lo que se las arregla con una generosa opacidad, siempre demasiado caótico a ojos de los «intendentes del planeta», se le ordena que deje integrarse en esa puesta en equivalencia generalizada. De una vez por todas legible y gobernable.

No sorprende que Google colabore con la NASA en la compilación y transformación de millones de imágenes

por satélite acumuladas por el programa Landsat desde hace más de cuarenta años. Un algoritmo analiza sin cesar la evolución de las nuevas imágenes por satélite que se van recibiendo y, una vez eliminadas las variaciones ligadas a las estaciones o el clima, puede detectar, en tiempo real, las fluctuaciones mundiales de la masa forestal. Gracias a Global Forest Watch, Google se vanagloria de ser, así, el primero en ofrecer, tanto a los profesionales como al gran público, imágenes de altísima resolución sobre el estado de los bosques. Evidentemente, existe una aplicación para móviles. Que una empresa con el objetivo de cartografiar el conjunto del planeta, al mismo tiempo que la totalidad de la vida de sus habitantes, se interese hoy en día por los bosques dice mucho de la intensificación de este control, que se ha vuelto hegemónico. Y estos espacios, estos bosques, no tienen sentido más que una vez medidos, una medida que tiene en cuenta incluso su destrucción: ahí es donde se halla realmente el desastre. Cuantificar lo incuantificable. Google nos dice que la Tierra ha perdido 2,3 millones de km^2 de bosque entre 2000 y 2012, el equivalente a cincuenta campos de fútbol por minuto.

No parece descabellado juzgar una época por cómo trata sus bosques. A ésta se la juzgará por cómo mide, píxel a píxel, su propia devastación.

Una leyenda sumeria, fechada en el 2700 a. C. (sin duda, la primera historia escrita de la humanidad), cuenta el viaje del gran «héroe» primordial: Gilgamesh. Este legendario rey de una ciudad sumeria, obsesionado con

la muerte y movido por el deseo de alcanzar la fama eterna, decide emprender un viaje hacia un bosque de cedros. Para lograr la gloria correspondiente a su rango, pretende matar a Humbaba, el demonio que rige en ese bosque sagrado. Una vez consumado el sacrílego asesinato, Gilgamesh tala el bosque y envía los troncos hacia la ciudad, flotando por los ríos, como si fueran cadáveres de incontables ritos fúnebres. El rey Gilgamesh destruye así otra ley igualmente antigua, la ley de lo que está «fuera» de los muros de la ciudad. La ley del bosque. Más allá del mito, parece que la civilización de los sumerios fue la primera en deforestar de forma masiva, en devastar los famosos bosques de cedros del Líbano. Tuvieron que ir cada vez más al norte, insaciables, para encontrar nuevos recursos, hasta dejar todas las montañas desnudas. La historia de Gilgamesh cuenta, quizá, la primera catástrofe ecológica, esa catástrofe que es la propia civilización.

Los mitos eran el testimonio de su época, pero hoy en día ya no tenemos siquiera relatos para entender la nuestra. Sólo nos quedan paredes de pantallas para contemplar el desastre. Y los ojos para llorar. La devastación del mundo se ha convertido en ese objeto que se observa «desde arriba», desde los satélites. En cualquier caso, aquí somos como extranjeros. Literalmente desgajados del mundo sensible. Por otro lado, desde tan arriba, a través de esos datos satelitales, ¿qué se ve? Desde luego, no las formas de vida de un bosque, ni la profusión de plantas ni la bulliciosa vida del suelo. Si en los mitos había «signos»

que traducían el mundo a gestos, en las pantallas táctiles ya no hay más que «señales».

Pero, si volvemos a la Tierra, si rompemos la pantalla que nos separa de la realidad, el bosque se nos ofrecerá de un modo por completo distinto. Si vamos a ese bosque, si recogemos o cortamos leña en él, si recolectamos en él, si cazamos en él, si jugamos en él, si paseamos por él, si lo defendemos, si luchamos por él, lo entenderemos de otro modo que en términos de cifras, recursos y datos. Y así podremos construir otra relación con el mundo, hecha de espacios irreductibles entre sí. Una forma de mantenerse erguido. De no agachar más la cabeza. Arraigarse, pero, también, brotar. Desplegarse. Algo así como una verticalidad inédita. Esto es, quizá, al menos de entrada, un bosque, y lo que queremos defender en él: un acontecimiento vertical. Algo que, frente a lo ajeno del mundo administrado, está por fin *aquí. Plenamente aquí.*

La civilización occidental se ha construido, piedra a piedra, sobre las cenizas de los bosques, y no es descabellado pensar que ahora mismo éstos están respondiendo, como ha ocurrido en otros momentos de intensa configuración histórica. Nuevos brotes vienen a perforar cada día más la capa de hormigón de esta época.

Aquí no es cuestión tanto del *bosque* como de los usos y los vínculos que tenemos con *los bosques*. Más bien, se trata de ver que *somos bosques*. Unos bosques que no serían tanto ese pedazo de «naturaleza salvaje» como una cierta aleación, una cierta composición enteramente singular de vínculos, de seres vivos, de magia. No una

superficie, sino una fuerza que crece en su corazón y en sus lindes. Los bosques son una realidad sensible, mucho más que un «espacio cubierto de árboles», de acuerdo con su definición habitual, son una forma concreta de disponer el mundo, de imaginarlo, de apegarse a él. Tal vez, quienes habitan barrios, campos o sotos podrían llegar a las mismas conclusiones. En cualquier caso, se trata de las formas que nos damos y de las materias que modelamos, como las venas de la madera bajo los gestos de la mano. Como ese bello armazón que proviene de un bosque cercano y que los compañeros habrán ido a buscar con ese objetivo determinado, escrutando los árboles y viendo ya en ellos las asambleas que albergará la nueva edificación. Una forma también de cuidar, de curarse de la devastación. Y de defendernos juntos.

Desde hace una década, ya sea en la ZAD[1] del bosque de Tronçay (en el Morvan), en los bosques de Sivens, en

[1] La ZAD o *Zone à Defendre* (zona por defender) es por definición una comunidad anarquista autogestionada cuyo nombre genérico se apropia, de manera irónica, de las siglas de *Zone d'Aménagement Differé* (zona de desarrollo futuro), calificación que otorgó el Gobierno francés en la década de 1970 a una extensión de doscientas hectáreas, en Notre-Dame-des-Landes, en la que pretendía construir el tercer aeropuerto más grande del país. El proyecto del Gobierno, que arrasaría un humedal de gran valor ecológico, implicaba también expropiar la tierra a los campesinos y campesinas, así como al resto de la población local, y, como consecuencia, expulsarles y que buscaran una nueva forma de ganarse la vida, pero se topó con una reacción popular eficaz y organizada. El proyecto del aeropuerto fue relanzado en 2003 por el alcalde de Nantes, primer ministro del Gobierno socialista de Hollande. En esta ocasión surgió una nueva ola de resistencia articulada entre el Partido Verde francés (EELV), asociaciones ecologistas, ciudadanos, campesinos y activistas. Los políticos y la ciudadanía trataron de abrir una vía de negociación con el poder para frenar la construcción, pero, a partir de 2009, cerca de 150 ecologistas y anarquistas optaron por una estrategia más radical y ocuparon esta ZAD,

Notre Dame-des-Landes, en el bosque de Chambarans (en Roybon), en Bure o en las Cevenas, es evidente que está ocurriendo algo con los bosques y con otros «espacios de escasa densidad», como se dice en el sórdido despacho de algún sórdido mandamás. Hay quienes han empezado a habitar esos espacios, y lo hacen con una *intensidad* absoluta. A habitarlos, precisamente, contra la planificación a la que están destinados, contra ese futuro acondicionado que querría verlos convertidos en «sistemas dinámicos», «proscenios de la metrópolis», «plataformas productivas» o puras «zonas de relegación», con la determinación de salir del mundo de la economía y del vacío que supone, de bloquear sus infraestructuras de muerte. Y así se dibuja una relación por completo distinta con el territorio. Otra sensibilidad toma cuerpo. Una sensibilidad común que se construye con oposición directa a esa ciencia militar que es la ordenación del territorio: aquí, contra una presa; allí, contra un centro recreativo, un aeropuerto, una planta de extracción de biomasa. Pero no se trata de una cuestión local. Los campesinos de Guerrero, en México, llevan más de quince años luchando para liberar sus bosques de la explotación agrícola; los tramperos del pueblo cree, en Canadá, defienden el bosque boreal del valle de Broadback contra la deforestación; los penan de Borneo levantan

---

que bautizaron como *Zone à Defendre* (Zona por defender). Tras casi una década de luchas y sucesivos intentos de desalojo, el Estado decidió abortar el proyecto del aeropuerto, si bien a continuación envió a 2.500 agentes antidisturbios (una de las mayores operaciones policiales en Francia) para destruir la ZAD, que contaba en ese momento con 300 habitantes. Con el tiempo, han ido surgiendo otras ZAD por toda Francia. Más información en http://zad.nadir.org. (N. de la T).

barricadas y se arman de cerbatanas contra las compañías de plantaciones de palmas aceiteras; en el bosque de Hambach, en Renania, la resistencia se organiza para bloquear la extracción de lignito a cielo abierto y la destrucción del último bosque primario de Europa; en Grecia, cerca de Ierisós, los vecinos luchan para defender el bosque de Scuriés frente a una mina de oro y cobre... Por doquier se libran batallas en las que resuena esta misma idea: el bosque no es un yacimiento de biomasa, una zona de desarrollo futuro, una reserva de la biosfera ni un sumidero de carbono; el bosque es un pueblo que se subleva, una defensa que se organiza, imaginarios que se intensifican.

Partiendo de donde vivimos, y tratando de recuperar un cierto asidero para nuestras vidas, hemos ido al encuentro de nuestro bosque, de nuestros bosques y, también, de quienes los defienden. Allí hemos descubierto una percepción totalmente distinta de esa idea asfixiante de la ordenación territorial. Hemos descubierto innumerables continentes, senderos inéditos, amistades inquebrantables. Una percepción del mundo según la cual es posible, por fin, respirar. Hemos conocido también épocas y países que no por parecer más alejados nos han resultado menos cercanos, casi íntimos. Así, nos han mostrado una nueva geografía que ver y también que recorrer. Se han desplegado seres y objetos que han comenzado, a su vez, a habitar nuestros lugares, nuestras almas. Aquí sólo he intentado amplificar ese encuentro, hacer ver lo que acarrean esos pueblos del bosque, esas luchas, esos

imaginarios, demostrando la singularidad común que comportan, y de una manera intrínsecamente actual. Con la contundente sensación de habernos vuelto más fuertes. Y, desde ahí, poder entender, con una perspectiva distinta de la de las eternas víctimas, la guerra que se nos ha declarado.

Hay lugares así, que cristalizan vínculos irreductibles, vínculos que no se pueden traicionar. Habitarlos es también habitar una historia, con su pasado insurrecto. Aquí, en estas montañas conocidas como las Cevenas, el pasado puede leerse de forma directa sobre el territorio. Sus sierras y quebradas han sido el escenario de distintas formas de revuelta, ya fuera la Guerra de los Camisardos, a comienzos del siglo XVIII, o los maquis antifascistas durante la Segunda Guerra Mundial. Más adelante, en los años ochenta, también la lucha popular y victoriosa contra la presa de la Borie. Parece que estas zonas montañosas fueran propicias para refugiarse y organizar formas originales de resistencia. Resulta emblemática la citada Guerra de los Camisardos, cuya relación de fuerzas no se vio determinada sólo por la geopolítica del conflicto religioso, sino por toda una realidad territorial y los repetidos intentos del poder por allanar sus profundos valles y sus afiladas crestas. Para convertirlos en un mapa liso, *legible*, en definitiva. Lo que está ocurriendo hoy en torno al proyecto de la empresa alemana EON, con su megacentral de biomasa en Gardanne, que iría a las Cevenas a aprovisionarse de madera, no es ajeno a esta lógica de la «penetrabilidad». El proyecto viene a reforzar la vocación de la

región, dedicada, desde los años sesenta, a la explotación maderera, el turismo y la musealización de la naturaleza. El hecho de que estos polos se superpongan punto por punto no es contradictorio. La conservación y la explotación constituyen hoy las dos caras de una misma forma de colonización, que aspira a sacar de su aislamiento estas montañas y mesetas y a introducirlas en el orden general de funcionamiento de la economía. Aquí, como en todo el planeta, lo que se conoce como «ordenación territorial» debe entenderse como una guerra de baja intensidad. Una guerra emprendida no sólo contra los lugares que aniquila, sino contra los propios seres vivos.

Toda fricción del terreno, como todo pueblo demasiado firme, deberá allanarse o enfrentarse, tarde o temprano, al poder de la ordenación territorial y sus militares. Los bosques no son más que uno entre varios frentes, pero se encuentran casi siempre en primera línea de los proyectos de muerte. Se trata de las mismas estrategias, moderando algunas sutilezas más o menos democráticas o más o menos fascistas, que prevalecen sin excepción en toda la superficie del globo. Evacuar, arrasar, extraer, explotar. Ya sea para la construcción de una presa, cargamentos de madera para la obtención de energía, un centro vacacional con piscina tropical, un cementerio nuclear o un aeropuerto, en cualquiera de los casos, el mecanismo consiste en poner en circulación materias primas y sus escombros sobre las ruinas del mundo.

¿Sorprende que el propio término «ordenación», referido al monte y a los bosques, remita a la «dasocracia»,

que se define como «la ordenación de los montes, a fin de obtener la mayor renta anual y constante, según la especie, método y turno de beneficio que se hayan adoptado»? En efecto, los bosques, y los pueblos que vivían en sus lindes, son quienes sufrieron en carne propia la presión de los poderes de turno, primero reales y luego estatales. En Francia, los gigantescos bosques reales del siglo XVII se «ordenaron» para la caza con perros, como si fueran auténticas ciudades, con sus carreteras, sus cruces en forma de estrella, sus rotondas, su disposición geométrica. En el siglo XVIII, con el proyecto de cartografía impulsado por Colbert, los bosques se sometieron a una parcelación rigurosa y una acotación sistemática. Los ingenieros militares de la época, como el célebre Vauban, eran también perfectos conocedores de la economía silvícola. En primer lugar, se recurrió a la reducción de los ángulos muertos, a las perspectivas, a los ángulos de tiro para convertir el bosque en un terreno de caza y, posteriormente, a la construcción de un nuevo tipo de fortificaciones. En el siglo XIX, la gestión forestal impondría su dominio para terminar de transformar el bosque en un espacio bajo control. A veces, espacio pseudo-mítico y recreativo; a veces, yacimiento de leña. En ambos casos, un simple «recurso» que gestionar. Y, para acceder a él, primero hacía falta abrir carreteras, carreteras y más carreteras. El poder reticular, hoy omnipresente, que lanza sus multípodos al asalto del mundo a través de innumerables nudos de autopistas, fibras ópticas, tendidos de cables de alta tensión y centros de datos, no tiene su origen en una

utopía lejana, sino en la ordenación de estas zonas que son los bosques.

Y de ahí es de donde partimos, del estado de devastación de nuestro mundo, cuya destrucción acelerada sería una locura mantener. Para poder encontrar un camino practicable, menos funesto, debemos aprender a contrarrestar la dominación material de las redes. Y, de esta forma, reapropiarnos de las condiciones de vida. Se trata de localizar el poder: ¿por dónde pasa, cómo circula, quién hace qué? Como bien dice el Comité invisible, el poder actual no se define por sus instituciones políticas, sino por sus infraestructuras. Es arquitectónico, más que representativo. Dispone los espacios, administra las cosas, gobierna a las personas. Ante ese poder tan material, volverse contra los símbolos representativos ha dejado de tener consecuencias. Hay que fijarse en la ingeniería, en la ordenación territorial, en el diseño de las redes de todo tipo de comunicación para comprender a qué nos enfrentamos. «Identificar este sistema, trazarle contornos, descifrar sus vectores es devolverlo a su naturaleza terrestre, reducirlo a su rango real. Hay ahí también un trabajo de investigación, el único que puede arrancarle su aura a lo que se pretende hegemónico»[2].

La configuración actual del bosque se presenta sobre este eje totalmente «ordenado». Es menos un objeto institucional que un conjunto atravesado por flujos, recursos

[2] Comité invisible, *À nos amis*, París, La fabrique éditions, 2014, p. 192. Trad. cast. *A nuestros amigos*, Logroño, Pepitas de calabaza, 2015, p. 206.

y energía. Y el cuerpo del Estado que asegura seguir gestionándolo no se comprende sino en la medida en que es, desde un punto de vista histórico, un cuerpo de ingenieros. Resulta evidente que la transformación de los bosques en infraestructuras energéticas es el punto de contacto, el síntoma flagrante de la fusión entre las funciones de «gestión patrimonial», «ordenación» y «producción energética», sin que pueda hacerse ya ninguna distinción válida entre poder político y poder infraestructural. Así, la alianza entre la eléctrica alemana EON y el Parque Nacional de las Cevenas en un proyecto de explotación del bosque para la obtención de madera para energía, entendida por muchos como una traición por parte de los poderes públicos, no debe engañarnos sobre la política primera de ese tipo de sistemas, que consiste en hacer del bosque un «mito recreativo» y un «recurso explotable»: invariablemente, una infraestructura. En este sentido, resulta obvio que la cuestión de la central de biomasa de EON no afecta sólo a los «lugareños».

Investigar sobre lo que está ocurriendo aquí, de manera local, implica, pues, tarde o temprano, hacer frente a la organización misma de este mundo. EON, tercer grupo mundial de energía y paradigma del poder infraestructural (productor de energía nuclear, gas, petróleo, energía eólica y biomasa, pero también de aluminio, acero, logística, embalajes, electrónica...), está planificando una explotación forestal en un radio de cuatrocientos kilómetros, lo que significa que podría afectar, en su punto más cercano, a la central de Gardanne y los departamentos

de Bocas del Ródano, Vaucluse y Var, y luego, por expansión excéntrica, a los de Alpes de Alta Provenza, Gard, Hérault, Aude, Aveyron, Lozera, Ardecha, Drôme, Altos Alpes, Alpes Marítimos, y finalmente, en su punto más alejado, a los de Pirineos Orientales, Ariège, Alto Garona, Tarn, Alto Loira, Isère y Saboya: en resumen, casi la mitad de Francia. El grupo pretende extraer... ¡no menos de ochocientas cincuenta mil toneladas de biomasa al año! Sabiendo que la conversión de la central (del carbón a la biomasa) se ha hecho con un aporte de fondos de unos doscientos veinte millones de euros, financiados en parte por la Caisse des dépôts et consignations y su filial de «infraestructuras», se entiende mejor todo lo que pone en juego este tipo de «proyecto de energía limpia».

Hoy en día, la propia crisis energética no es sino un medio para experimentar nuevas formas de gobernanza y las medidas de excepción aparejadas. Aquello que la sacrosanta «transición ecológica» nos ofrece, como movilización cotidiana, no consiste, por supuesto, en una alternativa al desastre que está produciéndose, sino sólo en un intento de poner un remedio ilusorio a la debacle del cuerpo político. En los despachos de la UE o de la OTAN, quienes gobiernan el mundo no darían de forma tan alegre su beneplácito al dossier de la «transición» y sus infraestructuras si, a través de esta cuestión estratégica, no se estuviera jugando alguna redistribución en la gobernanza de los seres humanos (y la voluntad, por su parte, no de «transicionar» —¡menuda broma!—, sino de darse un cierto margen). La época de los cambios de época

terminó, como tarde, en 1945. Ya no vivimos en una época de transición previa a otras épocas, sino en una *prórroga*, como decía Günther Anders, uno de los pensadores con una percepción más afilada de la historia.

Ante quienes se atrevan a cuestionar cualquier elemento de ese nuevo ídolo que es la «transición», la única respuesta del gobierno es la amenaza de *black-out* que profieren los dirigentes políticos. Obedeced o vendrá el caos. Cooperad o volveremos a la época de las velas. En la visión estratégica de la RTE (Red de Transporte de Electricidad francesa), el vínculo social es la red eléctrica: «Para asumir el reto de la transición energética, debemos apoyarnos en lo que nos une: la red de distribución de electricidad, las autopistas de la energía». Algo que dice mucho sobre lo que queda de los «vínculos sociales», pero también sobre el tipo de entramado global que se está preparando. El poder pretende, a través de la nueva religión de las «energías verdes» y de las redes eléctricas inteligentes, profundizar su obra salvífica, que no es sino un control aún más estrecho de la población. Todavía más contadores inteligentes, objetos conectados, sensores. Ésta es la idea del poder gubernamental: preverlo todo, calcularlo todo, es decir, reducirlo todo a la economía.

Partiendo de donde vivimos, de donde luchamos, nuestra apuesta es contraria de una manera radical. No todo es calculable, no todo es economía. En todas partes hay seres y objetos que resisten a esa equiparación integral. Fuerzas vivas que ya no soportan esta devastación de la existencia. En su intento de abandonar la maquinaria

social y sus circuitos, crean espacios nuevos a la altura de sus deseos, asentados en la propia Tierra. Volver a empezar desde ahí, desde esa *gravedad*, eminentemente política. Esto, por supuesto, no quiere decir dejar de verse ni de viajar, sino trazar otras líneas, líneas de vida, líneas de lucha que se cruzan, que proliferan. Lo que ocurre aquí tiene ya un reflejo allí, más lejos.

No vamos a dar recetas ni soluciones listas para aplicar. Tan sólo procuramos *ser bosques*. Como una fuerza que crece, raíz a raíz, tallo a tallo, hoja a hoja. Hasta las copas exuberantes, entre el cielo y la tierra. Volvernos ingobernables.

UN TERRITORIO PECULIAR

Esto habría terminado ya si quisieran avanzar en una tropa más grande, pero se dispersan por el bosque, se reagrupan para acometer una acción y enseguida se vuelven invisibles, pues acceden a lugares imposibles de conocer.

CARTA DEL MARISCAL DE BROGLIE, 1702

En octubre de 1701, Abraham Mazel, cardador de lana, uno de los profetas de las Cevenas que lideraron la insurrección de los camisardos, tuvo un sueño. En él vio a unos bueyes negros muy gordos que se acercaban a pacer entre las matas de un huerto. Los bueyes representaban, en realidad, a los papistas que los protestantes tenían que espantar de sus huertos, de sus templos. Tras esta inspiración, y con ayuda de una pequeña tropa bajada de la cima del monte Bougès, Mazel decidió liberar a los prisioneros de Pont-de-Montvert, retenidos en la residencia del abad de Chayla, arcipreste de las Cevenas, inspector de misiones, escuelas y caminos y uno de los torturadores más odiados de la región. La liberación de los prisioneros y la muerte del abad inauguraron ocho años de guerrilla en las montañas de la zona, librada por pequeños grupos

itinerantes que contaban con el apoyo de la población y un conocimiento exhaustivo del terreno. Así, entre dos y tres mil hombres tuvieron en jaque a veinticinco mil soldados. Los camisardos recurrían a tácticas de guerrilla: interceptaban los convoyes reales que unían Floriac con Saint-Jean-du-Gard (la actual Corniche des Cevennes) y organizaban emboscadas nocturnas por todo el territorio, que Basville, el intendente del rey Luis XIV (una especie de prefecto de la época) había descrito en sus desconsolados informes como «impracticable». Para enfrentar tan singular topografía, por cierto, mandó abrir las famosas «arterias», con el fin de que sus tropas pudieran avanzar. El territorio estaba demasiado «aislado», también para gran consternación de De Broglie, mariscal de Languedoc, quien, en una carta fechada en 1702, señala con desdén:

> Si este territorio no fuera tan peculiar, se podría poner fin más fácilmente a la situación, pero, cuando nadie quiere hablar y no hay más que montañas y precipicios surcados de torrentes, es imposible encontrar nada, por mucho que se busque, si no es gracias a una serie de casualidades infinitas... Tenemos que intentar, a fuerza de ir y venir con destacamentos que corran sin cesar, encontrarlos y derrotarlos, cosa que sucederá sólo si conseguimos caerles encima[3].

[3] Philippe Joutard, *Les Camisards*, París, Gallimard, 1976, pp. 177-178.

«Un territorio peculiar» cuyo relieve se presta a la perfección a la guerra de emboscadas, con su sucesión de valles y líneas de cresta, sus bosques, su entramado de caseríos, de granjas, de manantiales y de senderos, sin secretos para los hijos de la región, con sus incontables cuevas y escondrijos. Los camisardos son, antes que nada, partisanos que luchan en su valle o en su montaña. Su fuerza es su arraigo y el apoyo incondicional de la población. Se trata de un poder *telúrico*. Aprovechan tal ladera sumida en sombras, tal bosque, tal peñasco, tal cueva, tal caserío para ocultarse, reunirse, organizar un almacén de municiones, un hospital improvisado para los heridos, abastecerse. Pero también en las llanuras, lejos de sus bases montañosas, llegando sin invitación a las ciudades, parece que pueden aguantar un cierto tiempo y valerse de mil ardides (sobre todo, los disfraces y las emboscadas) para burlar a las fuerzas reales. Y lo más importante: los camisardos no defienden el bosque, *son* el bosque, *son* la montaña. Un bosque que profetiza, que lucha, que sana, una montaña que merodea, se desplaza y otorga victorias. Las grandes gesticulaciones de los y las profetas, su efusión afectiva, sus estremecimientos y sus discursos apocalípticos no eran los signos de una histeria cualquiera, sino de la fuerza colectiva que surgía de la experiencia de haber visto sus instituciones y a sus pastores huir a Suiza o a Inglaterra, en lugar de presentar batalla a su lado. Estos excesos *expresivos* habían sido diagnosticados como «fanatismo», una suerte de nueva enfermedad mental, por los doctos

médicos de Montpellier para conjurar así algo que no comprendían.

Ante esta revuelta inédita, la estrategia logística del intendente Basville consiste en construir en tres frentes: ampliar las iglesias, edificar fuertes (Nimes, Alès, Saint-Hippolyte, todos ellos construidos por los ingenieros militares del cuerpo de fortificaciones) y abrir caminos para el transporte de tropas y materiales. La ordenación de la red viaria (tanto caminos aptos para ruedas como travesías) se revela cada vez más indispensable. El plan militar, pues, no puede distinguirse de otro que discurre en paralelo, el de los ingenieros. Estos personajes, muy apreciados por Basville debido a su competencia en ámbitos diversos, desempeñarán en Languedoc un importante papel en lo relativo al urbanismo, la arquitectura y la construcción de puertos, canales o jardines. Los caminos reales de las Cevenas se acoplaron a los ejes de circulación económica y militar, cuyo mantenimiento se financiaba, sobre todo, a través de los Estados de Languedoc. En esta red de llanura, el intendente Basville ordena abrir, en el norte, sus «arterias», vías estratégicas cuyo principal objetivo era controlar mejor el macizo de las Cevenas. Como escribe en 1992 un antiguo prefecto, no sin cierta admiración tecnocrática por la política logística del intendente:

> Las arterias son los primeros caminos reales de las Cevenas, que, hasta no hace mucho tiempo, aún se conocían como «caminos de Basville». Fiel a su método, Basville recurre

> a ingenieros especializados en técnicas de construcción viaria para establecer los trazados y los costes, que dependen de la dificultad de cada tramo. El manual básico que consultarán todos los responsables en materia de caminos, ya se trate de ingenieros militares o civiles, de subdelegados del intendente o de inspectores de caminos, es *Le traité de la construction des routes*, del ingeniero Gautier [uno de los primeros inspectores generales de puentes y caminos, que participará, más tarde, en la construcción del canal del Mediodía]. Este libro recomienda los nuevos métodos de establecimiento de perfiles viarios y de uso de explosivos en las zonas de roca dura. [...] Basville vincula a conciencia todo tipo de rutas, desde vías para carros de bueyes hasta caminos de arrieros, únicos medios de transporte conocidos en las Altas Cevenas hasta finales del siglo XVIII[4].

A pesar de estas «arterias», las Cevenas siguen siendo en su mayor parte inaccesibles, en lo relativo a su topografía misma y a los medios de vida anclados a ella. Como si algo *irreductible* resistiera siempre a esa voluntad de legibilidad y de colonización.

Cabe añadir que las tropas reales no se detuvieron ahí. Ante una revuelta que no podían dominar, en el invierno de 1703 se decidió «arrasar las Cevenas», es decir, sacar el pez fuera del agua. Aterrorizando a la población,

[4] Robert Poujol, *Basville, roi solitaire du Languedoc*, Montpellier, Les Presses du Languedoc, 1992, pp. 85-86.

destruyendo los hornos de pan, quemando las casas, había que procurar que los rebeldes se vieran «al descubierto», sin apoyo material. En muchos pueblos, toda la población acabó deportada: los hombres, condenados a muerte o mandados a galeras; las mujeres, encarceladas en la torre de Constance o en Perpiñán; los niños, enviados a familias católicas. Unas técnicas de terror psicológico que seguirán retomándose en las guerras coloniales hasta el siglo XXI.

Esta guerrilla de «fanáticos» fue, en realidad, la insurrección de todo un pueblo y la defensa común de un territorio en guerra. Territorio a la vez geográfico e imaginario, pues sobrepasaba de largo las Cevenas para extenderse por todas las regiones limítrofes. Y hasta los países del exilio, a Suiza, a Inglaterra. La Guerra de los Camisardos se convirtió, mucho más allá de las conmemoraciones de la comunidad protestante, en un caso de estudio para que los expertos en estrategia contrainsurreccional «pudieran extraer lecciones militares desde las montañas de las Cevenas hasta los relieves afganos»[5]. Los expertos lo han calificado de arquetipo de la guerra asimétrica «con un trasfondo de fanatismo religioso». Hay quienes, imponiendo su estrechez de miras a este fenómeno singular, lo han convertido en una especie de «guerra contra el terrorismo» en pleno siglo XVIII, mucho antes de Argelia, Afganistán, Irak y Siria.

[5] Paul Bury, «Une guerre irrégulière, civile et religieuse, l'exemple de la Guerre des Camisards», *Stratégies irrégulières*, París, Economica, 2010, p. 250.

Pero la Guerra de los Camisardos no puede entenderse sin vincularla a otro ámbito, que estaba surgiendo entonces, a saber: el de la ordenación del territorio. Un frente que no podía desplegarse más que a través de las funciones militares y civiles del ingeniero, con el objetivo de *alisar, aplanar* todo obstáculo, fuera éste natural o humano. El intendente Basville no habría dedicado tanta tenacidad ni tantos medios materiales a sofocar esta revuelta popular si detrás del conflicto religioso no estuvieran urdiéndose las primeras grandes obras de ordenación. Basta con atender a las deliberaciones de los Estados de Languedoc, a finales del siglo XVII y principios del XVIII, para ver el alcance de los esfuerzos invertidos en las obras públicas y las comunicaciones: desecación de ciénagas, construcción de canales, carreteras, puentes o puertos (como el de Sète, muy importante para la logística militar). A partir de entonces, las Cevenas, «ese territorio peculiar», constituyen una comarca demasiado enclavada en el mapa de una región en plena transformación. En el marco general del desarrollo comercial y manufacturero del reino de Francia, la circulación y los intercambios son lo prioritario. Mientras se ajustan los primeros cálculos de rentabilidad, las carreteras se clasifican en función de su interés económico. En el siglo XVIII, se crean por fin mapas precisos del país. La idea de la ordenación del territorio ve la luz: la yuxtaposición anárquica de las particularidades locales deberá ceder su lugar al territorio moderno, mensurable, calculable en términos tanto técnicos como económicos.

No sorprende que sea a un ingeniero general de puentes, aguas y bosques, formado en la Polytechnique[6] y la Escuela Nacional de Puentes y Caminos, Antoine Picon, a quien se le debe un análisis muy minucioso de esta historia, aparecido en un libro publicado en 1988, *Architectes et ingénieurs au siècle des Lumières*:

> El ingeniero del siglo XVIII recibe la tarea de volver a coser los jirones de un territorio fracturado. Su «genio» se utiliza para restablecer unas «comunicaciones útiles» entre lugares separados por un accidente geográfico a primera vista infranqueable [...]. Concretamente, el ingeniero se dedica, ante todo, a las comunicaciones físicas. Debe reconectar provincias por medio de carreteras y canales, tender puentes, construir puertos [...]. Un alumno de la Escuela de Puentes, en el siglo XVIII, relata esta lucha violenta del ingeniero contra el territorio: «Tras haber examinado en la teoría el funcionamiento de los mundos infinitos que se ofrecen a sus ojos, tras haberlo fijado en uno u otro hemisferio, tras haberse dedicado a las formas de combatir los elementos y de hacer que sean útiles y se plieguen a sus objetivos, el erudito sale de su despacho y varios miles de brazos sometidos a sus órdenes son otras tantas palancas que utiliza para allanar las montañas, juntar los mares y volver fértiles las regiones inhabitadas»[7].

[6] École Polytechnique, prestigiosa escuela superior pública de ingeniería, fundada a finales del siglo XVIII y que se halla hoy bajo la tutela del Ministerio de Defensa francés. (N. de la T.).
[7] Antoine Picon, *Architectes et ingénieurs au siècle des Lumières*, Marsella, Parenthèses, 1988, pp. 208-211.

Esta descripción resulta de lo más elocuente con respecto a la guerra que el ingeniero libra contra el mundo. Es válida tanto para el Siglo de las Luces como para nuestra época, en la que el «genio» calculador parece haber evolucionado hasta tal punto que sus estimaciones abarcan, en la actualidad, toda la superficie del planeta. A través de innumerables redes, comunicaciones y contabilidades, eso es lo que hacen los ingenieros: convertir el mundo en un *sustrato homogéneo*, una superficie plana sobre la que depositar y ejercer el poder. La verdad, que heredamos de tres siglos de progreso, tiene menos el tono de las grandes ideologías que el soniquete material de las infraestructuras, que inscribe en la carne del mundo sus leyes hechas de acero, hormigón y cables.

UNA PEQUEÑA HISTORIA SOBRE MAPAS

El mapa es el instrumento de una domesticación del territorio del Otro, quien a su vez sufre un extrañamiento sutil, pero inexorable.

BERTRAND WESTPHAL,
LE MONDE PLAUSIBLE. ESPACE, LIEU, CARTE

Existe un mapa de las Cevenas dibujado en 1703 en París por un geógrafo del rey, un tal Nolin. Resulta muy revelador, porque, aparte del hecho de que presenta los primeros trazados de carreteras de la región, contiene una dimensión altamente política. En él se ve, de sur a norte, la gradación topográfica desde las llanuras de Nimes hasta las montañas y valles de las Cevenas, y luego los primeros *causses*[8], bien dibujados y que vienen a interrumpir la planitud de las llanuras, lo que otorga al mapa una suerte de relieve casi imaginario, en el que las montañas emergen aquí y allá como si fueran montículos. Unos puntos negros que representan los burgos y ciudades tachonan el mapa. Los caminos reales (de quince pies de ancho; más o menos, cuatro metros y medio), trazados en negro,

[8] Meseta calcárea típica del Macizo Central francés. (N. de la T.).

atraviesan todo el territorio y conectan entre sí los puntos más estratégicos. Más irregular e imperceptible, la red de carreteras y travesías (de una anchura de entre diez y siete pies y medio; aproximadamente, de dos a tres metros) irriga las zonas menos accesibles. Una leyenda indica la distancia exacta entre las ciudades y pueblos importantes. Al encontrarse en terreno desconocido, las tropas de «dragones», los soldados del rey, para avanzar tenían necesidad de una estimación de las distancias. Pero esta medida matemática tenía poco sentido para quienes se desplazaban por su propia región y tomaban los caminos y senderos que sólo ellos conocían. Habría sido imposible medirlos, al tratarse no de una cartografía militar, sino de líneas de vida. Las líneas existenciales no se miden, se experimentan, directamente sobre la superficie de las rocas, sobre el lecho negro de los bosques.

Es el frontispicio, en la parte superior izquierda del mapa, lo que le da a éste todo su sentido. En él figura, oculta en una especie de caos de rocas oscuras, una tropa de camisardos armados que están preparando una emboscada. La leyenda no puede ser más explícita: «Las montañas de las Cevenas, a las que se retiran los fanáticos de Languedoc, y las llanuras circundantes en las que hacen sus incursiones, con los grandes caminos reales abiertos por orden del rey para hacer estas montañas practicables bajo los cuidados de M. de Basville, intendente de Languedoc». Un mapa estratégico, pues, que en teoría representa, bajo la amenaza invisible de esos «fanáticos», el triple plan de la contrainsurrección conducida

por Basville en las Cevenas, con sus fuertes, sus iglesias y sus caminos reales trazados en negro. Un mapa a todas luces militar, ya que muestra no tanto una representación del espacio como su *reconocimiento*, con vistas a llevar a cabo acciones en él. El fondo del mapa y su topografía, que va de lo más llano a lo más escarpado, simbolizan, de esta forma, no tanto unas cuantas líneas de curvas reales como la penetración del territorio mediante carreteras que parecen sobrevolar los montes y los valles casi en línea recta. Desentona entre los otros mapas de la época, más «geométricos», que reproducen ciudades fortificadas en forma de estrella según los planos del famoso Vauban, mariscal de Francia, a la vez ingeniero militar, cartógrafo, matemático, economista y agrónomo que, bajo Luis XIV, construirá o mejorará un centenar de fuertes en todo el reino, entre ellos los de Nimes, Alès y Saint-Hippolyte-du Fort, rodeados de jardines bien trazados, frutales en hileras y campiñas apacibles. No cabe duda de que las montañas de las Cevenas, por su parte, se prestaban poco a esa visión «civilizada» del espacio y de que, para el intendente Basville y sus cartógrafos, no significaban más que «caos». Un caos en el que era necesario poner orden cuanto antes.

Por lo demás, es una vieja historia. La cartografía, desde su origen imperial, se concibió como una herramienta de colonización, un mecanismo de escritura del relato de una conquista en el que el civilizado se apropia de territorios de los que se dice que están «vacíos» pero de los que se trata siempre, en realidad, de «vaciar», pues

están habitados. El otro individuo y el otro lugar no existen más que para ser denigrados, domesticados, borrados. A través de esta cartografía de colonización, como bien dice Bertrand Westphal, el autóctono queda «representado bajo una luz caricaturesca: la alegoría antropológica parecía consagrada a un reto político inmediato, a saber, debilitar al objetivo, minimizar su diámetro. El Otro se disolvía en el bestiario que el cartógrafo atribuía a los lugares, se reproducía de manera fantasiosa [...]. Antes de la conquista, el entorno del habitante de esos lugares aún era amorfo. Corresponde al colonizador, figura casi divina, dar forma al espacio»[9].

Cabe preguntarse cómo habrían sido los mapas que hubieran podido dibujar los propios camisardos. Pero ¿acaso los hijos de la región necesitaban mapas para situarse? ¿O estaban hasta tal punto impregnados del territorio que, más bien, se valían de mapas mentales, de mapas existenciales, sin hacer distinciones entre la vida y los lugares recorridos? No ha de olvidarse que muchas generaciones de hugonotes, tras sufrir la represión de las dragonadas, tuvieron que vivir en alerta constante para mantener su fe y su modo de vida. Los más jóvenes, los que conformarán las tropas de camisardos, habían estado inmersos en esa atmósfera de resistencia cotidiana y participaban como todo hijo de vecino en las reuniones clandestinas que se celebraban en bosques o cuevas. Podemos

[9] Bertrand Westphal, *Le Monde plausible. Espace, lieu, carte*, París, Les Éditions de Minuit, 2011, p. 221.

imaginar que el terreno que recorrían de día y de noche impregnó sus cuerpos y sus almas. Era, pues, inútil representar esas montañas, esos bosques, esos valles, esas aldeas, esos manantiales, esos escondrijos, esos almacenes. Representarlos en papel habría descarnado esos vínculos, con el riesgo también de traicionarlos si tales documentos hubieran caído en manos del enemigo.

Para el geógrafo-ingeniero, el territorio no puede leerse más que a través de un mapa, y todo mapa es un *teatro de operaciones*. Es, además, el sentido mismo del término latino *ingeniator*:

> El ingeniero es aquel que mide; también es el que procede a elaborar el *proujet*[10], es decir, el reconocimiento avanzado de un lugar, con vistas a preparar los sistemas útiles para su asedio, algo que seguirá siendo una de las atribuciones del ingeniero militar hasta el siglo XIX. Ése es el primer sentido del vocablo francés *projet*. Que desde el siglo XII esto sea lo inherente al ingeniero resulta en sí mismo interesante, porque así sigue siendo en nuestros días. Desde esa época, en el arte militar, el ingeniero es quien sabe prever y dotarse de los medios para inventar artificios que desconcierten al enemigo, con vistas a una «empresa», en el sentido bélico del término, una acción táctica y estratégica[11].

[10] «Proyecto», en occitano. (N. de la T.).
[11] Hélène Vérin, *La Gloire des ingénieurs*, París, Albin Michel, 1993, p. 23.

Esta dimensión militar del ingeniero, esta «proyección», es lo que ha de verse en toda la logística puesta en marcha por las fuerzas reales para sofocar la revuelta camisarda. Y justo en ese mismo *proujet* es en lo que debemos pensar hoy en día, cuando vienen a hablarnos de «proyecto de infraestructura», «proyecto de ordenación», «proyecto de modernización». En todos los casos, se trata de una empresa militar. La planificación del ingeniero debe medir, cortar, seccionar la realidad, debe dividirla en tal número de infraestructuras y en cálculos económicos que hagan visible el asentamiento de su dominación. En primer lugar, será necesario neutralizar las alianzas, extraer a los seres, aplanar las singularidades y, a continuación, recodificar todos esos fragmentos, conseguir que esos restos de vida resistan, reacomodar esos jirones de territorio para que un campo de árboles sea visto como un «bosque» y se pueda parlotear sobre el «patrimonio mundial de la humanidad» sin que dicho patrimonio se revele como una mera categoría administrativa. Cada pedazo de la economía y del ámbito social está ya investido de estos mecanismos de proyecto, de medida, de control. ¿No es lo que se conoce como «ingeniería social»? Es decir, la penetración de todas las esferas de la actividad humana por las armas del administrador, que actúa a golpe de regulación y, después, de buldócer y gas lacrimógeno.

Ya es así por norma: toda ordenación del territorio, de cierta envergadura, se ve acompañada, en su materialización, por la policía o el ejército. Toda obra se «protege», se

alambra, se cerca, en ocasiones, con muros de hormigón. Estas zonas tienen, cada vez más, aspecto de fortines, vigilados día y noche, como ocurre en el valle de Susa, con las obras de la línea del tren de alta velocidad entre Lyon y Turín, o en Bure. En este sentido radical, hoy en día todo gobierno no es tanto un gobierno político como un *gobierno de proyectos*. Y, tarde o temprano, silban las pelotas de goma.

FRICCIONES DE TERRENO

Se han hecho más de cien caminos de doce pies de largo [unos cuatro metros] que atraviesan las Cevenas y el Vivarés, y que han salido tan bien que ahora los carruajes de todo tipo pueden ir muy cómodamente a todos los lugares que antes eran casi inaccesibles, y no existe ningún punto al que no se pueda llevar rodando un cañón o transportar balas, si fuera necesario.

BASVILLE, *MÉMOIRE SUR LE LANGUEDOC DESTINÉ A L'INSTRUCTION DU DUC DE BOURGOGNE*, 1697

Al subir desde Saint-Jean-du-Gard hacia el puerto de Saint-Pierre, en pleno corazón de las Cevenas camisardas, en el límite de los departamentos de Gard y Lozera, se llega a una cresta montañosa llamada Corniche. Es un itinerario turístico muy apreciado, entre otros, por motoristas y conductores de caravanas, que pasan por Florac para dirigirse después a las gargantas del Tarn y del Jonte. Si se llega desde Alès, se sabrá, por los carteles indicadores, que se está «entrando» a las Cevenas, igual que se entra a un museo, pues la localidad está definida, administrativamente, como una de las cinco puertas de los Causses y las Cevenas, Patrimonio de la Humanidad. Sin embargo,

durante todo el ascenso en zigzag, se ofrecen otros tipos de mensaje a unos ojos obligados a reducir la velocidad. En las barandas de seguridad, un sinfín de grafitis recuerda a los turistas que no están en un territorio conquistado: «Fuera del decorado», «*Tourists Go Home*» (turistas, para casa), «*Escape Landscape*» (fuera del paisaje) o este otro, inolvidable: «Se ruega no dar de comer a los habitantes, [firmado:] el Parque». Hace treinta años, al parecer, florecían en las paredes mensajes en occitano como «*toristas defòra*» (fuera turistas), en una época en la que parisinos, belgas y holandeses adquirían en masa segundas residencias (los menos pudientes tenían que contentarse con ruinas que reconstruir con lo que tuvieran a mano).

Parece que, más allá de los cambios de época, una y otra vez surgen las mismas fricciones, las mismas líneas de conflicto. En la batalla que se libra contra EON y su proyecto de depredación sobre el bosque, lo más importante no es tanto la oposición a la empresa alemana como el intenso revoltijo de preguntas sobre los territorios que habitamos. Los proyectos de ordenación, las prácticas silvícolas, el acceso a la tierra, la historia de las tierras comunales, la economía local, los problemas de hábitat... todas estas cuestiones adoptan entonces un cariz esencial común que hace que ya no podamos concebir nuestra oposición a este proyecto sin replantearnos lo que nos vincula a las montañas, a los bosques y, sobre todo, lo que nos vincula entre nosotros y nos apremia a recuperar el control sobre todos los aspectos de la organización de la vida cotidiana.

No es baladí que, en el ámbito local, surjan cuestiones muy concretas, como las de la vivienda, las segundas residencias, el turismo de naturaleza. Lo que se intenta, en lugar de entristecerse por esa suerte de «abandono», es repoblar las aldeas, crear algo fuera de las instituciones, donde se abra un espacio distinto, una situación compartida. Unos investigan sobre la peculiar historia de las tierras comunales, otros inventan fórmulas jurídicas para comprar casas en colectividad donde puedan instalarse familias durante un periodo. Hay quienes piensan en un sistema energético autónomo para el pueblo y los que querrían vernos viviendo en una reserva, destinada a los turistas o a las empresas madereras, se quedan con un palmo de narices. A los expertos que cartografían este territorio como «espacio de escasa densidad» y reservan para él las funciones más o menos intercambiables de «zonas recreativas para urbanitas» o «archipiélagos para semejantes», los habitantes oponen el suyo, un territorio tejido de seres y cosas que lo habitan. Pero esta idea del territorio implica también ir al encuentro, ir a otros sitios para ver cómo se concibe allí. Encontrar fricciones del terreno.

Se entiende, pues, que los caminos tengan su importancia en la manera de imaginar un mundo. Y que no se recorre igual una montaña tomando las sendas, las pistas, los senderos señalizados, la carretera o el helicóptero (cada vez más, a los turistas estivales se les proponen vistas dominantes desde helicóptero) o, incluso, Google Earth. Porque, evidentemente, ésta se entrega de modos diferentes a través de las distintas experiencias, y no es lo

mismo una percepción a ras de suelo que una instantánea desde lo alto. Al caminar, captamos al instante el nexo visceral que puede haber en estos bosques, estos valles, estos peñascos, estos manantiales. Y, por otro lado, entre habitar y residir existe una clara diferencia moral. Además, el pasado sólo se revela en los caminos, a través de los matorrales del monte bajo o en las crestas peladas. Hay que buscar el contacto. Buscar la fricción. Conocer a quienes aún saben algo de esta tierra y de sus historias. Entre los turistas de hoy en día, que se hacen *selfies* delante del «grandioso paisaje» desde la Corniche, y la época de los camisardos insurrectos, existen, sin duda, hilos que desenmarañar. Y más de trescientos años de capas geohistóricas que recorrer a pie.

La antigua vía pecuaria de la Corniche era una pista importante que unía las llanuras de Anduze y las montañas de Gévaudan. Por ella circulaban el forraje y la leña de las tierras altas, el aceite, el vino o la sal de las regiones del sur. A comienzos del siglo XVIII, Basville acondicionó aquel camino de mulas y lo convirtió en carretera real. Representaba un eje estratégico importantísimo, ya que, como iba recorriendo las crestas, dominaba muchos valles de las Cevenas. Estuvo abandonada casi por completo durante más de un siglo hasta que, en 1950, la reabriera y transformase el Club Cévenol (en su origen, una asociación de espeleología que hoy es la tercera sociedad de turismo de Francia). La vocación turística de las Cevenas fue concebida de forma expresa por el Club Cévenol como un mecanismo de pacificación de la historia y para encontrar

un «terreno neutro» (a saber, el turismo y el automovilismo) para «superar las pasiones mal apagadas». Pero las Cevenas no podían entregarse al turismo sin una red de carreteras, la cual, conectada a las vías férreas en las llanuras, ya había empezado a introducirse en todos los espacios en el siglo XIX. Carreteras, carreteras y más carreteras, que constituían el mantra del progreso, la victoria de la economía sobre los «salvajes hostiles del interior», como escribió Eugen Weber en su libro *La Fin des terroirs. La modernisation de la France rurale* (1976). Tras haber funcionado como carretera real, la Corniche se convirtió, pues, en una carretera turística, cuyo voladizo natural pasó de la visión militar a la vista panorámica. Las «tropas de turistas», como se calificaban en la época, debían poder circular por todas partes y aportar divisas y nuevas costumbres, dispuestas a civilizar a los pueblerinos.

En lo que respecta a la historia de los camisardos, el Club Cévenol no veía en ella más que una puesta en escena con atractivas posibilidades. Algo en lo que, por cierto, se ha convertido, dejando a un lado el intento, por parte de alguna gente de las Cevenas, de devolver a su gesto de resistencia una memoria vital e intempestiva, como pretende hacer la asociación Abraham Mazel. De todo el pasado insurrecto de esta carretera de las crestas, colmada de combates y emboscadas que se produjeron durante la Guerra de los Camisardos, no quedan más que mesas de orientación, dos o tres paneles explicativos y, claro, en algunos libros o museos, una historia ya masticadita. Como si hubiera hecho falta, para aplanar la montaña, aplanar

también su pasado por demasiado insurrecto. Pero las fricciones del terreno no son tan fáciles de eliminar; sobreviven incluso en la forma en que sus habitantes conforman los lugares.

Al pasear por los bosques y caminos de las Cevenas, uno se da cuenta enseguida de que no es tanto que las curvas de nivel de los mapas representen una topografía abstracta como que, en realidad, siguen las curvas de las terrazas de piedra seca, conocidas como *bancels* o *faïsses*, en algunos casos, de más de dos siglos de antigüedad. Se podría afirmar, a bote pronto, que estas construcciones en torno a las aldeas y a través de las montañas menos abruptas son las primeras infraestructuras de una economía aún balbuceante. Pero, al mirar más de cerca, se aprecia que estos muros de piedra seca no tienen nada de infraestructura. No aplanan el territorio, no conectan puntos alejados para propiciar la circulación de las riquezas; surgen del suelo y de las costumbres campesinas, de las que son expresión material. No se implantan tras un cálculo prestablecido, sino que se tejen día a día sobre la misma montaña, y conforman una *textura* de subsistencia, en la que cada conjunto de terrazas es único y está concebido según las necesidades de la casa, la aldea o el pueblo. Conviene saber que las piedras se obtenían al despedregar los campos, así como de pequeñas canteras comunales o del trabajo de las tierras para crear futuros solares de cultivo de cereales o leguminosas (cebada, avena, centeno, escanda, mijo, trigo harinero, garbanzos), así como para la arboricultura, viñas, castaños, zarzamoras. Las terrazas

se pensaban, pues, de acuerdo con las piedras disponibles y sus calidades, en función del desnivel, de los futuros usos, con escaleras o rampas, cerca de un manantial, un estanque y, a veces, de un sistema paralelo de pequeños embalses de agua, los *tancats*, o de desviación de caudales demasiado fuertes, los *trincats*. Cada muro se construía con una técnica propia y personal. Se perseguía una fricción máxima entre las piedras, única garantía de la consistencia del conjunto. Como si las capas geológicas volvieran a tejerse allí por la acción del campesino-constructor. La virtud de estas técnicas de creación de terrazas con piedra seca, por las que en Francia no se interesó ningún agrónomo durante el siglo XIX, es que no sólo permiten cultivar en pendientes, sino, sobre todo, que tienen la ventaja de garantizar el trasiego del agua por los intersticios, al tiempo que conservan el preciado recurso en el suelo durante las estaciones secas. Nos encontramos, pues, ante una habilísima concepción de la hidrología, surgida no de un plan de ingeniería impuesto sobre el territorio, sino de la observación perspicaz, por parte de los habitantes, de las pendientes, las corrientes y caídas del agua, de las resurgencias, del aporte de las piedras, de la exposición al sol y al viento, de las necesidades; en resumen, de un mundo: la experimentación y los saberes de los campesinos que aprovechan el terreno a partir de lo que ofrece la materia, en lugar de someterla a una forma preconcebida. No hay dos piedras idénticas, como tampoco hay dos muros idénticos. Por cierto, los ingenieros de puentes y caminos del siglo XIX se adueñaron de estas técnicas para

homogeneizarlas y estandarizarlas, con el fin de sujetar los taludes de las vías férreas y las carreteras, antes de que fueran destronadas, definitivamente, por el cemento armado y, más tarde, por el encachado y los gaviones. Tal requisa tecnológica desembocará en la centralización de estos saberes y la negación de toda sensibilidad ante el trabajo construido. Estas técnicas, llamadas «autóctonas» como para distanciarse educadamente de ellas, pero que aun así se tiene la deferencia de promocionar por su interés patrimonial y su atractivo turístico, son, sin embargo, de una eficacia impresionante. Algunos constructores están intentando salir de esa patrimonialización forzada y desarrollando un saber de todo punto actual y colectivo, capaz de resolver, por ejemplo, los problemas de erosión, cada vez más graves, en las zonas de montaña. Sabiendo que las distribuciones en terraza y los cultivos que albergaban podían alimentar a seiscientas personas en un pueblo, convendría tomarse muy en serio estas técnicas en el caso, cada vez más deseable, de una deserción masiva del modelo metropolitano y de la reapropiación tanto de la tierra como de sus usos.

La depauperación de las técnicas ha afectado también a las prácticas agrícolas mediante el sello «agropecuario», que transforma a los campesinos en «hortelanos» o en «encargados del mantenimiento de los espacios». Como si el espacio desgajado del territorio hubiera de «volver a unirse» por la acción de unos cuantos campesinos que han permanecido en el lugar y se han convertido, a golpe de perfusiones europeas, en unos simpáticos gestores.

Estas prácticas agropecuarias, en las que se combinaban cultivos en terraza y pastizales extensivos, no interesaban mucho, sin embargo, a los primeros planificadores. Para ellos, las montañas de las Cevenas y los *causses* eran extensiones desérticas en las que la presencia humana estaba casi negada. Sólo les apasionaban las cuevas y el caos rocoso, en los que veían una «naturaleza auténtica» que los urbanitas aficionados al senderismo podrían apreciar en su justa medida (no así unos cuantos autóctonos demasiado acostumbrados al paisaje como para ver en éste un espectáculo digno de tal nombre). No fue hasta entrada la década de los 2000 cuando los gestores formalizaron y promocionaron la agroganadería, al entrever el interés económico de la región Causses-Cévennes, integrada en el gran todo del «paisaje cultural de la agroganadería mediterránea». Cabe preguntarse, a propósito, por el motivo de esta insistencia. Aunque sea evidente que las prácticas campesinas de ganadería y pasto han dibujado el espacio de manera muy clara, ¿por qué no se han elegido otras prácticas que han «marcado» igualmente esta región? Puede ser, quizá, que el modelo de la ganadería guarda profundas afinidades con la gestión que las administraciones pretenden aplicar en estos territorios, una gestión en la que ya no hay diferencias entre el control de los entornos y el control de la población. El modelo ganadero, como bien demostró Michel Foucault, es consecuencia, en efecto y desde la Antigüedad, de una forma de gestión política muy concreta: prestar atención al conjunto del rebaño al mismo tiempo que a cada uno de los animales,

controlar el todo y las partes, *omnes et singulatim*. El poder ganadero se ha convertido en un elemento capital de toda política gubernamental. Ya afecte a entornos naturales o a entornos humanos, se trata siempre de dominar conjuntos, cada vez más grandes, sin perder nunca el contacto con los comportamientos individualizados. La gestión de los parques y los bienes patrimoniales no se desvía de este paradigma occidental de gobierno, ejemplo perfecto de una zona en la que la masificación de los datos sobre los ecosistemas se suma al perfilado minucioso de todo ser que circula por ellos y de toda planta que allí crece. El pastor vela por su rebaño y el buen gestor de parque vela por sus administrados y el entorno de éstos.

Pero siempre hay algo que se resiste a esta gestión generalizada. Algo que se niega a este aplanamiento total. El bosque, aquí en las Cevenas, sostiene la paradoja de no ser una zona de «naturaleza virgen», sino que viene de un proceso de *asilvestramiento* en el que ya no se sabe muy bien quién, animales, plantas u hombres, tiene alguna pretensión sobre estos lares. Algunos consideran que el castañar codiciado por EON para la obtención de madera para energía es un gran vergel que agoniza desde el periodo de entreguerras, como resultado, en igual medida, del éxodo rural y de las enfermedades del árbol (lo que brinda hoy en día a ciertos propietarios sin escrúpulos la oportunidad de vender hectáreas que para ellos «carecen de valor» a los subcontratistas de EON). Sin embargo, quizá ahí esté la clave de este espacio «baldío», ni del todo bosque, ni del todo campo, ni del todo vergel, un

híbrido que habría que aprender a conocer y explorar. Allí donde algunos ven un fracaso económico, otros encuentran algo excepcionalmente salvaje, donde un montón de plantas y especies nuevas comienzan a crecer, apelando a usos recuperados o nuevos. En cualquier caso, lo que está claro es que, cuanto menos gestionado esté, más riqueza biológica adquiere el bosque, lo que a su vez nos exigiría profundizar en nuestros conocimientos botánicos y medicinales. Otros sueñan con reacondicionar los vergeles, mejorar las especies o encontrar remedios para las nuevas enfermedades de los árboles. Sólo una fuerza colectiva capaz de organizarse para reflexionar sobre esta historia, nuestras costumbres y nuestros imaginarios puede velar por que no haya que elegir entre explotación industrial y protección bajo una campana de cristal.

Esta percepción del bosque, entendido no como un «dato» sino como una *distribución de lo que se hace en él*, es la que aún comparten muchos pueblos. Las montañas, los bosques, desde siempre, parecen alzarse y ofrecer refugio a quienes quieren dejar de ser gobernados. Por su topografía misma, han sido refugio de hombres libres, de herejes y, más tarde, de resistentes. Por los caminos que hacen arrugarse, los estratos de existencia que metamorfosean, las trayectorias de secesión que protegen, las montañas y los bosques despliegan, para quienes sepan aprovechar la ocasión, una subsistencia compartida y una abundante riqueza táctica. Allí donde la vida y la lucha no sólo se unen sino que también concentran nuevas energías, listas para abalanzarse. Ancladas y móviles a la vez.

Ya a finales del siglo XVI, las «montañas mágicas» daban cobijo a una profusión de pueblos a los que la civilización de las llanuras no había podido hacer entrar en razón por la fuerza. Desde Alemania hasta los Alpes milaneses o piamonteses, desde la efervescencia revolucionaria y «diabólica» del Macizo Central hasta los soldados curanderos de los Pirineos, desde el Franco Condado hasta el País Vasco y Rouergue, donde reinan los brujos... «Las montañas, con su población dispersa y nómada y la diversidad de sus formas de vida —señala con gran acierto el antropólogo estadounidense James C. Scott—, no tenían nada que atrajera a las voraces instituciones, ya fueran éstas políticas (el Estado) o religiosas. No es de extrañar, pues, que las Cevenas fueran el refugio de los hugonotes o el Tirol el de los anabaptistas, ni que las tradiciones disidentes inglesas florecieran en las zonas de ciénagas y bosques»[12]. Desde el poder de las llanuras, desde el poder de lo plano, lo que la civilización siempre ha intentado hacer es *aplanar* el resto de zonas, y así controlarlas. Todo proyecto de desarrollo busca transformar una región con el fin de lograr un cierto grado de *legibilidad* y control del territorio (apertura de carreteras y luego de vías férreas, líneas de telégrafo, control de la circulación de las poblaciones y las producciones, creación de reservas). Pero, como también demuestra Scott en su importante obra, *The Art of Non Being Governed* [El arte de no ser gobernado], la topografía natural

[12] James C. Scott, «La montagne et la liberté», en *Économie politique du fédéralisme. Critique internationale*, n.° 11, París, Presses de Sciences Po, 2001/2.

no basta para dar cuenta, por sí sola, del *grado de fricción* que singulariza un territorio. Esta fricción se fabrica, se inventa en términos sociales, y puede organizarse con el fin de intensificarla o, por el contrario, desde el lado enemigo, de reducirla. Los avances de las tropas reales contra los insurrectos camisardos y la penetración de sus fuerzas militares a través de los valles de las Cevenas están también ligados a la mejora de sus técnicas de *anulación de la distancia*. En las guerras del siglo XX y del XXI, ha quedado claro cómo tecnologías tales como la defoliación, el sobrevuelo con avión o helicóptero, la fotografía satelital y, en la actualidad, los drones perpetúan esta misma lógica: disminuir el grado de fricción del terreno.

Frente a esto, quienes desean maximizar esta fricción pueden recurrir, nos dice Scott, a toda una variedad de contraestrategias que consisten, por ejemplo, en organizar emboscadas, destruir puentes o disponer trampas en los puertos y desfiladeros. Fue el caso de las «camisadas», los ataques nocturnos de los que procede el término «camisardos», o «*camis*»: a la vez, «caminos» y «camisas» (los camisardos no llevaban uniforme). Durante la Resistencia, las acciones del maquis antifascista en las Cevenas consistían en bloquear carreteras o cortar líneas telefónicas. Y hoy en día, por ejemplo, estas acciones estarían relacionadas con la evitación de las cámaras, el mantenimiento de una ZAD o el desplazamiento con eficacia en una revuelta. Scott lo afirma con lucidez: las montañas no son tanto una cuestión de relieve como de relativa *opacidad*, que puede conseguirse también en forma de ciénagas,

desiertos, selvas, landas o, incluso, en ciertos barrios periféricos o hasta en las plazas ocupadas de las metrópolis. La montaña como refugio, la montaña-pueblo, no debe limitarse, pues, a una región, es una forma de vida, una determinada *percepción del mundo*. Esta percepción la ha compartido un buen número de «poblaciones flotantes», que han huido de los poderes centralizadores: pueblos del sudeste asiático, beduinos, gitanos, judíos errantes, cazadores-recolectores, nómadas del mar, agricultores de roza y quema, hombres sin amo, cosacos, esclavos cimarrones, cátaros... La montaña-pueblo abandona toda latitud para representar aquello que cada grupo, cada lugar, cada territorio puede elaborar como *arte de no ser gobernado*. Pero reflexionar sobre la fricción del terreno es también comprender cómo es posible, desde épocas tan lejanas y comarcas tan distintas, compartir una misma percepción del mundo. Producir fricciones del terreno es lograr conectar lugares, muy distantes incluso, en una suerte de respiración más amplia que sirve para volver a darnos aliento.

Se trata de fabricar senderos, de tejer gestos como una textura del mundo, contra las propias infraestructuras. Caminos de vida y de lucha que no pueden reducirse a líneas rectas, sino que dibujan el espesor y la imbricación de un territorio común, con su propia geografía, donde ya no sería posible separar los seres de las cosas, los territorios de quienes los habitan, donde la extracción sería imposible.

Esta geografía hace que las luchas de aquí recuerden a las luchas de otros lugares. Y hace que los avances de

la lucha de las comunidades de pescadores en el istmo de Tehuantepec contra la invasión eólica nos lleguen de inmediato, que los del valle de Susa nos tengan al corriente de lo que les ocurre, que los camaradas de Bure y de Roybon vengan a vernos para hablar de su experiencia reciente, de su combate, de su estrategia, de un imaginario común del bosque. Lo que aquí toma forma es toda una geografía de la deserción. Una geografía que crea vínculos, pero unos vínculos que hablan ya de un exterior deseable. Por cada línea de frente, un sendero de vida.

¡BIENVENIDOS AL PARQUE!

Ciné-Paysage es una auténtica bicoca. Con esa diversidad de paisajes en un perímetro tan pequeño, puede ofrecer localizaciones de rodaje para todos los gustos y todos los tipos de ambiente «rural» y de «naturaleza» que se busquen: paisajes sublimes de gargantas y cañones, melancólicas mesetas cubiertas de landas, castañares o sombríos abetales, granjas, pueblos y aldeas en ruinas, bucólicos valles... un catálogo único, y esto es, de entrada, lo que vende Ciné-Paysage.

DATAR[13], N.° 4, *TERRITOIRES 2040*

No se entiende la gestión de los bosques sin analizar la política, más amplia, de la ordenación territorial. No se puede comprender la situación de las Cevenas sin remontarse a la creación del Parque Nacional, en los años cincuenta, y al notable aumento de este tipo de control de los espacios. Bajo este prisma, el protocolo de trabajo entre el Parque Nacional de las Cevenas y la eléctrica alemana EON, firmado en Florac en enero de 2014, no es una aberración política. Tras la Segunda Guerra Mundial, la gestión forestal

[13] Delegación Interministerial para la Ordenación del Territorio y el Atractivo Regional.

y el equipamiento turístico se fijaron como prioridades en la ordenación local, a la misma altura que las grandes obras de renovación agrícola y de riego industrial de las llanuras de Languedoc. El proyecto del Parque Nacional de las Cevenas, en el que se combinaban economía forestal y turismo, nació de esa óptica evidentemente ligada a la ordenación territorial.

El primer esbozo de parque fue obra de un subprefecto de Lozera y un abogado de Florac, que en un principio lo imaginaron como un parque forestal según el modelo inglés. Su objetivo manifiesto, en 1956, era «gestionar el bosque con vistas a la producción maderera y adecuarlo para el turismo». En su opinión, y en contra de las costumbres locales, había que reforestar las Cevenas, demasiado peladas, decían, a causa de la «presión ganadera». Se trata de una idea ya antigua que siempre ha perseguido a los gestores forestales: las poblaciones locales serían las únicas responsables, por sus «prácticas arcaicas», de la erosión de los suelos y las devastadoras crecidas que se suceden en las llanuras de Bas-Languedoc. Sólo que el desbroce agrícola, al menos en este lugar, no ha sido nunca sinónimo de «deforestación». Durante mucho tiempo, hasta que creció la presión demográfica y llegó la hecatombe de la guerra, el territorio mantenía el equilibrio en cuanto a prácticas de cultivo; sobre todo, gracias a la práctica de las terrazas con piedra seca. Las élites han visto casi siempre a los campesinos como seres apáticos, codiciosos y arcaicos a quienes, por lo tanto, hay que hacer a un lado. El Estado, por su parte, consideraba el bosque como un

almacén de leña y una hucha para los tiempos difíciles. ¿Es necesario recordar que los «forestales» —grandes propietarios y administradores— eran, hasta 1877, funcionarios del Ministerio de Economía? También conviene saber que la leña extraída por las comunidades agrícolas procedía, sobre todo, de las hayas. El aprovechamiento de la madera de los bosques como principal fuente de energía es una práctica esencialmente protoindustrial, vinculada a las fundiciones y los altos hornos, esos «voraces pozos sin fondo», como se decía entonces. En el siglo XVIII, una fábrica de hierro necesitaba cien hectáreas de bosque para hacer funcionar sus fraguas. La madera resultaba indispensable también en la marina y, más tarde, en las minas, para el apuntalamiento de las galerías y las traviesas de las vías férreas. Como no vivían allí, a los promotores de la tala les importaban un bledo las consecuencias reales y cotidianas de esa primera forma de extractivismo. Las industrias iban obteniendo recursos del bosque a su conveniencia para las necesidades de las fábricas de vidrio y las fundiciones, como en el Aigoual, donde ya en torno a 1830 había quejas de que una empresa siderúrgica, a fuerza de extraer leña para carbón, había convertido la montaña en un erial. En la Toscana, hacia finales del siglo XIX, fue la industria del ferrocarril la que hizo que se talaran masivamente los bosques con el fin de extraer de ellos el material necesario para construir líneas e infraestructuras, como traviesas, puentes y armazones. ¡Sólo durante el siglo XIX, la industria despojó a la Tierra de más árboles que la última glaciación en cien mil años!

Frente al saber hacer de los agricultores, los ingenieros se presentan como los únicos capaces de salvaguardar los territorios gracias a su «ciencia» y su «modernidad». Y asumen el poder sobre el paisaje reforestando, concretamente, con especies resinosas: en el monte Aigoual, a finales del siglo XIX, y, más tarde, en el Bougès, el Lozère y el Tanargue, desnudos, en este caso sí, por un pastoreo excesivo. La reforestación administrativa engendraría, en efecto, violentos conflictos con las comunidades aldeanas e incendios provocados en las masas replantadas en tierras comunales. Ahí está la paradoja: la reforestación, principalmente mediante resinosas, sólo fue posible en un contexto de desvinculación de la agricultura, de «abandono de pendientes». Los poderes responsables de la ordenación habían emprendido una guerra contra los usos de la tierra.

La operación que se llevó a cabo durante todo el siglo XIX, a través de la apuesta política en relación con los bosques y la reforestación de los montes, consistió en superponer los problemas de población y los medioambientales. *Gobernar a los hombres es gobernar su entorno.* La gestión de la reforestación de montes se encuentra allí donde se cruzan estas líneas de fuerza. Ante la erosión catastrófica de los suelos —de la que los administradores del Estado culpan siempre en exclusiva a las prácticas agrícolas—, un conjunto de economistas, moralistas y de lo que empezaba a conocerse como sociólogos se dedicó a hacer el siguiente diagnóstico: la desolación física del territorio se

explica por un declive de la economía y de la población, de acuerdo con un mecanismo de depauperación. Forestales, conservadores, ingenieros sansimonistas decidieron, pues, reforestar determinadas zonas montañosas en aras del desarrollo de las fuerzas productivas:

> Los ingenieros perciben los factores de inseguridad de los imprevistos naturales como un obstáculo importante para el desarrollo de las fuerzas productivas. Es necesario reducirlos. Torrentes, avalanchas, inundaciones, ciénagas, sequías eran los desafíos a los que la sociedad debía responder si quería subirse al tren de la era industrial. Las zonas de montaña, polos repelentes de la región, pero potencialmente ricas como fuentes de energía, constituían, desde este punto de vista, un objetivo. Además, de la regularidad del caudal de aguas dependían los transportes fluviales y las conexiones entre las regiones industriales, los puertos y los núcleos urbanos[14].

De acuerdo con estos ingenieros economistas, el Estado era quien, a través de medidas de excepción, debía acondicionar carreteras y reforestar, en caso necesario, por razones de «utilidad pública», en contra de la población y despreciando los derechos de propiedad o las tierras comunales. El Cuerpo forestal se alió, pues, con el Cuerpo de minas. La reforestación y la construcción

[14] Bernard Kalaora y Antoine Savoye, *La Fôret pacifiée. Sylviculture et sociologie au XIXe siècle*, París, L'Harmattan, 1986, p. 22.

de carreteras de montaña competen, en el siglo XIX, a la misma política. La «preocupación» ecologista que empezaba a surgir se articulaba en torno a la «cuestión forestal», a través de los planes de reforestación, aunque quizá debería llamarse «plantación de macizos montañosos». Pero abarcaba también un plano social más amplio. La ordenación territorial de la región debía servir para restablecer el orden social, también en el seno de las familias de campesinos, con lo que se perpetuaría el viejo sistema del poder pastoral, según el cual la buena administración de la nación debe reflejarse en la buena administración familiar. En la perspectiva de la ingeniería social que nació de esta alianza, el papel del forestal no era tanto el de «colonizar los montes» como el de «adaptar los entornos sociales que habitan en ellos». La fuerza de la ordenación territorial se modulaba, así, por el estudio del *terreno humano*, lo que desembocó en recomendaciones de racionalización de las explotaciones agrícolas, en la organización económica de sectores de producción especializados (en concreto, de las lecherías) y en esa marejada que no dejaría de crecer durante todo el siglo XX y promovería la formalización de los paisajes y la «protección de los montañeses» como agentes del mantenimiento hasta el actual sistema de sello agropecuario. De este modo, la ideología económica se implantó en zonas como los Alpes, los Pirineos, el Macizo Central y las Cevenas, pero también en las Landas de Gascuña, donde se emprendieron colosales siembras de pinos, acometidas por la fuerza e ideadas, de nuevo, por un ingeniero de puentes

y caminos, Nicolas Brémontier, quien ultimó la política de erradicación de las prácticas campesinas tradicionales con la iniciativa anunciada de «sanear las ciénagas y mejorar las condiciones de higiene». En las Landas, además de para sujetar las dunas, los pinos iban a servir para producir colofonia y esencia de trementina destinadas a la industria y, más tarde, pasta de papel. Ya es conocido el desastroso destino de esas plantaciones homogeneizadas, tan vulnerables a los incendios y las tormentas. Las inmensas tierras «vacantes», es decir, comunales, que permitían, por el contrario, una enorme diversidad de usos y de prácticas de subsistencia, fueron, como era de esperar, suprimidas.

Al final de esta historia en apariencia «pacífica» de los bosques, la guerra contra las tierras comunales desembocará, entre planes de reforestación y planes de gestión de la población, en ese sistema global de ordenación territorial, articulado en torno a la explotación industrial del bosque y los parques naturales. Ahí reside la paradoja histórica que esta guerra nos ha dejado: el bosque, una vez civilizado, debe estar protegido del proceso mismo de civilización. Esa «naturaleza salvaje» que los turistas vendrían a admirar no es, a fin de cuentas, sino el espejo traslúcido de un bosque bien gestionado. En cualquier caso, los habitantes están de más.

Sobre este fondo ideológico se encarriló el proyecto del Parque Nacional en las Cevenas, con el doble objetivo de instaurar en él una nueva economía y atraer a urbanitas faltos de naturaleza. Gracias al Fondo Forestal Nacional, aprobado en 1946 —que debía servir para remediar

la falta de madera para la reconstrucción del país y que tenía por objetivo organizar el plan de reforestación de Francia—, empezó a elaborarse el diseño del parque, con la zonificación territorial correspondiente. Las gargantas del Tarn se dedicaron al turismo y la horticultura; los *causses*, a la ganadería y la reforestación parcial con resinosas; el Lozère, poco poblado, se dedicó en exclusiva al bosque para producción de leña. Los usos tradicionales, por su parte, tendrían que adaptarse o desaparecer. A los campesinos de las Cevenas se les prometió un feliz futuro de jubilados, pero fuera de allí. Salvo por algunas variantes, es la misma geografía económica que sigue dominando hoy en día: el sello agropecuario engloba, en efecto, los *causses* y las Cevenas, las gargantas están dedicadas al turismo, las resinosas colman los pastos de la zona de los *causses*, el sector maderero de Lozère está aún muy activo, más febril aún desde el anuncio de la llegada de EON y su proyecto de explotación de dendroenergía.

El primer proyecto del Parque Nacional de las Cevenas contó también con el apoyo de un personaje importante: Philippe Lamour, un alto funcionario que colaboró activamente en medios y revistas fascistas durante los años treinta, como *Le Faisceau*, *Plans* (con Le Corbusier), *Ordre Nouveau*, *Parti fasciste révolutionnaire*... En 1955, tomó las riendas de la Compañía Nacional de Ordenación del Bajo Ródano y Languedoc, especializada en ingeniería hidráulica; un proyecto de la misma índole que la Compañía de Ordenación de las Colinas de Gascuña, promotora de la presa de Sivens. La imagen que ha quedado de

Lamour es la de uno de los padres fundadores de la ordenación territorial francesa durante las décadas de 1950 y 1960. Este planificador puro y duro contribuyó, en 1963, a la fundación de la Datar (Delegación Interministerial para la Ordenación del Territorio y el Atractivo regional). Sentía fascinación por las grandes infraestructuras soviéticas, pero también por la Italia de Mussolini, así como por Alemania y sus autopistas... Creó una inmensa obra de regadío, el canal del Bajo Ródano, inaugurado con gran pompa en 1960 por Jrushchov y De Gaulle. El canal alimenta, desde el Ródano, por debajo de Arlés, las áreas metropolitanas de Montpellier y Nimes, además de varias localidades turísticas costeras. Sin él, el turismo intensivo en torno a La Grande-Motte no habría experimentado nunca tal auge. Se entiende mejor, entonces, que Lamour fuera un ferviente defensor de los parques regionales y del primer proyecto de parque en las Cevenas, pues consideraba que la ordenación territorial de Languedoc, dirigida hacia la economía y el turismo, era una prioridad nacional. Ese primer proyecto de parque, que mostraba un desprecio casi imperialista por las poblaciones locales, llegaba incluso a recomendar la «reubicación de los agricultores de las Cevenas en la región del Mediodía» y su sustitución por segundas residencias. Como si fuera una colonia, el territorio ambicionado se percibe sólo como un recurso poco explotado, mal gestionado o no gestionado en absoluto por los «autóctonos», de ahí que éstos deban conformarse o irse. Al igual que en el resto de Francia, los campesinos siguieron

siendo descritos, durante mucho tiempo, como «gentes no civilizadas», en la medida en que no cumplían los criterios de la buena gestión económica. Su muerte tendrá la paradójica consecuencia de generar ese «paisaje salvaje», pero despoblado.

Cabe añadir, además, que el primer proyecto de parque fue enmendado por una tercera corriente de pensamiento, conservadora e higienista, en torno a la Confrérie des amis des sources[15], que prefería orientar las Cevenas según la perspectiva del movimiento cristiano «Économie et humanisme» y su promesa de un desarrollo económico pero duradero. En colaboración, si era necesario, con EDF y sus centrales hidroeléctricas, aunque con la condición de «respetar la naturaleza», aspiraba a ofrecer a los urbanitas ávidos de espiritualidad la necesaria vuelta a los orígenes y las correspondientes infraestructuras de alojamiento. Finalmente, el proyecto definitivo del parque, registrado en 1970, bebería a la vez de estas tres tendencias, y su operación principal consistiría en aplanar el territorio, en lo relativo tanto a su penetrabilidad como a su historia y sus costumbres: la agresiva ideología de la ordenación, el turismo en combinación con la economía forestal y, por último, la conservación de los parajes.

Cuando una empresa como EON, tercer grupo energético mundial, está intentando explotar el castañar de las Cevenas por sus «reservas de biomasa en forma de leña», la

[15] Sociedad de amigos de los manantiales. (N. de la T.).

guerra contra los usos tradicionales parece despuntar de nuevo. En su plan de aprovisionamiento, EON afirma:

> Se trata de cuantificar y cartografiar los distintos papeles y funciones de los bosques, con el objetivo de poner fin al viejo conflicto entre producción de leña y otros usos del bosque, dividir la oferta y las orientaciones para garantizar su aceptación social y otorgar estabilidad y una posibilidad de planificación, única garantía de un flujo de leña constante, así como de asegurar el acceso libre y compartido a los datos, al objeto de garantizar las necesidades de leña de los consumidores dentro del respeto a los objetivos y los usos locales[16].

Pero en marzo de 2013, tras la reunión de puesta en marcha de la zona de aprovisionamiento prioritario de las Cevenas para la central de biomasa de Gardanne, en Saint-Hippolyte-du-Fort, EON programó su idea de pacificación forestal con mayor claridad:

> Se necesitará material de explotación adaptado a la topografía y las dificultades de acceso (sistema de sacas con cable, maquinaria sobre patines, puentes móviles...), pero también prever puntos de vigilancia, especialmente donde haya posibles conflictos con los usos existentes y una percepción inicial negativa del proyecto[17].

[16] http://www.perspectivesecologiques.com/telechargements/SOS FORET CEVENNES EON Presentation StHippolyteDuFort 25 Mars 2013.pdf.
[17] Ibíd.

El protocolo de trabajo entre el Parque Nacional de las Cevenas y EON es igualmente claro:

> La planificación del proyecto pasará por una definición consensuada de las vocaciones de gestión (forestales, agrícolas, medioambientales, paisajísticas, de riesgos naturales, culturales, cinegéticos...) partiendo de un compendio de los datos existentes y la obtención de datos complementarios sobre los territorios menos conocidos (cartografías, establecimiento de itinerarios de gestión, técnicas de explotación innovadoras)[18].

El objetivo de todo este discurso planificador es preparar el alisamiento de las asperezas del terreno, así como de toda posibilidad de confrontación un poco más dura de la cuenta.

Desde su fundación, el Parque Nacional de las Cevenas acertó al poner por delante el patrimonio histórico, el fuerte vínculo de los lugareños con su historia protestante, con los camisardos y con el maquis, con esta «tierra de resistencia» (como reza en su página web), si bien para la institución, así como para EON, el cometido de este proyecto de extracción de leña es, más que nada, económico. Toda su comunicación es una estrategia para ganarse el beneplácito social. Los usos del bosque, quienes lo habitan y todos los posibles conflictos quedan

[18] http://www.cibe.fr/IMG/pdf/Protocole_travail_eon_pnc.pdf.

aplastados bajo los potenciales millares de toneladas de biomasa extraíbles y el capital que derivará de ellos. Por lo demás, el mecenazgo de EON para financiar «obras estratégicas» (mantenimiento de pastos y castañares) debería bastar para que los poderes locales aceptaran el proyecto.

Este sistema-parque y todos los compromisos con los empresarios que lleva consigo participan de una vieja maniobra que consiste en neutralizar las luchas, en poner fin a «las marañas de conflictos». Que el Parque Nacional de las Cevenas, nombrado reserva de la biosfera por la Unesco en 1985, pasara a formar parte de la lista de Patrimonio Mundial de la Humanidad en 2011, junto con los Grands Causses, no fue casualidad. Desde su fundación se lo calificó de parque a la vez natural y cultural, puesto que es uno de los escasos parques naturales habitados, lo que hace de él un «caso ejemplar», como suele decirse, de «cogestión de la biodiversidad», entre los habitantes y los gestores del parque. Para conjurar mejor el espectro de los «autóctonos», se optó desde un punto de vista jurídico por el concepto de *gerencia*, aplicado tanto al patrimonio como a la región. Como revela una antropóloga que coordinó en 2003 una investigación sobre las relaciones y los conflictos de saberes entre los habitantes y los gestores del parque, «ya no se trata de quién posee la tierra, sino de cómo gestionar juntos los territorios. Lejos de correr el riesgo de dar a los pueblos malas ideas que no habrían tenido espontáneamente, el reconocimiento de los saberes locales constituye un intento de superar los conflictos

y las reivindicaciones territoriales»[19]. Extraño este patrimonio de la humanidad, que se asemeja más bien a una campaña de pacificación... ¡Bienvenidos al parque!

Para entender mejor esta política de neutralización preventiva, conviene recordar que los parques, antes de implantarse en la metrópolis, ya se habían probado en las colonias. En 1960, el Ministerio de Agricultura francés recibió el encargo de instaurar una ley sobre la creación de parques nacionales. Yves Bétolaud, ingeniero general del Cuerpo de Ingenieros para el Mundo Rural, Agua y Bosques, fue quien, tras finiquitar su tarea en la gestión de recursos naturales en Marruecos, se encargó de redactar la ley. El primer parque nacional fue el de Vanoise, en los Alpes. La montaña, al igual que el bosque, debía convertirse en un servicio elemental para los urbanitas, al mismo nivel que los colegios o los hospitales. La ley de 1960 preveía el establecimiento de «reservas integrales», unas zonas con protección estricta, perfectas para la «regeneración de los habitantes de las ciudades» y situadas en la periferia de unas regiones colchón cuya actividad económica se vería impulsada por la afluencia turística. Naturalistas y planificadores encontraron allí un espacio de entendimiento, hecho de compromisos y juegos políticos. Cada uno tenía su parcelita que gestionar y las subvenciones correspondientes. Pero, antes incluso de esa fecha, los ingenieros de aguas y bosques fueron a testar su ciencia

[19] Marie Roué, «Construction des savoirs locaux et cogestion dans le parc naturel des Cévennes», *Histoire des parcs nationaux. Comment prendre soin de la nature?*, Versalles, Quæ, 2009, p. 134.

al norte de África, expulsando, en caso necesario, a las poblaciones locales, acusadas de deteriorar los «bosques monumentales». Allí tenían toda la libertad de un estado de excepción que les permitía parcelar un lugar donde el colono, «el que sabía», era el único patrón a bordo. A lo largo de diez años, se crearon trece parques naturales en Argelia, en las regiones de Argel, Orán y Constantina. En las décadas de 1920 y 1930, Túnez y Marruecos, así como Madagascar, Gabón y Chad, habían sido escenarios del mismo entusiasmo por la «conservación de la naturaleza». Los ingenieros forestales, tras obtener esa experiencia global en las colonias, pudieron, al regresar a la metrópolis, poner en marcha las nuevas formas de gobierno de los espacios naturales, lo quisieran sus habitantes o no.

En Francia, la guerra contra los usos tradicionales se libra hoy en día a golpe de normativa europea y de la mano de representantes trajeados. Tiene la gélida cortesía de un panel indicador: «Causses y Cevenas, Patrimonio Mundial de la Unesco». ¿Quién no se ha topado con un letrero plastificado al comienzo de un camino de senderismo? ¿Quién no ha sentido alguna vez cierto malestar frente a esas «pantallas» colocadas sobre la «naturaleza», con el supuesto fin de protegerla, pero que la vuelven del todo intocable para nosotros, literalmente separada, fuera de uso?

«Pantalla: superficie que sirve de protección, separación, barrera o abrigo». Una pantalla era, en su origen, un cierre, una reja, un biombo, un panel. Y, en efecto, el panel, como todo dispositivo material, está ahí para indicar una separación radical, al tiempo que esconde la relación

eminentemente política que implica. Su efecto concreto es el de hacer manifiesta mi separación con respecto al mundo, pero una separación que debe quedar disimulada, a cualquier precio, tras una lista de riesgos, so pena de hacer volar en pedazos los engranajes del sistema. Para ello también hay todo un ejército de ayudantes: vigilantes, paisajistas, arquitectos, naturalistas, forestales, que sirven para mantener y hacer que se respete esta maquinaria con sus normas arquitectónicas, sus medidas paisajísticas, sus sellos turísticos. Y la cartografía de las fronteras administrativas: 1) zona de protección estricta (corazón del parque), 2) zona de incorporación, 3) zona óptima de incorporación, 4) puertas del parque, 5) reserva de la biosfera.

El antropólogo Philippe Descola, que investiga desde un punto de vista crítico la distinción entre naturaleza y cultura, acierta al decir que nuestra estética del paisaje procede directamente de la conformación de la naturaleza, en el siglo XVIII, mediante el *landscape gardening* (paisajismo). Recordando las circunstancias políticas de la creación del Parque Nacional de Yellowstone y la cruenta expulsión de los pueblos nativos, Descola desmonta nuestro occidentalísimo concepto de «naturaleza». Ésta se revela, ante todo, como la construcción cultural, para el espectador, de un sentimiento grandioso, a semejanza de un cuadro hecho para ser contemplado:

> De manera ejemplar en Estados Unidos y de forma más discreta en otros lugares, los parques naturales son

cuadros a tamaño real, es decir, pedazos de medio ambiente *musealizados* por las condiciones de su creación y su perpetuación; artificios pintorescos cuyos mecanismos de fabricación y mantenimiento deben permanecer ocultos para que quienes los frecuentan estén en situación de apreciar, sin sospechas, la experiencia regeneradora de la inmersión en una naturaleza, en teoría, virgen. Pero se necesitan infinitas intervenciones, cuidadosamente veladas, para que el visitante de un parque natural pueda gozar del espectáculo que se ofrece ante sus ojos y experimentar la sensación fugaz de ser el primero en hollar un sendero cuyo mantenimiento, sin embargo, está incluido en un presupuesto y moviliza a trabajadores y voluntarios a lo largo de todo el año[20].

Pero ¿qué queda una vez rasgado el lienzo? Nada de «valles bucólicos», sino un *perfil paisajista*. Nada de «aldeas pintorescas», sino *ingeniería medioambiental*.

Los prospectivistas de la Datar no se equivocan. En uno de sus supuestos de ordenación del departamento de Lozère, prevén que, en 2040, la industria cinematográfica supondrá una de las principales fuentes de ingresos de la región, muy poco poblada. A través de Ciné-Paysage, el sector alquilará decorados de paisajes grandiosos «mantenidos con empeño y paciencia por los guardas forestales y los

[20] Philippe Descola, «Postface. Les coulisses de la nature», en Adel Selmi y Vincent Hirtzel (dir.), *Gouverner la nature, Cahiers d'anthropologie sociale*, n.° 3, París, L'Herne, 2007, p. 124.

agricultores», así como los servicios que ofrecen las poblaciones locales, fichados como «figurantes auténticos». Quien haya visto la serie *Westworld*, con su ejército de androides-anfitriones al servicio de los adinerados visitantes, que acuden a hacer realidad sus deseos más sórdidos en un parque ambientado en el Viejo Oeste, a tamaño natural, por favor, que no se ría. Pero el fin manifiesto de este *teatro de operaciones* no es otro que «producir paisaje», igual que se producen relatos y sueños preconfigurados. El interés de este tipo de prospectiva no es tanto que revele el futuro, sino el infierno en el que ya vivimos quienes somos, en gran medida, esos colonizados del interior. Lo único que cabe desear es que esta constatación nos otorgue cierta comprensión de la realidad, así como una ventaja estratégica sobre todo lo que abarca la ingeniería social.

El filósofo alemán Peter Sloterdijk escribió, con una parte de cinismo que le ha valido no pocas críticas, algo bastante justo en relación con la forma que adopta el gobierno de los hombres a través de un parque, que él describe como «la cría de humanos por parte de humanos», una «zoología *política*». Una idea que sólo es política en la medida en que es una *técnica*, una técnica de poder:

> Desde Platón, la manutención de hombres en parques o en ciudades se revela como una tarea zoopolítica. Aquello que se presenta como una reflexión política es, en realidad, una declaración de principios sobre las normas para la gestión empresarial de parques humanos. Si existe una dignidad del hombre que merezca ser articulada en

> palabras y con conciencia filosófica, ello se debe a que los hombres no sólo son mantenidos en los parques temáticos políticos, sino que ellos se mantienen a sí mismos ahí dentro. Los hombres son seres que se cuidan y se protegen por sí solos y, vivan donde vivan, generan alrededor de ellos el entorno de un parque. Parques urbanos, parques nacionales, parques cantonales, parques ecológicos, en todas partes el hombre debe formarse una opinión sobre el modo de regular su automantenimiento. [...] El gobernante platónico sólo encuentra la razón de ser de su gobierno en un saber propio de reyes en materia de crianza, es decir, en un saber experto de lo más inusual y de lo más juicioso. Aquí surge el fantasma de una monarquía de los expertos cuyo fundamento jurídico sería el conocimiento acerca de cómo se puede organizar y agrupar a los hombres de la mejor manera —sin dañar jamás su libre voluntad—[21].

El sistema «parque» aparece, pues —y poco importa que se trate de un parque natural, de un parque temático, de una *fan zone* o de una capital de la cultura—, como un gobierno de expertos, un despotismo de gestores. Al estar en todas partes a la vez, domina hasta el más mínimo aspecto de la vida. Al administrar a los seres, les ordena ese sentimiento, tan maleable, de «libertad». «Gobernar y autogobernarse» será su mandato programático.

Peter Sloterdijk, *Regeln für den Menschenpark: ein Antwortschreiben zu Heideggers Brief über den Humanismus*, Frankfurt, Suhrkamp, 1999. Trad. cast.: *Normas para el parque humano: una respuesta a la «Carta sobre el humanismo» de Heidegger*, Madrid, Siruela, 2000, pp. 75-81.

Frente a esto, parece inútil seguir glosando sobre la democracia y sus «libertades fundamentales». Es evidente que estas libertades se asemejan más a las de los animales enjaulados, o, si se prefiere, a las de los androides enjaulados. La cuestión vital no es saber cómo gestionar mejor el parque, sino, más bien: ¿qué ocurre cuando los «enjaulados» se vuelven ingobernables? ¿Cuando todo se desmorona? ¿Cuando la autorregulación salta por los aires? ¿Qué pasa cuando, lisa y llanamente, *el sistema deja de funcionar*? Para quien se tome estas cuestiones en serio, todos los ámbitos de la vida deben repensarse bajo el efecto de este imperioso deseo: salir, abandonar la máquina.

GENEALOGÍA DE LA ORDENACIÓN DEL TERRITORIO

Cuanto mayor sea la distancia entre el hombre y su medio, mundo o Tierra, más fácil le resultará medir y menos espacio mundano y ligado a la Tierra le quedará.

HANNAH ARENDT,
LA CONDICIÓN HUMANA

El concepto de «ordenación del territorio» apareció en Francia bajo la Ocupación, en octubre de 1942. A partir de entonces, esa ideología fue adquiriendo su fondo indisociablemente *progresista* y *fascista*. La expresión figura en un primer informe sobre la «descentralización industrial», una de las grandes preocupaciones de Vichy y sus políticas. Tras los bombardeos sobre fábricas de Renault, los funcionarios de la Delegación General de Equipamiento Nacional (DGEN, creada el 23 de febrero de 1941) consideraron que la descentralización era una prioridad para la «ordenación material del territorio». El primer director de la DGEN, François Lehideux, que había sido director general de Renault, propuso un plan de equipamiento decenal; sin duda, el primer plan de «ordenación del territorio» tal y como los conocemos hoy en día. Lehideux decidió modernizar Francia aplicando una política de grandes obras

de equipamiento: industrialización de la producción agrícola; revisión de la red de comunicaciones, con la apertura de carreteras hacia el resto de Europa; reconstrucción urbanística, gracias a las ciudades dormitorio alrededor de los grandes núcleos urbanos. Así pues, en 1942 dio comienzo un estudio de envergadura para este proyecto de descentralización, dirigido por Gabriel Dessus, ingeniero y director de la Compañía Parisina de Distribución de Electricidad, que en 1946 pasaría a ser director comercial de EDF. Aquel estudio, que abarcó desde 1942 hasta 1945, sirvió de base para poner en marcha, tras la Liberación, las grandes políticas de ordenación del territorio. No es casualidad que se le confiara a un ingeniero eléctrico. La electrificación de los territorios estableció una nueva cartografía del poder, estrechamente vinculada a las regiones en las que podían construirse presas hidroeléctricas. Ya de entrada, pues, se caracterizó por su descentralización y su interconexión. Pero este poder descentralizado, en el que la interconexión estructuraba el territorio, no acababa con la preeminencia del centro de decisión. No fue más que una reconfiguración reticular, desde el mismo territorio y su topografía, de un poder que, nudo a nudo, se volvió totalizador.

En 1937, otro ingeniero eléctrico hizo una constatación que sigue siendo de lo más actual en la época de las *smart grids* (redes inteligentes que combinan circulación energética e informática) y de los contadores inteligentes: «La red eléctrica francesa ha crecido malla a malla; todas estas mallas han ido agrandándose y

completándose, y de cada una ha crecido un tentáculo que la sujeta a la malla contigua para acabar formando un todo homogéneo»[22]. El eterno debate, que en Francia apasiona a los geógrafos, de saber si el poder se sitúa en el «centro» o en las «periferias» se muestra desde entonces, bajo la mirada pragmática de los ingenieros, como una entelequia inofensiva con la que se tiene a bien dejar que aquéllos se entretengan.

El primer reto de la descentralización para el régimen de Pétain fue hallar una estrategia para poner los puntos neurálgicos de la industria a salvo de los bombardeos, con un reparto funcional entre viviendas y zonas de producción. Historiadores de la fundación Carrel, abiertamente eugenésica, y geógrafos de la Joven Derecha de Maurass, como Jean-Françoise Gravier, colaboraron en el estudio sobre la descentralización. Entre 1942 y 1945, los equipos de Dessus se empaparon de cuestiones tan variadas como la mano de obra, la vivienda o la enseñanza. Tras la guerra, mientras formaba parte del Comisariado General, supuestamente dedicado a preparar, a partir de 1946, la construcción económica del país, Gravier se convirtió en el geógrafo oficial de la Institución de Ordenación del Territorio. En su libro *Paris et le désert français* [París y el desierto francés], publicado en 1947, declaró que el primer objetivo de la descentralización industrial era una «colonización interior racional»: en la medida en la que

Patrice Caro, Olivier Dard y Jean-Claud Daumas (eds.), *La Politique d'aménagement du territoire. Racines, logiques et résultats*, Rennes, Presses universitaires de Rennes, 2002, p. 32.

«el reparto racional de la producción supone el reparto racional de la mano de obra, la economía dirigida implica de manera necesaria el poblamiento dirigido».

El régimen de Vichy, librándose de las trabas políticas y parlamentarias del orden republicano, inició así una reforma tecnocrática sin precedentes en Francia. Vichy fue, como declaró Bichelonne, ingeniero de minas y secretario de Estado de Producción Industrial con Pétain, un «fermento de progreso técnico». El mismo Bichelonne no escatimaba elogios hacia la política industrial del nazi Albert Speer, un «genio de la organización», ministro de Armamento y Producción de Guerra para el Reich. Los dos hombres firmaron una alianza industrial en 1943, con el fin de que determinadas fábricas francesas participaran en el esfuerzo de guerra alemán. La estructura de dirección del régimen descansaba sobre tecnócratas, obnubilados no tanto por el retorno a una soberanía monárquica como por el dominio de la industria de masas, al mismo nivel que la Alemania nazi y la Italia fascista. Los encargados de «pilotar el barco y mover las máquinas» eran los ingenieros, los técnicos, los grandes patronos de la industria. En Armamento, por ejemplo, tenemos a Raoul Dautry, ingeniero de ferrocarril. En Juventud (aparato propagandístico por antonomasia), a Lamirand, ingeniero que hizo carrera en la metalurgia y que asumirá el mando de las fábricas de Renault-Billancourt tras la Liberación. El papel social de la figura del ingeniero-oficial, con su lema de «servir y ordenar», no podía más que confluir con los ideales de revolución nacional que Pétain pretendía poner

en práctica. La descentralización industrial se combinó, pues, con la descentralización administrativa y la creación de prefecturas regionales, institución que gestiona el orden público, el avituallamiento y las existencias. Esta función sigue siendo, evidentemente, la que los prefectos actuales se afanan en mantener en sus «labores» de policías y responsables de las grandes obras públicas.

Como demostró el historiador estadounidense Robert O. Paxton, los altos funcionarios del Estado que dieron sus primeros pasos en la planificación económica e industrial bajo el régimen de Pétain siguieron al mando en la posguerra: «Un vistazo al *annuaire* de cada uno de los *grands corps de L'état* ofrece una notable impresión de continuidad durante los años tormentosos que median entre 1939 y 1946. El más estable de todos fue también el más técnico: el Tribunal de Cuentas. Nada menos que un 98% del personal activo en 1942 figura todavía en el anuario de 1946, y en el del año 1949 esta proporción mantiene el 90% al ser reintegrados dos presidentes del tiempo de guerra, Amet y Brin, a sus cargos como presidentes *emeritus*»[23]. Esta misma continuidad se dio en la inspección de Hacienda, la magistratura, el cuerpo diplomático y el cuerpo prefectoral, que siguieron todos «la línea del gobierno en vigor, desde la Ocupación hasta la Liberación». Las leyes aplicadas bajo el gobierno de Vichy no se derogaron después de 1944, al contrario: la seguridad

[23] Robert O. Paxton, *Vichy France, Old Guard and New Order, 1940-1944*, Nueva York, Knopf, 1972. Trad. cast.: *La Francia de Vichy: vieja guardia y Nuevo Orden*, Barcelona, Noguer, 1974, p. 306.

social, los subsidios familiares, el INSEE[24] o el plan de equipamiento se integraron sin solución de continuidad en los nuevos aparatos. Los grandes hombres de negocios y las corporaciones agrícolas tampoco tuvieron que preocuparse mucho con el cambio de un régimen a otro. Los ideólogos y políticos tradicionalistas o fascistas conocieron la purga y algunos fueron juzgados y fusilados tras la Liberación. Pero los expertos, sin hacer ruido, lejos de ideologías y partidos, en su absoluta «neutralidad», continuaron con su labor de planificación y modernización. Las estructuras de la economía de guerra se mantuvieron con denominaciones distintas. Progreso y fascismo eran, y siguen siendo, los dos polos subyacentes de una misma ideología de la ordenación.

Los tecnócratas que trabajaron para la DGEN bajo el gobierno de Vichy se volvieron a encontrar, diez años más tarde, a los mandos de la ordenación del territorio. Tras la Liberación, la reconstrucción de Francia suponía, según Gravier, entre otros, una oportunidad: las fábricas destruidas en el extrarradio debían reconstruirse en otros sitios, en regiones que habían perdido sus antiguas industrias y donde era necesario instalar nuevas redes de energía mediante la construcción de centrales hidroeléctricas. Después de la guerra, los estudios llevados a cabo por la DGEN sobre el régimen espacial de la economía interesaron mucho a la Administración, pero también a las

[24] *Institut national de la statistique et des études économiques*, Instituto nacional de estadística y estudios económicos. (N. de la T.).

escuelas de ingeniería y las universidades, incluso de fuera de Francia. Las investigaciones teóricas, especialmente en ultramar, sobre la situación óptima de la organización industrial no dejaban de crecer. En 1963, se fundó la Datar, que perpetuaba la lógica de la descentralización industrial iniciada con Vichy. Su función consistía en producir una visión estratégica y predictiva con vistas a la «reconquista de los territorios», como acostumbraba a decirse en sus comunicados. Debía proporcionar armas científicas a la planificación, ofrecer una imagen plausible del avance de las infraestructuras. Así pues, emitía dictámenes sobre la extensión de las industrias fordistas, en concreto, las de automoción, que necesitaban, para ser operativas, todo un sistema vial eficaz, capaz de garantizar los intercambios logísticos. La Datar intervendría también en la financiación de las líneas aéreas regionales y del tren de alta velocidad. La ordenación del territorio nacida bajo el gobierno de Vichy se introdujo en la casi totalidad de los ámbitos de la economía del país, para convertirse en el axioma del progreso mismo. Con este chantaje invariable: si no ordenamos el país, nos veremos abocados al subdesarrollo.

En 1970, la Datar encargó la elaboración de un informe al Hudson Institute, un *think tank* estadounidense muy influyente, especializado en estrategia militar y ciencias de los sistemas, y fundado por miembros de la Rand Corporation (Research and Development). Esta última es bien conocida por el impulso científico que proporcionó durante la Guerra Fría, con el fin de dotar a Estados

Unidos de un sistema predictivo de defensa aérea y nuclear. El informe del Hudson Institute, titulado *Le Survol de la France* [Sobrevuelo de Francia], tenía el cometido de «prospectar, con vistas a determinar las posibilidades de desarrollo económico de Francia». Merece la pena describir con detalle el método original empleado para este informe. Se trataba, literalmente, de sobrevolar el territorio en avión, durante más de ocho horas al día, con varias paradas en tierra para ir a conocer a los «lugareños». Los expertos surcaban el cielo con el fin de verse «arrancados de su medio» y de entrar en un «estado psicológico inhabitual», entre la fatiga extrema, la saturación de los sentidos y el sueño despierto. Se trataba de una técnica, cuando menos, «alucinada», que permitía que los escenarios de la prospectiva fueran «más eficaces». El método de los escenarios, con el que la Rand Corporation llevaba experimentando desde 1945, tuvo una amplia difusión en Francia. Consistía en dar imágenes plausibles del futuro de la planificación. El sobrevuelo en avión permitía tener una visión indispensable para el reconocimiento del terreno de intervención. El territorio real de la experiencia debía transformarse en un plano, en la vertical del suelo; se encontraba codificado en una serie de tomas, en una cadena de descripciones, para ofrecer una valoración y que pudieran intervenir los ingenieros. Hasta entonces, el Hudson Institute sólo había probado este método del sobrevuelo en «zonas subdesarrolladas», como el Mekong, Angola, la Amazonia o Yucatán. A los autóctonos franceses les gustó.

De esta forma, la prospectiva de ordenación quedó planteada y lista para ser aplicada con el paso de la década de 1960 a 1970, bajo la forma de «instantáneas» tomadas sobre Francia, de sur a norte, pasando por Córcega: visión totalizadora de los espacios, distinción de zonas estratégicas, reparto espacial de zonas de producción, despiece en redes, separación entre zonas densas y zonas desiertas, análisis de la red viaria, puesta en valor de polos de producción, determinación de las posibilidades turísticas, modernización del transporte con la creación de aeropuertos regionales, conexión por carretera entre Grenoble y Turín, así como entre Marsella y Barcelona, con el fin de establecer satélites metropolitanos, explotación y conservación de recursos, fundación de clubes de desarrollo... El Macizo Central iba a convertirse en un gran parque rodeado de autovías o bien en la capital de la producción ganadera. También se propuso hacer de Marsella una metrópolis temática... Sería un error tomarse estos escenarios como elucubraciones puramente teóricas, pues es cierto que muchos de los ejes que se sugirieron en este informe acabaron materializándose. Partiendo de ahí, la *pro-spectiva* debe comprenderse no como un punto de vista orientado hacia un futuro improbable, sino como una visión militar proyectada sobre la realidad actual. Algo así como una «logística de la percepción».

Más allá de la insoportable condescendencia de esta «visión desde arriba», la prospectiva se concibió muy claramente, desde la Rand Corporation hasta la Datar, como una aplicación de las ciencias de la guerra sobre

el terreno, un saber cuya precisión casi matemática habían experimentado y perfeccionado después, a través de la fotografía aérea, todas las aviaciones militares, al menos desde la Primera Guerra Mundial y, sobre todo, la Segunda. El interés militar de una toma aérea de gran resolución llegaría a ser un estándar del análisis estratégico, al proporcionar una visión planisférica de la Tierra. La visión en la vertical del suelo sería determinante en la historia conjunta de la ingeniería espacial, militar y medioambiental, como bien demostró Grevsmühl en su apasionante *La Terre vue d'en haut* [La Tierra vista desde arriba], donde recoge estas significativas declaraciones de un famoso meteorólogo y aeronauta del siglo XIX, que, desde la barquilla de su globo, declaró: «Cuando nos encontramos a una determinada altura sobre la superficie de la Tierra, perdemos toda sensación de altura comparativa de los objetos. El paisaje desaparece, en el sentido de que ya no se ve de él más que su proyección sobre un plano. Nunca he visto los paisajes terrestres más parecidos a un plano de ingeniería»[25]. Este plano tan regular, en el que ya no quedan asperezas del terreno, sino sólo una superficie lisa, se desarrolla después de forma considerable con el uso de imágenes de alta resolución obtenidas mediante satélites y drones. Estos últimos se utilizan con gran profusión en las guerras de contrainsurrección, así como en la ordenación del territorio o, incluso, para la inspección

[25] Sebastian Vincent Grevsmühl, *La Terre vue d'en haut. L'invention de l'environnement global*, París, Seuil, 2014, p. 113.

de infraestructuras sensibles. El territorio se transforma en un *blanco* tan alejado de la experiencia personal como una zona lejana observada desde una pantalla. Es como si, para producir esta cartografía desde fuera del suelo, para concebir estas medidas a distancia, el creador del plano, ya sea ingeniero, economista o geógrafo, debiera desprenderse de todo vínculo, desgajarse de todo lo que tenga cerca, volverse *extra-terrestre*. Cuanto más se distancia de la Tierra, mejor puede medirla, pero más despojado se encuentra de todo mundo habitable.

He aquí el meollo de la cuestión: la ordenación del territorio es un *aplanamiento*. Una puesta en plano. Una nivelación espacial. Desde el mapa de las Cevenas, «a las que se retiran los fanáticos de Languedoc», hasta los informes de la Datar, a pesar de los tres siglos que los separan, existe sin duda un mismo eje, una ideología que querría ver los espacios como superficies homogéneas, donde toda fricción quedaría alisada (es decir, suprimida), tanto el territorio como las resistencias, tanto los cuerpos como la memoria.

En el momento actual, ciertos trabajos antropológicos lo revelan con bastante precisión: todo individuo está conformado por la historia de los lugares en los que vive, del mismo modo que esos lugares están hechos de la historia de esa persona. Se desarrollan juntos. Los seres se imbrican, las vidas se tejen por igual de trayectorias geográficas, inscritas en el mismo suelo. Romper ese vínculo entre los seres y los lugares significa también romper el vínculo de esos seres con su pasado. Es lo que se llama, como bien

dice Tim Ingold, «replantear las cosas desde cero». Y este replanteamiento desde cero es la consecuencia de toda infraestructura, mediante la malla de conexión, punto a punto, nudo a nudo, raya a raya, que teje a través de los territorios y siempre en línea recta. Forzar la materia. Homogeneizar, hacer comparable. Cada porción de ser, cada parte recortada, con su función asignada. Siempre será un problema de planificación. De geometría. De medida. De equivalencia.

Es un hecho: la ordenación no funciona si no ha recortado con anterioridad, y, por así decirlo, a cada instante, parcelas de terreno, astillas de vidas para transformarlas en «polo», en «zona», en «área», en *cluster*, precisamente, en forma de espacios y vidas separados sobre los que intervenir. Y, si es preciso, se declara la guerra a los habitantes y se persigue a los indeseables, a quienes rechacen el orden económico, a quienes se resistan a la colonización interior. La ordenación del territorio debe empezar por replantear desde cero las diferentes porciones de un mundo desencajado para poder, a continuación, aglomerarlas y extraerles flujos susceptibles de venderse. He aquí su temible forma de proceder: planificar cosas y seres, pero planificarlos sobre sus propias ruinas, sobre los escombros incluso de su memoria.

Una amiga que luchó en la ZAD de Testet relata con gran sensibilidad los efectos concretos, incluso en los cuerpos, de esta planificación. Recordando los días de resistencia frente a la obra y, después, la muerte de Rémi Fraisse,

explica que el proyecto de presa no sólo destruyó el humedal, sino también los propios vínculos entre el bosque y quienes vivían en él:

> Al principio, cuando talaron los primeros árboles, conseguía, a pesar de todo, reconstruir visualmente cómo era antes, ver los arroyuelos, volver a ver las plantas que comíamos, los manantiales donde íbamos a coger agua, los árboles que protegíamos y que nos protegían... Pero, cuando pasaron las excavadoras para aplanar el valle, cuando lo echaron todo abajo, recreando volúmenes de tierra, dejé de poder reconstruirlo visualmente, de encontrar los sitios habituales; era como si me hubieran robado una parte de mí misma, ¡tenía una bola en el estómago, era algo físico! Por la mañana, fuimos muchos los que salimos a ver lo que había pasado, cuánto espacio habíamos perdido, y nos fue imposible reconocer el lugar. Ni siquiera pudimos pisar ese suelo arrasado, porque, a las seis de la mañana, ya había antidisturbios allí para proteger la obra con rifles de pelotas de goma. Nos impidieron llorar la muerte del bosque, del territorio. ¡Pero esto no se ha acabado, seguiremos aquí, en Notre-Dame, en otros sitios!

Si habitar estos territorios se ha convertido, para toda una generación, en un gesto necesariamente político, en una manera de vivir, en una ética, es porque los lugares ocupados contienen más que una reacción a un proyecto: albergan mundos. Mundos que ya están

ahí. Tejidos de costumbres, de complicidades, de luchas pasadas, esconden un imaginario común. Son también mundos que hay que otorgarse, saber componer juntos, donde todo está aún por aprender. Habitar esos territorios tiene sentido no porque estén situados en la periferia de no se sabe qué centro, sino porque contienen algo que resiste, que resiste irreductible al avance de la planificación, algo que viene a romper el plan, a fracturar la tapa de hormigón colocada sobre el mundo. Y defender estos bosques, amenazados por no se sabe qué proyecto de infraestructuras, tiene una carga ante todo política, por todas las imbricaciones de fuerzas, todos los avances, todos los seres que se alían y despliegan sus propias fuerzas.

LA DESTRUCCIÓN DE LAS CUENTAS

¡Los economistas y los ingenieros se enorgullecen de tener este «indicador», tan único y sencillo, del crecimiento! Pero esta economía exige una homogeneización de los «actores», definidos exclusivamente como agentes racionales, calculables y geométricos, y la exclusión de los «irracionales».

JACQUES FRADIN,
ÉCONOMIE ET SYSTÈMES TECHNIQUES

Resulta interesante ver a los ingenieros forestales y a los economistas lamentarse por no conseguir contabilizar, con toda la facilidad que querrían, el carbono de los bosques. La cantidad de carbono de un árbol en pie no es, en efecto, la misma que la de un árbol talado, ni la de un árbol que esté descomponiéndose en el suelo, ni la misma de un árbol a otro, de una especie a otra, de un bosque a otro, de una época del año a otra. De hecho, ¿cómo calcular una realidad tan multiforme y profusa, y que depende de lugares tan singulares? Un bosque se compone de una imbricación infinita de seres vivos que se mezclan, se entrelazan de tal modo que actuar sobre uno implica de forma obligatoria actuar sobre el conjunto. Las investigaciones

más recientes en materia de biología y botánica revelan que los árboles no pueden concebirse como individuos aislados, sino sólo en los vínculos que mantienen tanto entre ellos como con sus espacios de vida, el aire, el agua, la tierra, los animales. Estas investigaciones demuestran, por ejemplo, que un castaño joven de ocho metros de altura posee —si se tienen en cuenta sus hojas por ambos lados, el haz y el envés— una superficie de intercambio aéreo de 340 m^2, que puede llegar hasta 1,25 Ha en el caso de un árbol de cincuenta metros de altura. Si se consideran ahora las superficies internas de las hojas que permiten los intercambios gaseosos, se llega a una superficie de 37 Ha. Y, en cuanto a las superficies subterráneas de intercambios que incluyen todo el sistema radicular, se abarcan no menos de 162 Ha. Un árbol de cincuenta metros de altura, pues, nos dicen los biólogos, puede contar con 200 Ha de superficies de intercambios biológicos, y ello sin tener en cuenta los fenómenos químicos, las asociaciones de especies ni los gigantescos filamentos de micelio y la rica vida microbiana del suelo, íntimamente ligados a ese árbol. En este sentido, un botánico como Francis Hallé puede afirmar que es imposible calcular la compensación para la pérdida de un solo árbol. Sabiendo que se cuentan por decenas los árboles que se derriban en obras de deforestación, habría que contemplar la compensación de la destrucción de superficies equivalentes a varias provincias...

A partir de esta singularidad de la expansión vegetal, los botánicos ya no piensan en términos de «ocupación de

volúmenes», sino de «crecimiento de superficies»; el espacio en sí mismo se convierte en el *lugar de apertura*, donde las plantas despliegan sus cuerpos para captar la luz y buscar alimento. Evidentemente, no se trata de superficies de un plano uniforme, como en la proyección geométrica, sino de un entrelazado multiforme que no deja de moverse, de metamorfosearse, por encima, por debajo, a través, por el centro. Algunos historiadores del arte han visto incluso en estas suertes de arabescos vegetales un gesto afirmativo, una manera de crear mundos, una *proliferación por amor a lo pleno*, como argumentó Thierry Marin.

Ante este lujo vegetal, los economistas actúan como siempre lo hacen. Para ellos se trata de aplicar sobre esta realidad, de todo punto desbordante, lo que denominan «indicadores». Fueron unos investigadores franceses quienes organizaron y unificaron una contabilidad del carbono forestal en el ámbito europeo. El IFEN (Instituto Francés del Medio Ambiente), el LEF (Laboratorio de Economía Forestal de Nancy) y el INRA participaron en un grupo de trabajo puesto en marcha por la Oficina Estadística de la Unión Europea (Eurostat) con el objetivo de elaborar un marco europeo de contabilidad forestal «que combinara economía y ecología», como decían. Se llevaron a cabo análisis de cuentas sobre conjuntos estadísticos desde 1981 hasta 2001. Esta contabilidad forestal, perfeccionada mediante métodos de observación por satélite, dio lugar a la creación de unos indicadores de captura de carbono. Este indicador es, por supuesto, demasiado masivo. En lugar de abordarlo en su singularidad, su objeto

se homogeneiza en el inmenso conjunto de la biomasa planetaria. El elemento físico-químico «carbono» se convierte en un patrón económico entre otros, un flujo mensurable. Las innovaciones tecnológicas hacen que este patrón sea cada vez más «interpretativo», en función de tal *software* de análisis de imagen, en función de tal algoritmo, de tal base de datos, de tal filtro, de tal detección. Estos cálculos de superficie, de volumen, estas comparaciones de población, estos inventarios de recursos y de servicios recreativos o de biodiversidad tienen que ver con una ideología totalizadora que lo somete todo al imperativo de la contabilidad, una contabilidad que se computa a sí misma. En la práctica, el cálculo de estos datos acaba sustituyendo a la realidad, convirtiéndose en la realidad misma, pero en una realidad tan pobre como, por ejemplo, Google Global Forest Watch. ¿Qué nos permite ver esta herramienta, al fin y al cabo? En ella, todo uso y toda singularidad pierden su sentido. Todas las formas de vida se reducen a su más pura exposición algorítmica, el conjunto de los seres vivos se presenta de acuerdo con una cartografía plana de *data* que se acumulan en bucle.

«Que la economía fructifique al mismo tiempo que explota de manera sostenible los recursos»: tal es la prédica delirante en la que se desarrolla esta empresa de contabilidad total. Los famosos informes del GIEC sobre el cambio climático no dicen otra cosa. Según los expertos, «una estrategia de gestión sostenible de los bosques, orientada a mantener o aumentar las reservas de carbono forestal, al tiempo que se nutre al sector maderero (leña, fibra y

energía) con un nivel de extracción igualmente sostenible, permitirá una máxima moderación del cambio climático». Se trata, en resumidas cuentas, del dogma que ha regido durante los últimos tres siglos. Que se dedique ahora al carbono y a la biodiversidad no es más que otra etapa en la contabilización general de lo vivo y el «ajuste» de sus cálculos a nuevas unidades de medida. Al fin y al cabo, ¿qué son el carbono y la biodiversidad en esta ideología, sino nuevas unidades de medida? Al transformar, por ejemplo, un hayedo en una cantidad potencial de CO_2 capturado por hectárea, y luego multiplicar esa cantidad por el precio de la tonelada de carbono, el cual viene dictado por las bolsas especializadas, la economía reduce ese hayedo a unidades normalizadas y rastreables. Éste es su modo de funcionamiento, sencillo pero increíblemente eficaz, consistente en asignar un precio a aquello que carecía de él, en comparar lo incomparable, en poner en equivalencia lo estrictamente desigual.

El método se aplica igual para ecosistemas enteros. En Francia se gestiona el funcionamiento de los mercados de la biodiversidad a través de la Caisse des dépôts et consignations (CDC), la ya longeva institución estatal, nacida de un decreto de 1816, una parte de cuya financiación pasa por las cajas y cartillas de ahorro. La CDC, que invierte en los llamados proyectos de interés general, creó en 2008, junto con Egis, una empresa de ingeniería de construcción y obras públicas, la filial «CDC biodiversité». De esta forma fundó el primer banco de activos naturales francés y se dedicó a calcular las compensaciones del proyecto de

aeropuerto de Notre-Dame-des-Landes[26]... Los planificadores pueden así comprar algo con lo que compensar, en otras partes, los destrozos de sus proyectos. Al parecer, una parcela que vaya a cubrirse de hormigón, por ejemplo, una parcela de pradera en La Crau, se compra por cuarenta mil euros la hectárea en «CDC biodiversité»... En 2010, el Ministerio de Ecología y Desarrollo Sostenible lanzó un «llamamiento para proyectos de operaciones experimentales con ofertas de compensación»:

> La experimentación de la oferta de compensación consiste, para un operador, en anticipar la posible demanda de compensación en territorios en los que la presión soportada por los entornos sea fuerte. El operador asegura terrenos, mediante compra de suelo o alquiler de larga duración, y los restaura mediante acciones a largo plazo que generen un añadido ecológico real y mensurable. El operador lleva a cabo estas acciones con vistas a valorizarlas, en el futuro, de acuerdo con la compensación, a través de la venta de unidades junto a varios promotores, que tendrán la obligación de poner en práctica medidas compensatorias. La venta de unidades se materializa mediante contratos entre el operador y un promotor[27].

Enseguida se entiende a qué contribuye este «añadido»: instaurar, entre los proyectos de ordenación del

[26] Ver nota 1, p. 16.
[27] https://www.ecologique-solidaire.gouv.fr/sites/default/files/Th%C3%A9ma%20-%20Les%20sites%20naturels%20de%20compensation.pdf.

territorio y el registro de la biodiversidad, una misma matriz de cálculo, un mismo idioma. Este neomercado descansa exclusivamente, al igual que cualquier otra forma de economía, sobre la búsqueda y el cálculo de una unidad uniforme. En este caso, un precio unitario para la biodiversidad por hectárea. Esta absurda reducción de los seres vivos a datos ecológicos por enclave permite obtener la cantidad de unidades de biodiversidad. La fórmula matemática es clara: área de hábitat × estado del hábitat = unidades de biodiversidad. A partir de ahí, basta, siempre desde el punto de vista de esta visión tan restringida, con pagar en otra parte por una zona equivalente en unidades de biodiversidad y, de este modo, compensar la destrucción que se hace aquí. Poco importa dónde esté esa área, poco importa el tipo de hábitat, poco importan los vínculos con el lugar. Un humedal de Francia puede tener un valor equivalente al de un bosque de eucaliptos en Sudáfrica.

A la luz de esta contabilidad voraz, los bosques están incluidos, desde 2008, en los procesos de REDD, es decir, los mecanismos de «reducción de las emisiones derivadas de la deforestación y la degradación de los bosques» en los países en vías de desarrollo. El sistema REDD+ se incorporó a la agenda de la COP_{21} con el fin de hacer frente a las expectativas sobre el comercio de carbono. Tras esta nauseabunda cocina política, de lo que se trata es de introducir miles de hectáreas de bosques en los flujos de compensación de las emisiones de carbono. De esta forma, las empresas occidentales pueden comprar y

revender créditos de carbono para la «gestión sostenible» de bosques en los países en vías de desarrollo. Hay bancos, como BNP Paribas, que pretenden abrir un nicho potencial, de muchas decenas de miles de millones de euros al año, mediante este nuevo mercado. Otro ejemplo: una empresa alemana como Global Woods «reforesta» miles de hectáreas con pinos en Uganda; a continuación, vende no sólo la madera, sino también el carbono que contiene esa madera, a través de compensaciones de carbono que compran otras empresas en la otra punta del mundo. La suma de carbono se calcula cada año en función de la cantidad de carbono que contiene cada árbol plantado, talado y replantado; a ello hay que restar el carbono que se encontraba en la vegetación original que se ha destruido, así como las emisiones de CO_2 derivadas de la explotación. Esta cantidad, por completo abstracta, se vende a continuación bajo la forma de certificados de carbono, cuya aparición en los «neomercados» de la economía transforma la «naturaleza» en un nuevo campo de batalla, como analiza de forma tan minuciosa Razmig Keucheyan[28].

Los indígenas que han vivido tradicionalmente en esos bosques y que no comparten esa visión «económica» del mundo van siendo expulsados fuera de las reservas, y ven sus hábitats destruidos con el pretexto de que ellos «no tienen las competencias para gestionar el bosque de forma racional». Más allá de la financiarización de la naturaleza,

[28] Razmig Keucheyan, *La Nature est un champ de bataille*, París, La Découverte, 2014. Trad. cast.: *La naturaleza es un campo de batalla*, Madrid, Clave Intelectual, 2016.

cuyos abusos por supuesto condenan las buenas gentes de nuestros países, lo que lleva más de trescientos años contaminando el planeta es, sin duda, esta enfermedad, tan típica de Occidente, que consiste en reducir el mundo a cuentas.

LOS FISIÓCRATAS Y LA GUERRA A LAS TIERRAS COMUNALES

Depende del Gobierno cambiar la temperatura del aire y mejorar el clima; el curso que se les da a las aguas estancadas, los bosques que se plantan o queman, las montañas que destruye el tiempo o el cultivo continuado de su superficie forman un suelo y un clima nuevos.

JEAN-BAPTISTE MOHEAU,
RECHERCHES SUR LA POPULATION, 1778

Históricamente, los fisiócratas fueron los primeros en pensar y formalizar la medida generalizada de lo vivo bajo el aspecto de una contabilidad con cifras concretas. A mediados del siglo XVIII, la «secta de los economistas», como se los denominaba entonces, afirmaba que la libertad de comercio pasaba por la exportación de cereales, lo que hacía de la agricultura la auténtica fuente de riquezas de la nación. François Quesnay, uno de los autores más reputados de aquella «secta», pretendía que los terrenos agrícolas se agruparan en grandes explotaciones; puede verse un buen ejemplo de ello en las extensiones despobladas de la región de Beauce. En su *Tableau économique*, fue el primero en utilizar de manera

sistemática la aritmética con el fin de representar el conjunto de las relaciones sociales del reino de Francia en un diagrama puramente cuantitativo, compuesto de ecuaciones matemáticas y cálculos de la circulación de las mercancías y la moneda. En torno a los decisivos años comprendidos entre 1754 y 1764, cuando se promulgaron los decretos sobre la libre circulación de cereales y la supresión de las prohibiciones de almacenamiento, los fisiócratas consolidaron su influencia. Y fue justo en aquella época cuando nació un análisis estructurado del mercado, que iba mucho más allá de las regiones de Francia, pues, según la perspectiva fisiocrática, era necesario, si se pretendían exportar eficazmente las reservas de cereales, hacerse con la dimensión internacional de los intercambios y, sobre todo, anticiparse a lo que ocurriera en ese mercado. Por lo tanto, no sólo había que estimar las cantidades de cereales producidas en Francia y en cada país del mundo, sino también analizar los comportamientos de los consumidores y de los productores, las condiciones climáticas de tal o cual espacio de producción, conocer el reparto de suelos cultivados o no, comparar los planos topográficos y geográficos, elaborar estudios del precio de cada productor, y esto, en cada región. En su *Tableau économique*, Quesnay dedicó a esta sistematización páginas y páginas, en las que exponía los resultados de cálculos detallados con el fin de comprender el comercio rural en función de los gastos, en función de los ingresos netos, de los anticipos anuales, de los costes anuales, de las retribuciones de las

criadas y los jornaleros, todo ello, a su vez, subdividido con respecto a cada producto, los cereales, las viñas, los bosques, los prados, las minas y canteras, el ganado... El conjunto se calculaba en relación con toda la población, en todo el territorio francés, pero también con respecto a otras regiones, como Inglaterra, cuyo nivel de producción y riqueza agrícola se conocía entonces con bastante precisión.

Todas las relaciones sociales o políticas se traducían en función de quién producía qué, quién gastaba cuánto, quién ponía qué, y dónde, en circulación. He aquí una máxima mínima, pero muy eficaz, que prevalece sobre este razonamiento, esencialmente estadístico: «Sólo se administra bien aquello que se conoce bien; es decir, aquello que se ha calculado bien». Mediante su sistema «homogéneo», Quesnay veía el mundo en términos de recursos explotados de manera racional y cuya buena gestión asegurara el mercado. La población consistía, de hecho, en el conjunto de agentes racionales y calculadores de ese proceso físico de apropiación. Es el conjunto de los súbditos ilustrados, de los objetos pensados, de los procesos de equilibrado. En cambio, quienes no adoptan esos comportamientos racionales, quienes no respetan esos mecanismos de autorregulación, quienes, por ejemplo, hurtan en las cosechas, quienes no almacenan los cereales, quienes se rebelan ante la hambruna, quienes rechazan esa economía, en resumen, los «irracionales», no forman parte de la población. Romper con la economía es romper con el contrato social.

En esta «economía política» que aquí se inicia, se trata de calcular el orden físico de las cosas, con el fin de hallar el mejor gobierno de los hombres, copiado del modelo de la mejor circulación de las mercancías. La *fisiocracia* es precisamente eso: el gobierno «natural» del mundo. Quesnay observaba, admirado, su perfecta realización en el despotismo chino, donde la circulación y el rendimiento de hombres y mercancías por caminos y canales constituía la «liberación de flujos» más admirable, la más sana «policía del comercio». Conviene recordar, además, que Quesnay era también médico. Para él, el gobierno debía funcionar de la misma manera que circula la sangre en el organismo; es un conjunto de flujos que no cesan, capaces de elegir entre buenas y malas circulaciones, y que deben cuidarse para que ningún peligro, ninguna enfermedad, ninguna perturbación vengan a trastornar ese sistema. Se trata del famoso «*laissez-faire, laissez-passer*».

Michel Foucault observa el surgimiento, a mediados del siglo XVIII, con los fisiócratas, de la idea de una ciencia del gobierno de las poblaciones. Un gobierno en el que ya no se trata de imponer una ley a los hombres, como sí ocurría con el soberano hacia sus súbditos, sino, más bien, de disponer cosas, de utilizar tácticas para gobernar, conducir, pilotar a los hombres. El gobierno económico es el que conduce de manera eficaz y óptima a ese conjunto de individuos que es la «población». Es el que, como dice Foucault, actúa a la vez sobre un conjunto de elementos biológicos y sobre un conjunto de elementos conductuales, opiniones, hábitos:

Con los fisiócratas, la población va a dejar de presentarse como un conjunto de sujetos de derecho, un agrupamiento de voluntades sometidas que deben obedecer la voluntad del soberano por intermedio de los reglamentos, las leyes, los edictos, etcétera. Se la considerará como un conjunto de procesos que es menester manejar en sus aspectos naturales y a partir de ellos. [...] La población aparece entonces como un fenómeno de la naturaleza, algo que no se puede cambiar por decreto, lo cual no significa, empero, que la población sea una naturaleza inaccesible e impenetrable, al contrario. Y el análisis de los fisiócratas y los economistas se torna interesante en este punto: la naturalidad que se advierte en el hecho de que la población sea permanentemente accesible a agentes y técnicas de transformación, siempre que esos agentes y esas técnicas sean a la vez ilustrados, meditados, analíticos, calculados y calculadores[29].

Mediante estos sistemas de gobierno, se apunta con claridad tanto a la población como al entorno «en el cual» y «por el cual» ésta vive. De este modo, para los economistas del siglo XVIII, es responsabilidad total del gobierno actuar sobre la población, pero también sobre la temperatura del aire, el clima, las montañas, los ríos o los bosques. Los gobiernos, a través de sus acciones, sus

[29] Michel Foucault, *Sécurité, territoire, population*, París, Gallimard-Seuil, 2004, pp. 72-73. Trad. cast.: *Seguridad, territorio, población*, Madrid, Akal, 2008, pp. 80-82.

leyes, sus impuestos, su ejemplo incluso, determinan la existencia física y moral de la población. En este sentido, nuestra época es aún *fisiocrática*; es una época en la que el gobierno se presenta como pura administración económica de los seres y las cosas, es decir, como cálculo puro, algo que, por cierto, no ocultan los gobernantes del mundo y sus expertos. Para sujetar con firmeza a los pueblos, primero hay que transformarlos en «población», y, para gestionar eficazmente la Tierra, primero hay que transformarla en «sistema». Desde la FAO hasta la ONU, pasando por el GIEC, es habitual calcular siempre las presiones de los recursos, como las del clima, con el único fin de integrarlas en el proceso económico. El planteamiento fisiocrático sigue prevaleciendo en el ánimo de estos expertos: basarse en los servicios prestados por los agrosistemas y los ecosistemas, maximizando la naturaleza como factor de producción, al tiempo que se cuidan, por supuesto, sus «capacidades de renovación». Gobernar el clima, gobernar a las poblaciones, gobernar los recursos naturales y gobernar el planeta son la gramática ecológica que se nos quiere imponer como único lenguaje.

Pero, para que este cálculo fuera posible, primero fue necesario que los seres vivos se sometieran por la fuerza a este *continuo* contable. Y que, de forma previa, la «naturaleza» se constituyera como sujeto aparte, que se analizara, clasificara, representara en las matrices de análisis de las llamadas ciencias naturales para que los economistas pudieran generar sus tablas, en las que introducir seres y cosas, bien ordenados, unos junto a otros, para describirlos,

medirlos e intercambiarlos y que unos patrones de equivalencia fijaran los precios de cada cosa, reducida en última instancia a una línea de cifras, con lo que se constituirían en instrumentos universales de análisis. A mediados del siglo XVIII, la invención de ciencias tales como la agronomía o la silvicultura supone también el paso hacia una organización de los seres vivos a través de su formalización en tablas económicas con el fin de ordenarlos. En concreto, ordenarlos mediante su identificación. Algunos hombres, que se hallaban entonces en la intersección de ciencias en apariencia tan alejadas entre sí como la botánica y la economía, o la arboricultura y la mecánica, se impusieron la tarea de establecer los contornos exactos de los seres vivos de conformidad con las necesidades del sector maderero. Por ejemplo, en 1721, el matemático y botánico Réaumur escribió la primera teoría económica de *compensación* con el fin de remediar la caída en la obtención de leña proponiendo que empezase a reforestarse sistemáticamente con determinadas especies, al tiempo que se aumentaba la producción de fundiciones y hornos. Las investigaciones de Buffon en el ámbito de la silvicultura respondían a órdenes concretas de la marina, con el objetivo de mejorar la solidez de la madera y aumentar el rendimiento de su propio terreno forestal. Duhamel du Monceau, físico, agrónomo, silvicultor, inspector general de la marina, primer especialista del «sector maderero», fundó la Escuela de Ingenieros-Constructores de Buques Reales (lo que luego se convertiría en la Escuela Nacional Superior de Técnicas Avanzadas, ParisTech). En los años

1750-1760, escribió un conjunto de tratados sobre la explotación y la tasación de maderas para la construcción naval. Sobre las páginas y los planos de esos tratados, los seres vivos se representaban en un gran sistema de taxonomía y clasificación. El cultivo de tal árbol debía describirse hasta el más mínimo detalle, pero, sobre todo, debía racionalizarse, con el fin de mejorar la calidad de la madera y la velocidad de crecimiento de los bosques, sabiendo que «mejorar la textura del árbol equivale a economizarlo bien». El árbol, a semejanza de una máquina, ya no es un ser vivo, sino que se convierte en una «fibra» que conviene endurecer, modificar, estirar en el interés de tal o cual necesidad industrial.

Hasta ese momento, había un tejido intrincado de cosas y signos, de seres y vínculos que los ligaban al mundo, toda una fabulación mitológica más o menos caótica. Contar la historia de una planta o un animal consistía en enumerar sus órganos o elementos, pero también las semejanzas que podían encontrarse entre ellos, las analogías que albergaban; consistía en relatar las leyendas, las historias, las virtudes, los usos medicinales, los alimentos que se podían obtener de ellos; en contar, pues, *la historia de los vínculos entre ese ser y el mundo*. En aquella época de transición, entre finales del siglo XVII y el siglo XVIII, en el crisol de la economía política, los seres quedan desnudos. El tejido múltiple que los entrelazaba con el mundo deja paso a su mera «representación», lisa y fiel. Ya no hay fábulas, relatos ni historias, sino un único cuadro general, una única tabla. Ya no hay leyendas, gustos ni sabores, apenas

tacto, tan sólo *visibilidad*. Y bajo esta única ley se denominarán y clasificarán tal o cual planta, tal o cual árbol, tal o cual animal. Porque sólo el sentido de la vista permite, de acuerdo con esta recensión de los seres vivos en tablas, un conocimiento auténtico. Y, aun así, los colores se desprecian, sólo cuentan las superficies, las dimensiones, las medidas. A lo que asistimos, pues, bajo las embestidas de ese sistema mutilado y perfectamente triste, miope y gris, es a una restricción fundamental de la percepción.

En ese momento concreto de la época moderna, surgen, juntos, los primeros intentos teóricos por conocer la «naturaleza» y las «riquezas». En el nuevo orden que se instaura entonces bajo el nombre de «economía» —como desentrañó a la perfección Foucault en su arqueología de las ciencias humanas—, toda riqueza es *amonedable* y así es como entra en circulación, del mismo modo que todo ser es *nombrable* y así es como entra en un lenguaje transparente y neutro. De esta manera se concretan la gramática y la economía; ambas, ciencias por excelencia de la puesta en orden y en medida del mundo. Gracias a esta proeza calculadora, una cosa se convierte en lo que *es* y solamente en eso, bajo la designación monetaria que se le haya impuesto; el cultivo del trigo no es específico de cada lugar (no está hecho de gestos singulares, no es el resultado de una historia y unos rituales comunes) sino sólo la producción de una cantidad y su medida monetaria; un bosque no es un mundo (no está atravesado por una multiplicidad de imbricaciones, no está hecho de usos tradicionales) sino sólo una masa de recursos explotables.

Y así, en la búsqueda de esa medida generalizada hasta el absurdo, hoy se llega a hablar en las instancias de contabilidad forestal de «nomenclatura de ocupación de tierras», con sus «partidas de función», sus «códigos» y sus «muestras». La partida «monte bajo-garriga, código 71» podría variar, según el cambio de nomenclatura en vigor, a una partida «landas, código 69» o a una partida «repoblación de baja densidad, código 20». Y, para efectuar el cálculo de carbono de un ecosistema forestal, lo lógico es, según nos dicen los economistas, «compartimentar» la biomasa leñosa en «madera aérea viva», «madera aérea muerta», «madera subterránea», «follaje», «vegetación de suelo» y, a continuación, aplicarles un coeficiente medio de conversión a toneladas de carbono en función del volumen de madera en pie.

Si se quiere entender la razón última de la ofensiva que los economistas lanzaron contra las tierras comunales, hay que volver a la segunda mitad del siglo XVIII. Pues, de nuevo, fue justo entonces cuando se diseñaron estrategias concretas orientadas a computar un mundo que debía ordenarse hasta en sus parcelas más ínfimas. Sabemos que fue en esa época cuando comenzaron los desbroces de bosques, al mismo tiempo que el desecado y la ordenación de los humedales. El uso colectivo de esos humedales había tenido, desde tiempos inmemoriales, una importancia capital para las comunidades rurales. De ellos dependían el acceso al agua, las distintas técnicas de riego, la piscicultura, la producción de empajado (lechos para animales, abonos, viñas, techumbres),

las salinas en el litoral, la turba, los productos hortícolas en las lindes o en los diques aluviales.

Ya en el siglo XVI, la desecación de ciénagas se percibía como una obra de civilización, pero sin duda fue con los fisiócratas con quienes estas operaciones adquirieron una dimensión sistemática. Los humedales se consideraban peligrosos, inhóspitos y salvajes. Para los fisiócratas, estos enclaves, vestigios de prácticas feudales, habían perdido su razón de ser en el sistema económico. Eran obstáculos para el desarrollo de la agricultura, que se alzaba entonces en sistema de captación de las riquezas de la tierra y era sinónimo de «salubridad». Tanto en el campo como en la ciudad, el tratamiento de las miasmas supuso la oportunidad de parcelar, a través de medidas de control disciplinario inéditas, espacios demasiado opacos de donde siempre podía surgir el peligro de la rebeldía. El humedal se ve, en cualquier caso, como un espacio de «desolación». De manera general, las tierras comunales se traducen, con auténtica aversión, como espacios «descuidados», «inmensas cloacas», «desiertos lúgubres e infecundos», lo que, a cambio, permite a los economistas y agrónomos plantear, como necesidad absoluta, la transformación de esos «terrenos baldíos» en parcelas individuales cultivadas de forma racional.

A mediados del siglo XVIII, el Gobierno francés, bajo la influencia de los fisiócratas, decidió el reparto de las tierras comunales, primero en Flandes y Artois. Las tierras indivisas debían prescribir, incluso para las servidumbres vinculadas a su uso tradicional. Un decreto de 1798

proclamaba que todos los estanques y lagos de la República que pudieran desecarse lo fueran en un plazo de dos meses, con el fin de sembrarlos de maíz o plantarlos de hortalizas. Basándose en el ejemplo de los *enclosures* o cercamientos de Inglaterra, los fisiócratas celebraban el desarrollo agrícola. Para la labranza debía imponerse, según ellos, la utilización del arado de cuatro caballos, en lugar del buey. Del mismo modo, había que ampliar las superficies de praderas artificiales, con el fin de desarrollar la ganadería. Había que enriquecer los suelos, desarrollar las herramientas agrícolas, proceder a realizar inversiones. Frente al campesino pobre, Quesnay oponía al granjero rico, auténtico emprendedor capaz de invertir para aumentar sus beneficios. El aparcero vivía sólo de lo que producían las tierras que trabajaba él mismo; el granjero, por su parte, debía ser un «empresario» capaz de incorporar las leyes de la economía a su granja. Las cuentas del pequeño cultivo se hacen con restas; las de los grandes cultivos, en cambio, con sumas y multiplicaciones. El pequeño cultivo «cuesta»; el grande «produce». En ese momento nació el concepto de «rendimiento por superficie», un rendimiento que no podía calcularse sin las equivalencias y conversiones de medidas que ofrecían las tablas estadísticas de los fisiócratas. Uno de ellos definió la economía, precisamente, como «el arte de descubrir los datos, de comprender las relaciones, de conjugarlos en un orden regular». Del mismo modo que el granjero rico gobernaba su hacienda como un buen emprendedor-calculador, todo el reino debía gobernarse según las leyes de la aritmética.

La gestión forestal se sometió, pues, sin excepción, a esa ciencia económica que es la agronomía. Dado que los bosques no eran más que «campos de árboles», se les podían aplicar las mismas leyes. Y los usos tradicionales debían desaparecer de ellos, exactamente igual que de los campos.

Antes incluso de esa enorme transformación, la antigua Administración de Aguas y Bosques había empezado también, mucho tiempo atrás, a racionalizar su objeto. Desde el siglo XII, una administración forestal intentaba imponerse sobre la topografía incierta de las tradiciones comunales. Hasta entonces, «la linde de los bosques no se describía como una frontera lineal, sino como una región imprecisa, de dimensiones variables, definida por la *visio plani* o "visión en línea recta", espacio accesible a la visión humana desde los campos vecinos del bosque: "El señor de Bémécourt tiene el paso libre para sus cerdos, y sus carneros pueden adentrarse en el bosque hasta donde alcanza la vista en línea recta"»[30]. Los derechos de uso se entendían siempre hasta donde alcanzara la vista; es decir, hasta el límite de los campos abiertos y de las lindes del bosque, y bajo la perspectiva de los trayectos cotidianos. Lo más habitual era que el corazón de los bosques, por su parte, perteneciera a los señores locales y estuviera, pues, vigilado por guardas. En él estaba prohibido cortar leña o el paso de ganado.

[30] Mathieu Arnoux, «Perception et exploitation d'un espace forestier: la forêt de Breteuil (XIe-XVe siècles)», *Médiévales*, vol. 9, n.° 18, 1990, pl. 26.

Los documentos anteriores a esta racionalización presentaban una mezcla inextricable de caminos, monte bajo y tierras de cultivo, pero ésta se convirtió, con la agrimensura efectuada por los guardas de Aguas y Bosques (aplicada cada vez más en todas las superficies forestales, desde las lindes hasta el centro), en un espacio estrictamente jerarquizado: monte alto, monte bajo alto, monte bajo joven, bien o mal plantados, ventas recientes, lugares vacíos, grandes caminos, charcas y tierras cultivables. Los agentes intentaban imponer el arpende (patrón real, pues su superficie se medía con la vara de «veintidós pies de rey») frente al acre (medida agraria por excelencia, correspondiente a dos jornadas de trabajo de una yunta de bueyes), con el fin de homogeneizar espacios demasiado imprecisos. La mezcolanza de derechos de uso, siempre dejados más o menos a la interpretación y siempre más o menos conflictivos, se transformó entonces en una cartografía racional y legible, pero legible sólo para los agentes reales. El exceso de factores culturales, tradiciones, costumbres, complejidad e impredecibilidad no podía proporcionar una base calculable para aquello que iba a convertirse en economía; en este caso, economía silvícola.

Más que un estatus jurídico, las tierras comunales eran entonces, y así había sido durante gran parte de la Edad Media, una mezcla de espacios y usos que nunca habían dejado de circular unos a través de otros, unos por encima de otros, unos por medio de otros. Intraducibles al lenguaje económico, eran pues, para éste, enemigos

intrínsecos. Las tierras y bienes comunales eran lugares muy significativos, pero sin un dueño claro. Ya fueran una parte de un bosque, un prado comunal o un horno colectivo en el que se cocía el pan, se asentaban en una espesura espacial y de costumbres a la que todo el mundo tenía acceso y en la que participaba. Cabe recordar que el término «costumbre» se refiere no sólo al «hábito», a una «tradición» inmemorial y no escrita que se convierte en ley, sino también, y sobre todo, a una «comunidad de pertenencia» compuesta de «comunes» (*commoners* en Inglaterra). *Costumbre* significa, ante todo, *comunidad de solidaridades*.

Ya habrá quedado claro que, fuera en Francia, por ejemplo en Alemania o en Inglaterra, lo que se trataba de aniquilar, en la época de los fisiócratas y los agrónomos, eran esos lazos de solidaridad «arcaicos» con el objetivo de sustituirlos por la política de los cercamientos y legitimar la apropiación violenta de tierras como ley única y «necesaria» de la economía. Las revueltas campesinas fueron, en gran medida, movimientos, a menudo armados, de defensa territorial. La ofensiva llevada a cabo contra las tierras comunales por los primeros economistas del siglo XVIII fue la manifestación directa de una guerra contra los propios comuneros. La distinción clara entre bosque y campo habría de convertirse en norma, y las funciones productivas y sociales habrían de distribuirse en ella de forma legible, racional y económica, sin excepción.

No obstante, esos espacios abiertos, sin límite claro, siguieron comunicándose entre sí, a pesar de las embestidas

de los poderes reales y, después, estatales. Siguieron comunicándose el bosque, el campo y la aldea, sin una separación clara que viniera a señalar dónde empezaba uno y dónde terminaba otro. Un conjunto de prácticas y seres podía así desplazarse de un espacio al siguiente, al no existir una denominación única, un estatus único. Fabricantes de herramientas de madera, descortezadores, carboneros, hacinadores, toneleros, aserradores, leñadores, campesinos y, a menudo, muchas cosas a la vez, pero no «agricultores» ni «forestales».

Esa gran capacidad de acción, esa multiplicidad que podría llamarse artesanal es lo que las élites fisiocráticas del siglo XVIII trataron de erradicar, porque había que ordenar y civilizar unas identidades demasiado inestables y unos usos demasiado ingobernables. Una vez salieron del bosque los artesanos, perseguidos por la silvicultura orientada a la planificación, entraron en él los técnicos. Los usos enajenados se convirtieron, medida económica tras medida económica, desposesión tras desposesión, en «servicios». La aplicación del pensamiento económico, de la guerra contra las tierras comunales, fue también, en el fondo, una guerra contra los propios mundos, unos mundos imbricados de vínculos a los que esas tierras comunales abrían el paso. La economía se ha basado, históricamente, en la erradicación de todo aquello que desborda, en el destrozo sistemático de las formas de vida que no entran en sus cálculos, en el enrase de toda heterogeneidad.

TODO LO SÓLIDO DEBE SER LIQUIDADO

Indudablemente, para los habitantes de Chicago, como para muchos otros estadounidenses, la erradicación de los bosques fue un sacrificio inevitable en aras de la grandeza de la civilización.

WILLIAM CRONON,
NATURE'S METROPOLIS

Entre 1835 y 1880, Chicago fue el escenario de un conjunto de innovaciones de gran envergadura. Para paliar una manutención ineficaz (muy costosa en términos de mano de obra), que consistía en transportar los sacos de grano por barco a través de ríos y lagos, las compañías ferroviarias pusieron a punto un sistema de transporte por vía férrea que permitía distribuir la producción de cereal, en constante crecimiento, de las granjas de la región de los Grandes Lagos. La introducción de la segadora trilladora y del arado de acero fundido había incrementado considerablemente el rendimiento agrícola. Su inventor, John Deere, había inaugurado la mecanización tanto de la agricultura como de la silvicultura. A él debemos el famoso «arado que rompía las llanuras», pero también la desertificación que se derivó de aquello, hasta llegar, en la década

de 1930, a la catástrofe del *Dust Bowl*: tras años y años de uso intensivo y agotamiento del suelo, despojado de toda humedad, el viento se lo llevó en gigantescas tempestades de polvo que escondían incluso el sol.

En paralelo a la mecanización agrícola, la rapidez y la normalización del transporte por vía férrea permitieron el traslado del grano en contenedores enteros de una carga de 325 celemines (unidad de medida que aún se utiliza en Estados Unidos y que equivale a diez litros de materia seca). En un libro apasionante, el historiador estadounidense William Cronon relata cómo construyó Chicago su imperio industrial sobre los recursos naturales de su periferia, hasta el agotamiento total de éstos, como ocurrió con la madera extraída de unos bosques de pino blanco de los que no quedaría ya nada a finales del siglo XIX. También recuerda la historia de la Bolsa de comercio más antigua del mundo, la Chicago Board of Trade, creada en 1848, que sigue siendo hoy en día uno de los principales núcleos del comercio mundial de grano.

Además de a los ferrocarriles y el arado de acero fundido, Chicago debe su despegue económico al elevador de grano (inventado en 1842 por un comerciante, Joseph Dart, y un ingeniero, Robert Dunbar). A diferencia de un silo clásico, el elevador de grano estaba totalmente automatizado, gracias al uso de máquinas de vapor. A partir de entonces, los convoyes de grano ya no indicaban su origen concreto, la granja en la que se habían producido, sino un calibre, una clasificación. Y ése fue uno de los grandes logros del consejo de administración de la

Chicago Board of Trade: imponer un sistema centralizado de notificación y regulación del grano con el fin de optimizar la circulación de aquel «oro vegetal». Lo que se intercambiaba entonces en los silos de la ciudad, a través de centenares de elevadores automáticos, eran «recibos» en los que se señalaba la cantidad de grano calibrado vendido, una abstracción hecha en un primer momento a partir de su origen o su especificidad, sin detallar mucho la calidad, y ya estuviera sucio o mezclado. Para encontrar la solución al problema, la Bolsa de grano decidió dividir éste en varias categorías según su calidad, cada una con un precio. La Bolsa instauró, además, un inspector independiente, con el fin de evitar los crecientes fraudes sobre la calidad de la selección. Igualmente, los contenedores y carretas que transportaban el grano debían estar calibrados y normalizados, para garantizar una medida monetaria equivalente de los volúmenes. El sistema de elevadores automáticos, como sistema tecnológico, fue el fundamento real de la Bolsa. La llegada del telégrafo aumentó aún más la velocidad de las transacciones entre regiones muy alejadas geográficamente. El mercado del grano se fue transformando en un mercado del *precio* del grano, al abstraerse de toda realidad física, igual que ocurre, hoy en día, con el *trading*. Con el elevador, se pasó del saco al flujo, de lo sólido a lo líquido.

> Sólo entonces, con el uso del ferrocarril y del elevador, el maíz y el trigo dejaron de actuar como objetos sólidos y empezaron a comportarse como líquidos, fluidos

> dorados que corrían como el agua [...]. Con la revolución del elevador, el sistema de calibrado, y el mercado central regulado, la gente de Chicago podía comprar y vender grano, no como un producto físico obtenido del trabajo humano en una extensión concreta de pradera, sino como una demanda abstracta sobre el flujo de grano que corría por los elevadores de la ciudad[31].

El impulso que experimentó el mercado del grano se precipitó como una tormenta, asimismo, sobre las vastas extensiones de bosques de pino blanco, al norte de Chicago, accesibles para su explotación por el lago Michigan, corredor natural de trescientos kilómetros que unía las praderas del sur y los bosques del norte. Contrariamente a lo que ocurre con otros tipos de madera dura de la región de los Grandes Lagos, el pino blanco tiene la ventaja de flotar muy bien, lo que permitía su explotación y, sobre todo, su transporte hacia las llanuras a través de toda la red de ríos y lagos que se adentraban hasta las profundidades de los bosques septentrionales. Sin tal abundancia de madera de construcción para casas, graneros, iglesias, escuelas y ciudades, sin madera para calefacción y sin madera para cercas, vagones y vías férreas, la colonización de las grandes planicies del Oeste no habría sido posible. A mediados del siglo XIX, millones de troncos se transportaban por los ríos para abastecer el mercado de madera de cara a la construcción. Esta técnica se había utilizado

[31] William Cronon, *Nature's Metropolis*, Nueva York, Norton, 1992, pp. 113 y 120.

también, por cierto, en Francia, varios siglos antes, cuando se dispuso el transporte de leños por flotación en todos los ríos del Morvan y el Nivernés con el fin de suministrar madera para la construcción a las ciudades y los puertos.

En los ríos del Medio Oeste, durante el invierno, los hombres se dedicaban a cortar madera y acarrearla hasta los cursos de agua más cercanos. Cuando llegaba la temporada, con el deshielo, unas gigantescas masas de troncos descendían el río hacia Chicago, causando unos atascos memorables. Cuando esto ocurría, los obreros tenían que desbloquear el enorme mikado, poniendo en riesgo sus vidas, para que el «envío» pudiera circular de nuevo por las aguas sin que se produjeran grandes retrasos. Así, los peligros inherentes a esta gigantesca empresa de tala y transporte, al igual que los «factores externos» debidos a cuestiones climatológicas y a los ciclos de congelación y deshielo de las aguas, quedaban atenuados y compensados mediante créditos de capital otorgados a las compañías de transporte por el «mercado maderero». Los *traders*, los negociantes, inspeccionaban y compraban a diario cargamentos enteros de madera que luego revendían a las fábricas, lo que generaba, todo el año, unas reservas impresionantes de madera lista para hacer frente a la demanda. Este mercado almacenaba, en 1879, unos ciento veinte millones de metros lineales de madera para la construcción. Con el auge de los pueblos y ciudades de alrededor, hacía falta que el mercado de Chicago produjera en masa madera con medidas estándar, para facilitar el ensamblaje de armazones y estructuras a una mano de

obra poco cualificada. Además, estas estructuras podían cortarse previamente, en juegos listos para montar, y luego transportarse por tren. Así dio comienzo la estandarización de la construcción, gracias a armazones de madera ligeros y a cortes idénticos, unidos no mediante un sistema complejo de espigas y muescas, sino mediante clavos, cuya producción industrial permitía construir casi todo tipo de edificios con rapidez y a menor coste.

Pero el bosque fue incapaz de perdurar bajo tamaña presión, bajo las órdenes de ese «mercado». Las empresas, que no veían más que un recurso como mínimo «providencial», en cualquier caso «inagotable», negaron por completo la realidad biológica. Ello conllevó la desaparición de los bosques de pino blanco y, más tarde, de otras especies de árboles de madera dura. Sobre las llanuras asoladas de bosques talados, los granjeros prendieron fuego a enormes pilas de restos de tala, sin valor económico, a la espera de poder cultivar esas tierras. Y ello provocó incendios forestales gigantescos que terminarían de eliminar los últimos pinos blancos de la región. La erosión y las crecidas hicieron el resto, al lavar los suelos y volverlos totalmente infértiles, para gran decepción de los granjeros.

A finales del siglo XIX, en Chicago, la erradicación de los bosques se entendió entre la ciudadanía como un sacrificio inevitable en aras de la grandeza de la «civilización». Los más acomodados podrían, más adelante, irse de fin de semana a algún hotel a orillas de los lagos de Wisconsin, para disfrutar con comodidad de los restos de esa naturaleza «salvaje», aniquilada en todos los demás sitios. Los

trenes transportaban a la clase media de Chicago, falta de naturaleza, hacia esos «encantadores» espacios. En el interior de la ciudad, la gente pudiente tenía todo tipo de oportunidades para retirarse a parques y bucólicas urbanizaciones del extrarradio, donde el paisaje se asemejaba a un pasado pastoral mitificado. Y aquello la separaba aún más de la realidad, del origen, muy material, de la metrópolis. La mala conciencia de una naturaleza «que proteger» no podía nacer más que de los escombros de los bosques.

Como señala Cronon, citando las lúcidas palabras de un visitante del lago Michigan en 1868:

> El pionero es insensible ante los argumentos que tienen que ver con los recursos futuros; para él, el bosque no existe más que para ser exterminado, como si fuera un obstáculo para su arado y tapara la luz del sol. Se vanagloria de la rápida transformación del bosque y de la naturaleza salvaje en un campo fértil y se alboroza ante las carreteras de los pueblos y ciudades que se erigen a lo largo de sus ríos y dominan sus lagos. La siguiente generación, por su parte, no podrá sino lamentarse por la pérdida de sus magníficos bosques[32].

Al conocer esta parte de la historia de Chicago, con su Bolsa de grano y la devastadora explotación de los bosques, se comprende mejor lo que implican, de forma

[32] Ibíd., p. 205.

absolutamente concreta, la visión económica del mundo y el tipo de tecnologías que la acompañan. Es cierto que, después del siglo XIX, el problema del calibrado de los seres, de su identificación, de su reducción a cifras adquirió un cariz distinto, pero la lógica ha seguido siendo la misma. Ya se trate de grano o de salamandras, de orquídeas o de leña, da igual: siempre se trata de cálculos, de estándares, de equivalencias. El concepto mismo de biodiversidad, tan apreciado por los ecólogos, tiene menos que ver con la gran toma de conciencia medioambiental que supuestamente se ensalza que con un estadio suplementario en la pura puesta en cifras de los seres vivos.

CÁLCULO TOTAL

Como este cálculo es por excelencia lo que domina la voluntad, junto a la voluntad no parece haber nada más que la seguridad de la mera pulsión del cálculo, una pulsión para la cual el calcularlo todo es la primera regla del cálculo.

MARTIN HEIDEGGER,
SUPERACIÓN DE LA METAFÍSICA

Por mucho que les pese a los nostálgicos, en el transcurso de un siglo hemos pasado de la vieja idea de conservación de la naturaleza a la de *gobernanza de la biodiversidad*. Este concepto es más propicio a la cuantificación, puesto que la diversidad de la que se trata no es más que la *puesta en serie* de diferencias planteadas como equivalentes en una tabla de mediciones económicas. La destrucción de todos los tritones de un territorio o de las aves atropelladas por las aspas de los aerogeneradores industriales se traduce en la pérdida de una cantidad (x) de individuos (y) en la zona (z). Su desaparición puede, por lo tanto, calcularse por medio del mercado de las compensaciones. La realidad sensible de las vidas destruidas queda así neutralizada, al pasar a la esfera de la *mera representación*.

Analizar el mundo en términos de mercado implica un cinismo profundo. Que pueda existir algo como los «bancos de la biodiversidad» es buena muestra de ello. Pero, más allá de esta burda visión de la vida, lo que el mercado, como tecnología de poder, intenta generalizar es, más bien, el distanciamiento de todas las formas de vida, la generalización, para el conjunto de los seres y las cosas, de la tiranía de la medida. Intentemos imaginar lo que el término «biomasa» evoca en el ánimo de los especialistas del sector energético, de los políticos o de los agricultores cuando piensan en un bosque concreto: metros cúbicos, toneladas, superficies, un sumidero de carbono, flujos de materias... invariablemente, medidas universales. ¡Qué mundo tan pobre! Pero estaríamos en un error si viéramos en ello un simple error de escala y prefiriéramos una gestión «sostenible y cívica» de los recursos. Pues esto no es una cuestión de escala, es una cuestión *ética*.

La sencilla realidad que todos los discursos sobre gestión, ya sean de izquierdas o de derechas, ocultan sistemáticamente es que la Tierra no es un depósito. Los seres no se definen como reservas de energía. El bosque no se nutre de cifras. Los animales que viven en él o los humanos que habitan en sus proximidades no lo comprenden en términos de «servicios» o de «nicho ecológico». Para el bosque, se trata de impregnar su medio tanto como de dejarse impregnar por él. *Ser, para él, implica estar vinculado.* Como bien anota Emanuele Coccia en *La vida de las plantas*: «Estar-en-el-mundo significa ejercer influencias fuera del propio nicho. Debemos entender que el medio no comienza

más allá de la piel del individuo, porque el mundo ya está en su interior. En ese sentido, la acción del individuo sobre el mundo no puede ser considerada como una forma de ingeniería de ecosistemas»[33]. Si observamos este bosque de aquí, este que tanto apreciamos, al que vamos a diario, con su propia historia, los animales que lo pueblan, los humanos que lo han recorrido para cultivarlo, recoger leña en él o cazar, no veremos nada si le aplicamos la gramática de la gestión, con sus asténicos predicados. Es una cuestión de relación con el mundo. ¿Cómo entender una realidad tan múltiple, tan vital, hecha de interrelaciones invisibles, de usos complejos, de técnicas singulares, de vínculos más o menos densos, más o menos indistintos con categorías tan manifiestamente pobres como las de «sumidero» o «yacimiento»? El bosque se resiste a dejarse reducir a un espacio circunscrito, un dato que se podría medir y calcular siguiendo un plan establecido de antemano. Se trata de un vínculo que surge entre los seres y los lugares que éstos habitan, y en el que ya no es posible separar unos de otros. Esto es lo que no puede abarcar el lenguaje de la economía y lo que la convierte en estructura de un pensamiento alienado, pobre, triste y, sin embargo, depredador.

Decidir hacer uso del bosque, obtener de él madera de construcción para los edificios, para calentar los hogares, decidir reapropiarse de su producción de energía a través de técnicas sencillas de metanización, con aerogeneradores

[33] Emanuele Coccia, *La Vie des plantes*, París, Payot & Rivages, 2016, p. 62. Trad. cast.: *La vida de las plantas*, Buenos Aires, Miño y Dávila, 2017, p. 62.

artesanales, pequeñas turbinas hidroeléctricas reacomodadas, estufas cohete, modelos de agrosilvicul-tura disidente... reapropiarse o no de determinadas máquinas es una cuestión sobre la que sólo es posible reflexionar de manera consecuente si se tiene en cuenta la multiplicidad de las hipótesis añadidas a los problemas vitales. He aquí una cuestión técnica, pero imbricada en otra de carácter ético, a su vez imbricada en una cuestión política, pues todas ellas exigen ser compartidas, armonizadas en un territorio común, y no pueden ser operativas más que en función de los lugares y las situaciones. Y aquí está la diferencia esencial con la visión económica que reduce todos los usos a un único sistema. Un sistema cuya legitimidad únicamente se sostiene en esto: pretende aportar, llave en mano, todas las soluciones a los problemas que él mismo ha impuesto. Un modelo de organización que deberíamos llamar «monotecnológico» en lugar de «politécnico», como decía Lewis Mumford en *El mito de la máquina*, puesto que el conglomerado con el que tenemos que vérnoslas hoy en día no admite más que un tipo de complejidad: la que se ajusta por completo a su propia «sistematicidad» (hasta tal punto uniforme que sus elementos son piezas intercambiables, concebidas sólo en virtud de su propia planificación). Para entender mejor este concepto, decía Mumford, se podría examinar la diferencia fundamental que existe entre una ciudad que se ha construido casa a casa, calle a calle, según ha ido siendo necesario, y la metrópolis cuyo plano se ha proyectado como una estructura unificada, según un plan. Añadamos, además,

la diferencia entre un pueblo que produce su propia electricidad en función de sus necesidades y una red eléctrica robotizada. O la diferencia entre un bosque en el que se ha acondicionado un huerto y una plantación destinada al aceite de palma o, incluso, entre una agricultura campesina, dueña de sus herramientas, y centenares de hectáreas supervisadas por un dron, o entre grupos de autodefensa popular y un ejército. Por supuesto, aquí de lo que se trata es de la idea concreta que tenemos de la vida, entendida como *potencia de*, o como *des-posesión*.

En uno de sus primeros textos, fechado en 1842, Marx ponía precisamente en relación un análisis de la «desposesión» con los usos del bosque. En una serie de artículos acerca de los «Debates sobre la ley relativa al robo de leña»[34], comenta una nueva legislación que recodificaba los usos tradicionales del bosque como delito, convirtiendo al pueblo de forma directa en delincuentes, por oposición a los grandes propietarios. Ante la indignación campesina, y del propio Marx, esta ley, adoptada por la Dieta renana (el equivalente en la época al actual Parlamento nacional), condenaba el corte y despiece de leña verde, pero también la recogida de leña menuda, ramiza o ramajes, así como la recolección de arándanos y otros frutos del bosque... Por medio de esta ley, según Marx, el bosque, que se regía por ciertas formas del derecho

[34] Recogidos en Daniel Bensaïd, *Les Dépossédés. Karl Marx, les voleurs de bois et le droit des pauvres*, París, La fabrique éditions, 2007, p. 103. Trad. cast.: *Contra el expolio de nuestras vidas. Una defensa del derecho a la soberanía energética, a la vivienda y a los bienes comunes*, Madrid, Errata naturae editores, 2015.

consuetudinario, se transformaba en un sistema de derecho de propiedad, de explotación y de intercambio, que excluía con violencia la multiplicidad misma de las «necesidades humanas». Marx denunció esta ley sobre el supuesto robo de leña, encaminada, según él, a suprimir «estatutos híbridos e inciertos de la propiedad»; es decir, de la propiedad preindividual. De paso, también describe, y no sin cierta ambigüedad, el proceso legislativo universal que hace del entendimiento racional una herramienta de objetivación normativa contra esa misma hibridación; una hibridación que estaría, demasiado fuera de la universalidad de la ley. Marx definía así el entendimiento, cuya

> tarea esencial consiste en hacer parcial el mundo, trabajo grande y admirable, puesto que sólo la parcialidad conforma lo particular y lo arranca de la viscosidad inorgánica del todo. [...] Cada cosa debe ser aislada para ser algo. Al confinar cada contenido del mundo en una determinación fija y, por así decirlo, petrificar su esencia fluida, el entendimiento nos revela la diversidad del mundo [...]. Así, el entendimiento suprimió las formaciones híbridas e inciertas de la propiedad aplicando las categorías existentes del derecho privado[35].

Pero es, sin duda, ese *aislamiento* de todas las cosas, ajeno a sus propias formas, lo que produce el desarraigo del mundo. Tras llegar a lo esencial, Marx se desvía

[35] Ibíd., p. 29.

con rapidez, como para conjurarlo, y vuelve enseguida a una larga argumentación política sobre la distinción entre derecho público y derecho privado, en la que convierte el ejemplo de la ley sobre el robo de leña en un caso de formalización de la multiplicidad de los usos, la «contradicción de la determinación», como la llama él. De lo que se trata al final es de la «acumulación originaria». Ahora bien, esta acumulación, que aparece aquí y allá a lo largo de todo el texto, no pudo ser una desposesión material (mediante la extensión del movimiento de los cercamientos) sin ser, al mismo tiempo, una desposesión *ética*. Una desposesión operada por la colonización económica de todos los ámbitos de la vida. Una ofensiva contra toda singularidad demasiado determinada. Una neutralización de toda forma que no sea, justamente, universal. Una abolición de todo derecho que se ostente fuera del derecho. Como señala Marx en otro momento, esta desposesión se efectuó a través de la medición del valor (en este caso, el valor de la leña «sustraída»; es decir, supuestamente robada) y la puesta en vigor de un sistema de equivalencias entre la cantidad de leña robada y la cuantificación de la pena que infligir al «delincuente». Y he aquí la diferencia ética: la que distingue la leña ligada a la multiplicidad de los vínculos consuetudinarios-híbridos y la leña reducida a una unidad económica de equivalencia. He aquí la diferencia existencial, y no sólo jurídica o política, que estalla entre unos usos siempre singulares y un «sistema».

Hoy en día, no faltan expertos de todo tipo que pretenden neutralizar de nuevo este conflicto vital incesante

y reducir todo gesto demasiado heterogéneo al plan de gestión más pobre, por muy equitativo, certificado y sostenible que sea. Que no surja jamás esta cuestión de los vínculos con el mundo y que todo uso y toda técnica situados fuera del dogma económico se neutralicen, sofoquen, destruyan de forma preventiva. El año 2011, decretado por las Naciones Unidas «Año Internacional de los Bosques», supuso el pistoletazo de salida para algo que podría considerarse una nueva ofensiva contra los usos de los bosques. Al hilo de esa consigna internacional, se organizaron encuentros en los más altos escalafones del poder con el fin de lanzar una batería de medidas relativas a la «conservación de los ecosistemas forestales que pueden mejorar nuestra resiliencia en relación con el cambio climático». En pocas palabras, se trataba de aplicar una gestión «sostenible» de los recursos forestales a escala mundial, acompañada de la ampliación de zonas protegidas a través de la red de parques nacionales. Con la misma jugada, se controlarán también, cada vez más, las comunidades que viven en esos bosques y cuyas técnicas agrícolas, así como visiones cosmogónicas de la madre tierra, no «cuadran» con el saber tecnológico de los expertos medioambientales. La estrategia de los gobernantes se resume de manera muy sencilla: por un lado, «reservar» lugares excepcionales y, por el otro, seguir extrayendo de la tierra los recursos necesarios para que funcione la economía mundial. Se trata de una línea ideológica asumida por la gobernanza global (que aspira a «sistematizar» los recursos renovables) y, en concreto, por parte de la Unesco y su Programa sobre

el Hombre y la Biosfera, MAB (al que, por cierto, pertenecen las Cevenas y los Grands Causses). La definición operativa y sistémica de la noción de «biosfera» que hizo la Unesco en 1970 no puede ser más clara: «La biosfera es un sistema de materia viva y sustancia extremadamente complejo, múltiple, planetario, abierto y autorregulado desde un punto de vista termodinámico, que acumula y redistribuye inmensos recursos energéticos». En pocas palabras, una máquina perfecta a escala global. Se trata de la fusión, en un sistema único e inmenso, de la economía y la ecología, de modo que la biodiversidad se entiende como un servicio proporcionado, mensurable y cuantificable. Todo sistema de recursos naturales, ya sea un bosque, una capa freática, unos pastizales, unos lagos, el propio clima, igual que ocurre con otros sistemas de recursos comunes (aparcamientos, puentes, infraestructuras informáticas, redes eléctricas), debe representarse y planificarse como un conjunto de *variables*. Variables de reservas que sean capaces de producir una cantidad máxima de flujos económicos sin afectar a las reservas en sí. Debe lograrse un equilibrio entre las unidades de extracción toleradas por el recurso y sus propias tasas de renovación. La premio Nobel de Economía de 2009, Elinor Ostrom, que inauguró el año de los bosques en la ONU en 2011, hizo de esta idea su obsesión; véase, a este respecto, su obra *El gobierno de los bienes comunes. La evolución de las instituciones de acción colectiva*[36]. Tras

[36] Elinor Ostrom, *El gobierno de los bienes comunes. La evolución de las instituciones de acción colectiva*, México, Fondo de Cultura Económica, 2011.

ser recodificados por la gramática económica, las tierras comunes y sus distintos usos se transforman en un «sistema de unidades de recursos» sobre cuya base los pueblos, con su historia propia y su relación singular, se convierten en individuos racionales; unos «apropiadores» que actúan en función del cálculo de costes y beneficios y toman decisiones concertadas, pero siempre flexibles, en cuanto a la buena gestión de ese sistema. ¿Cuántas toneladas de leña anuales pueden extraerse de un bosque para que éste sea capaz de renovar sus servicios? ¿Cuánto tránsito puede sufrir un puente sin degradarse desde un punto de vista del riesgo? ¿Cuántos cubos de agua pueden extraerse de una capa freática sin que ésta se agote? ¿Cuántos miles de voltios suplementarios puede soportar una línea de alta tensión sin poner en peligro la seguridad de la red? ¿Cuántos grados puede aumentar la temperatura media del planeta sin que el clima se desequilibre? Ése es el truco de trilero de esta forma de gobierno: proponernos, como solución al desastre, justo lo mismo que nos ha conducido a él. La Tierra entera tiene, así, la orden de entregarse a la cuantificación integral, de modo que cada cosa y cada ser puedan ser calculados, medidos como meros recursos acumulables y puestos en circulación, pero, al mismo tiempo, reducidos a piel de zapa contable.

En 1953, durante la memorable conferencia que Martin Heidegger pronunció en la Escuela Técnica Superior de Múnich, el pensador alemán advirtió, a través de su crítica de la teoría de los sistemas, es decir, de la cibernética,

contra el peligro de la reducción universal de la naturaleza entendida como *fondo*. Un fondo en el que todo es equivalente, un fondo puesto a disposición exclusiva de la voluntad de poder tecnológico del hombre, transformado a su vez en funcionario, en «técnico de equipamiento», en un individuo cuya primera regla de cálculo es «calcularlo todo». A este peligro lo denominaba «emplazamiento», es decir, el proceso mediante el cual todo ser se ve obligado a introducirse en el cálculo total del mundo y donde toda cosa se convierte en material energético. Así los objetos no se constituyen siquiera frente a nosotros, no son dignos de una relación, sino que se convierten en meros recursos sustituibles o reinvertibles. Heidegger venía a decir con ello que la representación occidental de la «naturaleza» —considerada, por separado, como una pura extensión homogénea y disponible para el ámbito de la investigación científica y matemática— no puede llamarse con precisión «naturaleza» sino en la estricta medida en la que ha sido despoblada, en la que los seres vivos, así como las demás materias, han sido *arrancados* de ella. La Tierra entera, decía Heidegger, puede considerarse, pues, un gigantesco «yacimiento mineral» sobre el que se impone la «exigencia de suministrar energía que como tal pueda ser extraída y almacenada»[37].

A continuación, utilizaba el ejemplo, muy revelador para el tema que nos ocupa, del forestal, que es a la vez

[37] Martin Heidegger, *Essais et conférences*, París, Gallimard, 1958, p. 20. Trad. cast.: *Conferencias y artículos*, Barcelona, Ediciones del Serbal, 1994, p. 6.

agente y objeto, como funcionario de este sistema extractivista. El forestal, a diferencia de su abuelo leñador, que recorría los mismos senderos, ya no participa de un mundo habitado en el que los objetos se mostrarían de otro modo y no a través del mero cálculo. Este técnico-ingeniero ya sólo está allí para medir la cantidad de leña que la industria maderera le ordena proporcionar. Ésta, a su vez, habría recibido órdenes de la industria papelera, emplazada, por ejemplo, por los periódicos, que, a su vez, aspiran a una determinada «formación de la opinión pública», movida, a su vez, por los poderes políticos, etc. Sin embargo, toda esta sistematización de la «celulosa» que transcurre entre la tala de leña y los quioscos, no crea, en ningún caso, *mundo*. Obtiene, transforma, acumula, reparte. Pero no crea mundo. El emplazamiento, dice Heidegger, fuerza en definitiva a la naturaleza a convertirse en un «complejo calculable y previsible», es decir, a transformarse en un objeto representado, asignado, medido, pero, al mismo tiempo, en un objeto muerto.

Tras la desposesión original de los usos comunales, se perpetúa esa ingente empresa de guerra contra lo vivo que denominamos economía. Que dicha empresa desemboque ahora, en su fase de devastación, en el ataque a los últimos pueblos de los bosques en nombre de la propia «biodiversidad» es la prolongación de una maniobra que viene perfeccionándose desde el comienzo de las hostilidades. Y ahí reside la insigne verdad de nuestra época: la propaganda en torno a la gestión sostenible de la

naturaleza o el aumento global de las reservas de la biosfera no es obra de una «conciencia medioambiental» sino también, al mismo tiempo, la proeza histórica de la *hegemonía del cálculo*. En este caso, el cálculo de lo que los ecólogos llaman la «capacidad de carga» de los ecosistemas, es decir, el punto límite de explotación que dichos ecosistemas pueden soportar sin desplomarse. Esta «capacidad de carga» es hija del «rendimiento sostenido», teorizado por nuestros economistas del siglo XVIII, los fisiócratas. Su pregunta central fue, en esencia, la siguiente: ¿cómo aumentar las «riquezas renacientes» (hoy en día las llamaríamos «renovables») sin deteriorar los «bienes-fondo», es decir, los recursos naturales?

Precisamente, los ingenieros de aguas y bosques alemanes y, después, franceses, con sus tablas de rendimiento máximo, están en el origen de nuestra visión del «desarrollo sostenible» (fórmula, cuando menos, paradójica, pero completamente económica): ¿cómo mantener un recurso natural al tiempo que se maximiza su explotación? A un lado o al otro de esta tabla, ecología y economía son los dos cursores de una misma lógica infernal. Como señalaron con gran agudeza Christophe Bonneuil y Jean-Baptiste Fressoz en *L'Évenement anthropocène*,

> la consigna del desarrollo sostenible deriva de la noción de «máximo rendimiento sostenido», concebida por la ecología de gestión de la década de 1950, heredera a su vez de la noción de «gestión sostenible» de las ciencias forestales alemanas del siglo XVIII. Este principio deja creer

en la posibilidad de perpetuar un crecimiento económico mediante un poco más de «conservación» del medio ambiente. [...] Nacido en los últimos años en las instituciones internacionales, el proyecto de «economía verde» acentúa esta evolución, en la que los famosos «servicios ecosistémicos» deben ya ser objeto de los mercados: la biosfera, la hidrosfera y la atmósfera se constituyen en simples subsistemas de la esfera financiera y mercantil[38].

Pero los autores afirman, y esto es lo más interesante, que esta noción de gestión se ha visto contestada, desde los albores de la industrialización, por numerosas revueltas campesinas:

> La gestión supuestamente sostenible de los bosques alemanes funcionaba según el principio de talas rasas seguidas de plantaciones homogéneas. Esta gestión implicaba, en la práctica, limitar o prohibir los derechos de uso de los aldeanos, como el derecho de pasto del ganado o de recolección de leña menuda. En Francia, desde mediados del siglo XVIII hasta mediados del XIX, surgieron conflictos sociales muy intensos. [...] Allí donde los ingenieros forestales reales se felicitaban por una producción racional y sostenible, según el modelo alemán, los aldeanos y pequeños artesanos veían una apropiación que los privaba de leña barata. Acosaban a los guardas y se abastecían

[38] Christophe Bonneuil y Jean-Baptiste Fressoz, *L'Évenement anthropocène*, París, Seuil, 2013, pp. 40-41.

como podían en el bosque, lo que hacía que las autoridades enviaran a la caballería y a los granaderos[39].

Cabe recordar, en efecto, que los distintos códigos forestales que se sucedieron en Francia entre los siglos XVII y XIX se correspondieron también con las insurrecciones campesinas más intensas. La ordenanza de Colbert, de 1627, restringía aún más los derechos de uso de los campesinos, así como los bienes comunes, con el fin de imponer, contra el «desorden del cultivo forestal», como se decía, la «disciplina y ordenación racional de los bosques». Sabiendo que la mayor parte de las talas se dedicaba a la logística de la marina militar y sus arsenales, se entiende que Colbert fuera meticuloso hasta el fanatismo en la racionalización de los bosques. El desorden que representaba aquel cultivo forestal y el aspecto «caótico y confuso» de los bosques cultivados revelaban, en realidad, una *manera de vivir*, una sensibilidad a través del uso de un espacio indiferenciado, sin límites fijos. Esa manera de vivir es lo que la ordenación forestal, por medio de talas regulares, pretendía erradicar con sus leyes y su ciencia. Y contra esa ordenación se organizarían las revueltas campesinas. La «Guerra de las Señoritas», en Ariège, fue un punto culminante en torno a 1830. Se trató de una curiosa revuelta en la que se mezclaban la lucha social y la tradición folclórica. Se la conoce con ese nombre porque los montañeses acostumbraban a disfrazarse

[39] Ibíd., pp. 225-226.

de mujeres. Este travestismo tenía por objetivo, evidentemente, ocultarse de guardias y soldados, pero también entraba en juego una lógica carnavalesca. Cuando los inspectores de aguas y bosques se disponían a requisar los rebaños de los pastores que los llevaban a apacentar «ilegalmente» a los bosques, se veía congregarse a decenas de campesinos disfrazados de señoritas para hacer frente a los guardianes del Estado, a quienes obligaban a huir a golpe de garrote, de guadaña y de fusil. La guerra de las señoritas se propagó como un reguero de pólvora. En su apogeo, en 1831, el movimiento contaba con más de ocho mil rebeldes, organizados en pequeños grupos itinerantes. En aquella época, los campesinos rechazaban tanto la prohibición del uso de los bosques comunales que imponían los forestales como la reconversión del bosque en un espacio parcelado y organizado. Esa organización era contraria al juego de hibridaciones que el bosque permitía y que ilustraban las máscaras de mujer-hada-animal empleadas por los insurrectos en las fiestas populares y los periodos de carnaval que marcaban el ritmo de las aldeas. Así se creaba una *inseparación* de hecho entre los rituales, la revuelta y los usos consuetudinarios. Estas señoritas supieron mantener a raya, durante casi medio siglo, a los guardas forestales y todo un discurso racional sobre el bosque entendido como recurso que dominar y explotar. Para ellas, se trataba de preservar los vínculos mágicos y de complicidad que las unían al bosque, a su cultivo, a sus usos, de no permitir que se transformaran en una tabla de cálculos silvícolas, en un conocimien-

to puramente científico, de no dejar que su mundo fuera *emplazado*.

Pero esto no es más que una historia francesa. El pasado está repleto de revueltas similares, como la llamada «Guerra de los Bosques» que tuvo lugar en Inglaterra en el siglo XVIII. En 1723, se votó en la Cámara de los Comunes un arsenal de leyes de excepción que castigaba con horca, deportación, picota, latigazos o cárcel el delito de la caza furtiva: la Ley Negra. El hecho de ir «armado con una espada, un arma de fuego o cualquier otra arma ofensiva, de llevar el rostro pintado de negro o enmascarado, de encontrarse en cualquier bosque, coto, parque o terreno cercado en el que hubiera ciervos, así como en cualquier llanura arbolada, camino forestal, landa, terreno comunal o colina» podía, por sí solo, constituir un delito castigado con la pena de muerte. El hecho de que los presuntos «culpables» se pintaran de negro el rostro o fueran enmascarados constituía, de hecho, una «circunstancia agravante»... Pero los habitantes de los bosques de Berkshire y Hampshire no se contentaban con la caza furtiva del ciervo, símbolo de los privilegios aristocráticos: tiraban los muros y cercados de las fincas, asolaban los viveros de peces, robaban leña, arrancaban plantones, amenazaban a los guardas de coto. Se armaban. Demostraban, de esta forma, su rechazo radical a que el acceso a los bosques y sus costumbres de pastoreo y rebusca quedaran prohibidos en favor del uso exclusivo de propietarios y administraciones forestales. La Ley Negra fue la respuesta sangrante del poder a esas resistencias de las comunidades

campesinas frente a los cercamientos. En Hampshire, una banda de hombres enmascarados y armados, a cuya cabeza se encontraba un misterioso «rey Juan», acosaba a los ricos y a los guardas de coto, enviaba cartas amenazantes a los notables locales, liberaba a los bandidos que habían caído en manos de la policía, velaban ellos mismos en los litigios sobre los derechos de uso del bosque, se desplazaban a la vista de todos, con el apoyo del pueblo, y desaparecían cuando les venía en gana.

Hoy en día, estas revueltas siguen hablándonos. Las ascuas de los relatos que este pasado conserva constituyen otras tantas ideas fundamentales que nos atraviesan, nos ayudan a pensar, a ver de otro modo. Quienes elaboran nuevas estrategias comunales, quienes luchan por defender una zona[40] saben que determinadas figuras históricas sepultadas reaparecen en ciertos momentos de gran intensidad. Como proclaman unos amigos: «Las historias que se escriben en la ZAD y en el valle de Susa no son sólo las de dos luchas territoriales concretas. Son una forma de lucha y una forma de vida a la vez inéditas e irremediablemente ligadas a un pasado que ha recuperado su fuerza. Su existencia misma hace que se tambalee esta realidad falaz, este supuesto presente eterno, el mejor que podría haber, que constituye nuestro decorado y nuestro horizonte»[41].

Cada vez hay más grupos e individuos que se reapropian los territorios, que luchan por proteger aquello de

[40] Ver nota 1, p. 16.

[41] Colectivo Mauvaise Troupe, *Contrées. Histoires croisées de la ZAD de Notre-Dame-des-Landes et de la lutte No TAV dans le Val Susa*, París, L'éclat, p. 233.

lo que dependen, aquello a lo que han aprendido a vincularse, porque se trata de una *necesidad primordial de mundos*. Mundos que habitamos, pero mundos que, al mismo tiempo, nos habitan. Bosques, campos, técnicas, amistades, cabañas, cantos, montañas, un pasado vivo, una determinación común, caminos, barricadas, una nueva geografía, una revuelta en las calles de una ciudad por fin viva, una casa comunitaria, costumbres, otros seres, *mundos exuberantes*.

En el seno de estos espacios liberados, la percepción que se pueda tener de la «defensa de la naturaleza» se transforma y deviene eminentemente política, necesariamente existencial, irreductiblemente cercana. Durante demasiado tiempo, un cierto discurso ecologista, amnésico en relación con este pasado insurrecto, se ha limitado a la ideología «conservacionista». Al hacerlo, se ha mostrado por completo ciego tanto ante la carga revolucionaria que puede contener ese pasado como ante las operaciones estratégicas del poder actual. La ecología, convertida en institución, se ha desligado así de las fuerzas más vivas del presente y de cualquier agudeza en el análisis de la situación. Porque hace más de cuarenta años que la visión clásica de esta «naturaleza que preservar» fue suplantada por su *planificación sistémica*. Aunque todos los días desaparecen especies, las zonas protegidas, como las de Natura 2000 o los parques regionales (a la vez refugios de biodiversidad y zonas de intensa actividad humana), aumentan su número sobre la superficie del planeta. El paradigma de la preservación de la naturaleza ha

cedido su lugar al de *gobierno* o *pilotaje de la biodiversidad*, como dicen los ecólogos. La elección de la «buena zona de protección» se ha suprimido en beneficio de una zonificación multifuncional en la que unas zonas naturales preservadas o intencionadamente abandonadas pueden sumarse, según el modelo de la excepción, a zonas de explotación industrial, zonas turísticas o polos de desarrollo sostenible. Se trata de una lección amarga para quienes creían estar huyendo del mundo y refugiándose en algún búnker verde. Nadie habita ya un «islote de naturaleza virgen», ni siquiera quienes viven en el corazón de un parque nacional. Nos atraviesa siempre un sinfín de flujos energéticos, de sistemas económicos y de infraestructuras de comunicación de los que no podríamos asegurar, sin mentirnos, dónde empiezan y dónde terminan.

Asistimos a un salto cuantitativo en aquello que, según hemos anotado más arriba, Heidegger llamaba «emplazamiento», un salto que hoy ha hecho posible el poder de cálculo colosal que se aplica a todos, absolutamente a todos, los fenómenos vivos. El perfilado y la elección de las zonas protegidas se hacen ya a través de modelos matemáticos. Una situación absurda en la que, por un lado, se contabiliza lo que va a destruirse, para, por el otro, contabilizar lo que va a preservarse. Como analiza con lucidez un investigador del CNRS[42], a propósito de los sistemas de planificación para la protección de los territorios:

[42] *Centre National pour la Recherche Scientifique*, Centro Nacional para la Investigación Científica. (N. de la T.).

> Un algoritmo [conocido con el término de *systematic conservation planning*] permite cortar y proponer diferentes selecciones de territorios en función de los objetivos. [...] Se trata de identificar la «mejor red» de zonas protegidas posibles en función de los conocimientos disponibles y de los objetivos deseados, previamente identificados. [...] El uso de las imágenes por satélite, las cartografías instantáneas, la distribución de variables bióticas o abióticas da lugar a una espacialización planificada. La representación del espacio en un régimen de cambio global y las necesarias normalizaciones, cuantificaciones y calibraciones añaden al espacio ecológico un espacio exógeno propiamente humano (el GPS, la latitud, la longitud, el norte y el sur, los países industrializados o no, los objetivos planificados). El espacio de la gobernanza de la biodiversidad es el de una superficie plana por gestionar[43].

Una «superficie plana por gestionar»... He aquí la *ultima ratio* de la gobernanza. Y no se aplana un espacio sin «aplanar» también a quienes viven en él. Los nuevos hábitos de la preservación, entremezclados hoy en día con toda esta red computacional, no bastarán para ocultar siglos de desposesión y siglos de colonización. Este *planning* en red acarrea, desde el suelo mismo, la violencia. Extrapolando la reflexión de Walter Benjamin en sus *Tesis sobre la historia*, podríamos decir que no hay «documento

[43] Vincent Devictor, *Nature en crise*, París, Seuil, 2015, pp. 219-220 y 250.

de naturaleza» (él decía «cultura») que no sea a la vez un «documento de barbarie». Lo que en Estados Unidos se ha denominado *wilderness* («naturaleza salvaje»), que en su origen evocaba más bien, por cierto, un lugar desértico en el que no vive nadie o un edén completamente mitológico, es uno de esos documentos, uno de los monumentos erigidos por esta violencia. La creación en 1872, bajo el auspicio del presidente Roosevelt, del primer parque natural nacional, el de Yellowstone, conllevó la expulsión de aquel territorio de las tribus de los shoshones, los blackfoot y los crow. Las numerosas batallas con las fuerzas gubernamentales causaron casi trescientos muertos entre los indios en una sola batalla. Roosevelt lo había advertido con claridad: «La guerra contra los salvajes es la más justa de las guerras y la humanidad contrae una deuda con el colono que la libra». También hemos visto, en el caso de los parques franceses, que la lógica colonial contribuyó ampliamente a su fundación. Hoy en día, la tan cacareada creación de «reservas de la biosfera» entra asimismo y de inmediato en guerra con los pueblos que tienen la desgracia de vivir en esos territorios codiciados, como los pigmeos baka de Camerún, los bosquimanos de Botsuana o las tribus que habitan las reservas de tigres de la India. Existe incluso un nombre «diplomático» para este tipo de operación: los «refugiados de la conservación». La gobernanza actual, henchida de supuesta neutralidad y objetividad, se ha despojado quizá del discurso paternalista y racista del siglo XIX, pero no por ello deja de conservar su sangrienta herencia.

La época actual parece debatirse entre el triste entusiasmo por la preservación y la voluntad desquiciada de mantener un sistema que cerca todo el planeta. Nunca tantos expertos habían producido tantos cálculos sobre el rápido desplome de tantas especies vivas, pero parecen incapaces de percibir este desplome fuera de un paradigma íntimo de *posturas contrarias*, como sujetos esquizofrénicos y partidos en dos. Así, James Cameron, el director de *Avatar*, pretende proteger la selva amazónica al mismo tiempo que financia un proyecto megalomaníaco de extracción de recursos mineros extraplanetarios. El programa, llamado *Planetary Resources*, dice aspirar, y lo dice en serio, a «llevar la economía al espacio». Culminación sintomática del pensamiento occidental, extrañeza intersideral con respecto al mundo.

DE LA CASTRAMETACIÓN A LA LOGÍSTICA

La naturaleza bruta es espantosa y está moribunda; soy Yo, sólo Yo, quien puede volverla agradable y viva: desequemos estas ciénagas, animemos estas aguas muertas haciéndolas correr, formemos con ellas arroyos y canales; empleemos ese elemento activo y devorador que se nos había ocultado y que no debemos más que a nosotros mismos, prendamos fuego a esta borra superflua, a estos viejos bosques ya medio consumidos.

BUFFON, *HISTORIA NATURAL*, 1749

Con el nacimiento de los Estados modernos, llegó el momento de la gran planificación racional. Es la época de las avenidas rectilíneas, de los parques ornamentales (los jardines de Versalles se diseñaron en la segunda mitad del siglo XVII), de las nuevas vías de acceso y de circulación, de los grandes huertos en los que se «domestica lo salvaje», de los naranjales cuyo exotismo seduce a los visitantes y de los jardines en los que se esculpen a voluntad los árboles y las aguas. Pero toda esta estructuración fue, desde el principio, una gigantesca iniciativa por llevar la *parcelación* hasta los últimos intersticios de la vida. En *La inseguridad del territorio*, Paul Virilio precisa el tipo de colonización interior que produjo, en el siglo XVII, la unión del

Estado, el arte militar y la geometría en lo que denomina una «anomalía geométrica». Dicha anomalía proliferó en todo el espacio, procurando que los seres se abstrajeran de los lugares que habitaban y apremiando a la materia a someterse, de una vez por todas, a los instrumentos de la geometría analítica. Con Descartes, «el gran principio de abstracción metafísica de la estrategia occidental se interpone entre el hombre y su hábitat»[44], un principio según el cual se hará tabla rasa con todo lo que provenga de los sentidos.

A partir de mediados del siglo XVII, se enseña lo que se conoce con el barbarismo de *castrametación*, es decir, «el arte de situar campos y fortalezas por medio de trazos geométricos»[45]. Este arte proliferará más allá del mero ámbito militar y se verá, cada vez más, «proyectado sobre la naturaleza, sobre los lugares». Durante toda la historia moderna, se irá podando lo vivo sin preocuparse demasiado de saber si éste sobrevivirá. Descartes, más ingeniero que filósofo, insta a que se borren los obstáculos de la naturaleza bajo las líneas rectas de su «religión geométrica». Los bosques, símbolos de tiempos oscuros e irracionales, tendrán que plegarse, como cualquier ser y cualquier objeto, a la perspectiva universal de esta autodisciplina. Las «matemáticas de los bosques», una ciencia descabellada, terminarán por transformar su objeto en algo cosificado: un «volumen cuantificable de madera» o

[44] Paul Virilio, *L'Insecurité du territoire*, París, Stock, 1976, p. 173. Trad cast.: *La inseguridad del territorio*, Buenos Aires, La Marca, 1999, p. 125.
[45] Ibíd., p. 174.

un parque botánico, según convenga. La disciplina de la «estereometría» (medición de volúmenes) se vuelve compatible con una estética de la naturaleza civilizada. Por un lado, árboles plantados en hileras; por el otro, árboles etiquetados por botanistas. Fábricas de leña o jardines, pero no bosques. El ejemplo de Buffon es sintomático de toda una época: un hombre al que repugna el bosque es el creador del Jardin des Plantes de París.

Virilio considera la creación de los parques regionales y nacionales, desde comienzos de la década de 1970, como una prolongación, a la vez, del distanciamiento entre los habitantes y su hábitat y del control geométrico-militar del espacio. Analiza este hecho como la reducción de la naturaleza a una función sanitaria y social, al imponerse a través de la ordenación territorial y la defensa del medio ambiente.

> Las reglas que se disponían por escrito a la entrada de los jardines públicos, ahora aparecerán a la entrada de las ciudades o en las fronteras de los Estados, sustituyendo esa moral no deseada de la que los hombres se desembarazaban al sumarse a la resistencia, al irse al bosque. Pero sobre todo, en el momento en que se pretende reabsorber el control geográfico de nacionalismos y nacionalidades —allí donde supuestamente se han suprimido los pasaportes y visas—, las reglas nacen de lo social, de lo sanitario, de lo veterinario, nuevos *apartheids* refinadísimos, y por lo tanto temibles, una verdadera política de las «especies» que, desde los nacionalismos antiguos,

> se ha expandido, a las razas y a su encierro (campos de concentración, campos de refugiados, etc.). Las reservas naturales, los parques regionales o nacionales, extienden esta política de las especies a todos los casos, a todos los accidentes de la materia viva, instaurando una verdadera cacería biológica sobre los territorios, un safari interior llevado adelante por los distintos «defensores» de la naturaleza, enrolados en asociaciones paramilitares como los «Rangers de Francia», o en asociaciones parapoliciales[46].

Todo esto da un sabor amargo a los espacios verdes y a los paisajes preservados, destinados a los «urbanitas faltos de naturaleza», que nos venden hoy en día.

Pero la castrametación de la que hablaba Virilio se ha dotado de nuevos hábitos. Ya no se inscribe tan sólo en el suelo de los parques mediante el tendel y la regla del agrimensor, sino que, en la actualidad, fagocita todos los espacios sometidos al control de los flujos y las redes. Alrededor de finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, se produjo un cambio radical de paradigma entre la figura del arquitecto y la del ingeniero. El arquitecto seguía viendo el territorio como un «jardín» en el que podía intervenir, un jardín «a la francesa», sinónimo de armonía y plenitud. No obstante, para los ingenieros, este último se convierte en un simple *repertorio de medios* que es necesario movilizar, cuyas carreteras serían los senderos, cuyos canales serían los ríos, cuyos campos y bosques serían los

[46] Ibíd., pp. 178-179. Trad. cast.: p. 129.

parterres y arboledas. El proyecto de ordenación viene a instalarse en el territorio del mismo modo que una fábrica en un parque, dejándolo caer desde arriba, de acuerdo con el plano. Como si una forma prestablecida se impusiera a una materia inerte. Como si las luces vinieran por fin a iluminar la mazmorra informe del mundo. Ahora bien, ese territorio medido y cartografiado por los ingenieros, aunque siga viéndose desde arriba como un jardín, ya no está formado por parterres clásicos, destinados en teoría a representar la armonía de la perspectiva arquitectónica, sino por la pura *legibilidad material* de las producciones. Las cosechas agrícolas, la leña de los bosques, los productos extraídos de las minas son los recursos que las carreteras ponen en movimiento y circulación a través de todo el territorio. En la época de la Ilustración, apareció un nuevo actor: el ingeniero del Estado, el ingeniero de puentes y caminos, que, mediante la construcción y mantenimiento de las vías de circulación, va a elaborar procedimientos de planificación y control cada vez más amplios. Si el arte del ingeniero se siguió considerando hasta finales del siglo XVII una rama de la arquitectura, en el XVIII las dos profesiones se separaron y se fundaron escuelas específicas: la Escuela de Puentes y Caminos en 1747, la Escuela de Ingeniería en 1748, la Escuela de Minas en 1783, la Escuela Politécnica en 1794. Bien es cierto que la arquitectura racionalista del siglo XVII también se considera una ciencia general del orden y la medida, que tenía por objetivo dominar la realidad a través de las matemáticas aplicadas, pero los arquitectos de la época seguían aún

ligados a la sensación, a la experimentación, mientras que los ingenieros, por su parte, empezaban a privilegiar el cálculo de manera sistemática. El siglo XVIII vio la génesis de lo que más tarde se conocería como «ordenación territorial», y los ingenieros serían los maestros de obras de su cartografía generalizada. Todo lo que sobresaliera tendría que enrasarse, todo lo que estuviera vinculado tendría que cortarse. Su misión era la de medir, conocer, equipar y gestionar esa nueva realidad administrativa. Mientras que el arquitecto está limitado en el espacio y en el tiempo, el ingeniero desarrolla «políticas de ordenación globales», su conquista se dirige a la propia «naturaleza», en su totalidad, desde los bosques hasta las ciudades, desde los campos hasta los puertos. Su voluntad de control no está hecha de perspectivas, sino de *proyecciones*. El ingeniero es un militar.

Mientras que la arquitectura se queda en un saber disperso, la ciencia de los ingenieros se centraliza y se homogeneiza en la racionalización de la producción del espacio. Bien alejados de cuestiones de estilo, gusto o conveniencia, los ingenieros se dedican a la empresa general de la parcelación y la ordenación. Apoyándose en la doctrina fisiocrática, los ingenieros veían la «naturaleza» como fuente de todas las riquezas, por los productos obtenidos de la agricultura y la minería. Para ellos, la necesidad de los intercambios y la eficacia de las comunicaciones primaban sobre la estética arquitectónica. Se trataba de cortar las montañas para abrir caminos, de hacer navegables los ríos con la ayuda de diques. De acuerdo con

esta fría lógica, suprimir los obstáculos del relieve suponía suprimir también los obstáculos en el seno de la sociedad y, en caso necesario, suprimir la propia sociedad para imponerle su propio orden, al fin racional: ¡la igualdad de los hombres pasaría sin remedio por la igualdad de la producción! Pero ¿qué igualdad es ésa? La igualdad en la *uniformización universal*. El ingeniero, ese individuo providencial, supuestamente destinado a conducir a la humanidad hacia el Progreso, se presentaría, pues, como el único y exclusivo maestro del Plan. A quien, por supuesto, hay que obedecer. Sólo él sabe. Su proyecto, diseñado sobre un mapa, mediante cortes geométricos, no tiene tanto la apariencia de la perspectiva arquitectónica como la de un sujeto anatómico despellejado. El cuerpo del territorio exhibe sus secretos una vez examinado y diseccionado.

Esta visión brutal es la continuación del más puro programa mecanicista. El filósofo inglés Francis Bacon, quien, un siglo antes, había sentado las bases de su método judicial para interrogar a la naturaleza, decía que ésta «no desvela sus secretos más que bajo la tortura de la experimentación»[47]. El poder absoluto para interrogar a la naturaleza por todos los medios legítimos si, por así decirlo, «se niega a hablar», recae sobre la razón del Hombre

[47] Pierre Hadot, *Le Voile d'Isis*, París, Gallimard, 2004, p. 132. Trad. cast: *El velo de Isis*, Barcelona, Alpha Decay, 2015, p. 61.

y los «espíritus industriosos». Así, la naturaleza queda dominada, «desvelándose» bajo la mirada inquisidora de la Ciencia. Desde el punto de vista de esta ideología moderna, la materia y la propia tierra se tratan como entidades pasivas que no están ahí, disponibles, más que para ser trabajadas, sembradas, reproducidas gracias al poder del ingeniero y sus máquinas.

Carolyn Merchant estableció de manera admirable el vínculo histórico, incrustado en el corazón del pensamiento occidental, entre el sometimiento de la naturaleza, vista como una entidad femenina, y el programa científico de Hobbes, Descartes y Bacon. Frente a una naturaleza considerada hasta entonces bajo los atributos de un ser nutricio, la revolución científica hizo que prevaleciera una imagen de ella como un desorden que había que domeñar y controlar. La percepción orgánica de la naturaleza se vinculaba con formas de organización campesinas, que Merchant denomina «comunas territoriales», en las que los bienes comunes, bosques, pastos y agua, se organizaban mediante una «jurisdicción campesina». Con el aumento de las necesidades industriales de madera para navíos y carbón, estas comunas y sus tierras fueron atacadas por el colosal movimiento de los cercamientos, sobre todo en Inglaterra desde el siglo XVI, pero también en Holanda, Italia y Francia. Las fraguas de metales tenían una importante demanda de leña para fundir los minerales. En cuanto a las marinas nacionales, exigían ingentes cantidades de madera para la construcción.

Pero sin duda es el método mecanicista de Bacon el que ofrece a ojos de Carolyn Merchant la legitimación filosófica de esta devastadora explotación de la naturaleza:

> Igual que el vientre de la mujer ha cedido simbólicamente el paso a los fórceps de la ciencia, los secretos que alberga el vientre de la naturaleza serán también arrancados de su seno por la tecnología, para ser utilizados con el supuesto propósito de la mejora de la raza humana. Bacon, valiéndose de una sorprendente metáfora, transforma así al mago (convertido en científico) de sirviente de la naturaleza en su explotador, y a la naturaleza, de educadora en esclava[48].

Todas las fuerzas orgánicas de la naturaleza, demasiado «animales» o «femeninas», demasiado vitales o demasiado incontrolables para el poder, quedan así reducidas por un sistema de pensamiento que niega cualquier forma de alteridad. La concepción que se promoverá bastante más tarde, en la década de 1900, en Estados Unidos, por la corriente «conservacionista», y más tarde aún, en la década de 1950, por el «*management* de la naturaleza», prorroga, según Carolyn Merchant, la vieja utopía tecnocrática de Bacon: una naturaleza que ya no se considera peligrosa, una vez vuelta plástica y predecible bajo la dirección exclusiva de los «administradores ecosistémicos y su abstracción en *data*».

[48] Carolyn Merchant, *The Death of Nature, Women, Ecology and the Scientific Revolution*, San Francisco, Harper One, 1980, p. 169.

Entre los siglos XVII y XIX, la modernidad se movilizó, pues, en torno a los problemas de la circulación de las riquezas y del control racional de la naturaleza, pero de una naturaleza cuyo cuerpo mutilado fue modelado y remodelado sin cesar con las herramientas de los ingenieros. Ésta, «improductiva» por sí misma, debía «necesariamente» ser rescatada de su «incompletitud» y someterse a la ciencia de la planificación. Así pues, el interés primordial de la época moderna por la «gestión de los bosques» no podía nacer fuera de esa ingeniería, como tampoco podía plantearse de forma ajena al proceso de extracción de las materias primas. La red fluvial, al igual que la viaria, tenía un carácter *estratégico*, en efecto, para la circulación de las riquezas extraídas de la tierra. Personajes como Vauban y Colbert cimentaron sus carreras personales sobre la construcción de estas redes. Bajo el reinado de Luis XIV, Vauban creó el Cuerpo de Ingenieros Geógrafos y se dedicó, de manera sistemática, a ampliar las vías de comunicación. Por su parte, Colbert, inspector general de la Hacienda Pública, ideó el Cuerpo de Puentes y Caminos, encargado de la construcción y mantenimiento de «obras de ingeniería, carreteras, canales, ríos y puertos». Las palabras clave son, pues, «circulación», «comercio», «comunicación». En ese momento se pone en práctica toda la ideología de los flujos mediante los cuales la naturaleza debe, por fin, volverse «buena y racional». Los ingenieros tenían por delante la tarea de corregir esta imperfección original, a fuerza de explosivos y trazado de carreteras.

Del siglo XVII al XVIII, la explotación forestal pasa de manera general por el transporte de madera hacia los centros urbanos, por las carreteras y por los ríos. Y la idea misma de «bosque» que se tenía en aquella época, como espacio aún demasiado caótico que exigía que se lo gobernara al fin, es indisociable de un pensamiento logístico ya entonces en vigor. Las carreteras atravesarían los bosques, convertidos en «asentamientos forestales», y hasta cuyo corazón había que penetrar para extraer y transportar los recursos de leña, esenciales para la economía. Largos troncos, resina y corcho debían alimentar la construcción urbana y naval y, más tarde, proporcionar postes telegráficos, puntales para las minas, travesaños para las vías férreas, pasta de papel...

Para facilitar las cacerías reales y, a continuación, el transporte de madera para la industria, era necesario poder circular en los macizos forestales. De esta forma, se trazó sobre el territorio una red bien planificada con largos senderos y cruces propicios para la montería, que sería sin embargo sustituida por una cartografía más precisa gracias a la agrimensura sistemática y los intereses económicos de la silvicultura. La empresa de cartografía forestal iniciada por Colbert haría de ello su caballo de batalla, no sin dificultades, sobre todo, en el ámbito de esos espacios opacos que constituían las tierras comunales.

Por supuesto, los hermosos macizos de la cuenca parisina y del valle del Loira, los preferidos para las cacerías reales, disfrutaron de la atención precoz de los

geómetras-agrimensores y del talento artístico de los grabadores de mayor renombre. Por desgracia, el pensamiento fuertemente materialista de los planificadores casa bien poco con las avenidas sombreadas y las rondas cinegéticas que conformaban el encanto y la inutilidad de esos planos. Las dríades no les preocupaban apenas: en el sotobosque no veían más que la promesa de los combustibles. Esta laguna en la representación de los bosques demaniales es muy significativa del vacío en el que se encontraba la de los bosques comunales[49].

La implantación de una red de transporte de madera entre puntos estratégicos del territorio debía pasar, pues, por la limitación de los bosques comunales y su marcado con el sello real. Cuanto más se arrogaba el poder el derecho a administrar el bosque, más se veían desposeídas de él las comunidades campesinas, por lo que sus miembros pasaron a considerarse sospechosos y sus prácticas, criminales. Había que romper sus vínculos con los bosques para que pudiera alzarse el interés único del poder. Con ese objetivo concreto, se recurrió a equipos de leñadores venidos de Italia, por ejemplo en la Gran Cartuja, para talar bosques cuya madera se llevaron más lejos, hasta los puntos estratégicos de las industrias, pero sin detenerse nunca en la región.

Bajo las órdenes del ingeniero soberano, miles de obreros y campesinos se deslomaron para allanar kilómetros y kilómetros de carreteras. Mucho antes del taylorismo,

[49] Andrée Corvol, *L'Homme et l'arbre sous l'Ancien Régime*, París, Economica, 1984, p. 5.

los ingenieros de la Ilustración inventaron la racionalización del trabajo. La carretera permitía no sólo conectar puntos del territorio bastante alejados, como un bosque y una obra urbana, sino también movilizar a los obreros, al poner a los «ociosos» a trabajar. El sistema de corveas para la «confección de caminos» se instauró en los últimos años del reinado de Luis XIV. Y el director general de Fortificaciones, Vauban, hizo que se pasara a cronometrar las tareas de excavación. Las primeras medidas para fusionar «trabajo» y «logística» se probaron junto a las carreteras.

El trabajo de los hombres se redujo a la cubicación de tierras; ambas cosas podían expresarse por medio de cifras y ratios. El volumen de las excavaciones equivalía, mediante una sencilla regla de tres, al número de obreros que convenía movilizar. Un examen de matemáticas planteaba, por cierto, ese ejercicio en vísperas de la Revolución: si A y B son dos carreteras cuya longitud es conocida y X es el número de obreros del que dispone el ingeniero, ¿cómo distribuir a estos últimos en cada uno de los tajos para que el trabajo avance al mismo ritmo? En el siglo XVIII, era la carretera, más que otras realizaciones arquitectónicas, la que anunciaba la homogeneización de los datos en los proyectos de ingeniería y su subordinación total al cálculo.

Cálculo y Economía son las consignas que hicieron de la ordenación territorial uno de los poderes más devastadores del mundo. El territorio del siglo XVIII, visto como «jardín planificado», deja definitivamente paso al *territorio troceado* que las redes pretendían recoser mediante

las nuevas infraestructuras de acero. En torno a 1830, la doctrina de los ingenieros sansimonistas, de la que Walter Benjamin decía con gran acierto que era «precursora de los tecnócratas», no tardaría en transformar el globo terráqueo en una red protésica de vías férreas e industrias. Esta ideología planificadora y conquistadora llevaría, más tarde, a la construcción de redes de comunicación y a la *haussmannización* de las ciudades. Fue la primera forma de programación de lo que aún hoy en día seguimos denominando, en una suerte de epifanía universal, «política de grandes obras».

Una de las proezas llevadas a cabo por los sansimonistas fue exigir, en 1831, una reforma del derecho de expropiación por motivos de «utilidad pública». Uno de ellos, en el periódico *Le Globe*, reclamaba ya un «golpe de Estado pacífico» con el fin de «cambiar mediante ordenanza la ley de expropiación, de forma que se cuiden los intereses del propietario, pero se reduzcan a unos pocos días los larguísimos plazos legislativos»[50]. Hoy en día, las famosas encuestas públicas previas a los proyectos de envergadura siguen lastradas por ese estado de excepción jurídica prorrogado sin fin desde las grandes obras del siglo XIX. La encuesta pública no es, en última instancia, más que un método «democrático» para imponer el proyecto. Todo el discurso que rodea la concertación pública, el debate ciudadano, la información transparente no es más que una distracción para desviar las fuerzas

[50] Antoine Picon, *Les Saint-simoniens. Raison, imaginaire et utopie*, París, Belin, 2002, p. 260.

lejos del quid de la cuestión, a saber: las infraestructuras como ocupación.

La ordenación territorial actúa menos por legitimidad política que por su mera fuerza tecnocrática. En 1958, Gilbert Simondon, gran pensador de la técnica, identifica bien el orgullo de dominación por el que esa casta de tecnócratas subyuga la Tierra en su «voluntad de conquista sin freno», una casta que él procura diferenciar de los técnicos y artesanos que no se abstraen del mundo, de sus objetos, de sus herramientas, sino que, por el contrario, mantienen con ellos un vínculo real.

> El saintsimonismo triunfó bajo el Segundo Imperio porque había que construir muelles, trazar líneas férreas, tender puentes y viaductos sobre los valles, perforar las montañas con túneles... Esta conquista agresiva ostenta el carácter de una violación de la naturaleza. [...] Los tecnócratas son esencialmente los politécnicos, es decir, hombres que, en relación con las técnicas, tienen la capacidad de ser usuarios inteligentes y organizadores, más que verdaderos técnicos. Estos matemáticos piensan por medio de conjuntos, no por medio de unidades individualizadas de funcionamiento; lo que retiene su atención es el proyecto, más que la máquina[51].

[51] Gilbert Simondon, *Du mode d'existence des objets techniques*, París, Aubier, 2012, pp. 177-178. Trad. cast.: *El modo de existencia de los objetos técnicos*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2007, pp. 144-145.

El matiz es de tamaño. Y es mérito de la obra de Simondon haber trazado esa línea divisoria entre dos figuras difícilmente conciliables: el tecnócrata y el técnico.

Sería un error no advertir, en este sometimiento general, algo más que un objetivo de dominio del espacio. Porque también se está apuntando al tiempo. Lo vimos con el mapa de las Cevenas «penetradas» por los caminos reales, en el que las distancias entre los burgos importantes eran las que se detallaban con más rigor. Pero, sin duda, fue con la Revolución Industrial del siglo XIX y el surgimiento de los grandes imperios coloniales, sus redes de vías férreas, la excavación de grandes istmos y canales marítimos, cuando los poderes buscaron, por medio de la velocidad, una victoria definitiva sobre la distancia. La locomotora de vapor se consideraba entonces una máquina de guerra, una guerra librada con vistas a la integración territorial y la colonización. Pero también era una *máquina de guerra temporal*. Así, Heinrich Heine escribió en 1843: «Los ferrocarriles aniquilan el espacio, y no nos queda más que el tiempo. ¡Si al menos tuviéramos suficiente dinero para deshacernos de él de una forma conveniente!»[52].

La gestión actual de la velocidad de los transportes tiene su origen histórico en la planificación, por parte de los ingenieros, del tiempo en la organización ferroviaria. Bajo el pretexto de la exactitud y la seguridad —puesto que, en

[52] Citado por Paul Virilio, *op. cit.*, p. 259.

aquella época, había que evitar las colisiones en una red de vía única—, se implantaron todos los elementos de una futura *regulación social*: precisión de relojero, disciplina de los cuerpos, control continuo, racionalización del trabajo, etc. A partir de la década de 1950, ya fuera en el urbanismo o en la ordenación territorial en general, prevaleció el mismo modelo logístico en términos de distribución, atracción, distancia y tiempo. Por ejemplo, al instalar centros comerciales en las periferias urbanas, claramente se piensa en términos de *accesibilidad*, en función del cálculo de los tiempos de conducción, de las velocidades y de los obstáculos. Esta medida de la distancia geográfica en forma de duración es, desde los sansimonistas, una constante; ellos mismos esperaban que fuera posible llegar, gracias al progreso del ferrocarril, a cualquier punto de Francia en menos de un día. Así, lo que los expertos denominan en la actualidad «tiempo de las infraestructuras» define mucho más que un modelo de temporalidad: es el *tenor logístico* de nuestra época, en la que la medición del espacio geográfico se hace indiscernible del tiempo que tardan los flujos circulatorios en atravesarlo y, por lo tanto, en controlarlo. En 1833, el economista Friedrich List, precursor de la unión aduanera y del ferrocarril en Alemania, declaró, como si fuera todo un jefe de Estado: «Cada kilómetro de vías férreas que una nación vecina termina antes que nosotros, cada kilómetro de más que posea, le da ventaja sobre nuestra patria... Solamente de nosotros depende que determinemos si haremos uso de estas nuevas armas defensivas que nos vienen dadas por la

marcha del progreso, del mismo modo que sólo dependió de nuestros antepasados la decisión de optar por el fusil en vez del arco y la flecha»[53].

Desde la castrametación hasta la ordenación territorial, el dominio del espacio-tiempo ha adoptado, pues, la forma de un poder esencialmente logístico. La logística es una ciencia del cálculo, pero también, desde sus orígenes, una ciencia militar. Fue el Ejército francés, bajo Luis XIV, el que estableció el rango de mariscal general de *logis*, experto en avituallamiento, transporte, alojamiento y estado de las tropas. Pero, en aquella época, fue sobre todo en los arsenales de la marina, con las disposiciones de Colbert, donde la logística adquirió toda su importancia material y el bosque se encontró, de nuevo, al comienzo de la cadena, en primera línea del frente. La eficacia en los plazos y las cantidades producidas, la rentabilidad de los costes, la fluidez de la circulación de los materiales por el territorio, como la madera talada y transportada desde los bosques hasta los almacenes y los talleres, las nomenclaturas precisas de cada pieza, la estandarización de los métodos de construcción naval, la disponibilidad de piezas intercambiables, la continuidad y fiabilidad del abastecimiento de los arsenales, la anticipación de necesidades aleatorias, así como la administración de prácticas, la avenencia entre contratistas, oficiales, ingenieros, financieros, expertos, carpinteros, obreros, etc.: todo estaba pen-

[53] Armand Mattelart, *L'Invention de la communication*, París, La Découverte, 1997, p. 230. Trad. cast.: *La invención de la comunicación*, México, Siglo XXI editores, 2007.

sado de antemano en los arsenales. De este modo, Colbert podía asegurar, para apoyar esa idea de una administración regulada y aritmética de las cosas y los seres, que el poder real debía manifestarse no sólo en las grandes decisiones del Estado, sino también en la clasificación de los clavos, según su tamaño respectivo, en el almacén del arsenal. La labor homogeneizadora del ingeniero se definía entonces, de manera muy precisa, como «la regulación de lo diverso bajo el orden de las matemáticas». Este especialista en logística debe reducir cualidades a cantidades, debe unificar e igualar materias heterogéneas. Puesto que, en efecto, es la propia materia la que se ve reducida a una abstracción operativa útil sólo para ese proyecto, sólo para ese plan. Hay que reducir las materias mediante medidas, pues nada se deja «poner sobre el papel» mejor que las medidas, pero también reducir la diversidad de las materias a una organización homogénea del trabajo, reducir los costes al tiempo que se aumenta la eficacia de la producción, reducir un territorio a un equivalente general. En pocas palabras, reducir seres a un *sistema de funciones*. Y hacerlo de forma que el bosque —diversidad superabundante por excelencia—, tanto en su biología como en sus usos, entre, bien ordenado, en el arsenal. Esta «reducción» general fue la gran invención del arte militar de la logística, antes de aplicarse hoy en día, y sin excepción, a todos los circuitos de la producción, la energía, la informática y el ámbito social. Y, paradójicamente, esa visión tan *reducida* del mundo es la que hoy se arroga el poder de explicar la *totalidad* de éste.

Queda así claro que, desde al menos el siglo XVIII, es misión conjunta de ingenieros, economistas y militares saber cómo maniobrar juntos el control de las cosas y el control de los seres humanos. Ahí radica la idea misma de gobierno. Por una parte, cómo uniformizar los productos, unificar los métodos, igualar el territorio. Por otra, cómo jerarquizar los sujetos políticos, cómo administrarlos, cómo instaurar un temperamento economicista y dócil. «La reproducción de las riquezas mediante el buen empleo de los hombres», decían los fisiócratas. Toda la fluidificación actual de las redes eléctricas inteligentes, la gestión en bucle de los ecosistemas, las descabelladas pretensiones de la geoingeniería para climatizar la Tierra, toda la voluntad de dominar las propias condiciones de la existencia de los seres humanos repiten, al final, este mismo programa logístico: medir, gestionar, medir, gestionar.

Los bosques habrán sido el punto de partida de una cadena de producción estratégica en la que estamos aún tan implicados que hemos olvidado su «sacrificio original». Indispensable para la guerra, para el crecimiento de las ciudades y para el comercio, necesaria para la industria, la marina y el Tesoro a través de tasas e impuestos, la madera de los bosques ha sido un instrumento fundamental del poder estatal. La ordenación forestal, por medio de talas o plantaciones, fue un mecanismo por el que el poder central manifestó, en todos los territorios, su legitimidad y soberanía. Mediante el control de bosques incluso dispersos, mediante las reformas que pretendía llevar a

cabo sobre las inspecciones, mediante las prohibiciones de prácticas consuetudinarias y la política de usos que ha implantado, el poder siempre ha mantenido una relación eminentemente *planificadora*, es decir, intrusiva y violenta, con los bosques. Medir y cartografiar unos espacios tan diversificados suponía, de paso, administrarlos y reducirlos a una sola lógica. Suponía vigilar los actos cometidos en el bosque y judicializar a los infractores. Sólo las zonas de montaña pudieron escapar, en parte, a ese control, a causa de la carencia de medios para vigilarlas.

Cuando hoy hablamos de «deforestación», no se puede dejar de pensar en todas esas medidas históricas de «planificación de los bosques» que se dieron entre finales del siglo XVII y finales del XIX. Con la paradoja de que, si las superficies forestales aumentaron globalmente en el mismo periodo, el bosque retrocedió[54].

Cuanto más se ocupe el Estado de bosques homogeneizados mediante plantaciones de resinosas o abandonados de manera voluntaria, mayor será su control territorial y mayor también el monopolio del saber que lograrán sus ingenieros. Cuanto más aumenten las cadenas de abastecimiento del «sector maderero», mayor será

[54] Si nos fijamos en los últimos doscientos cincuenta años de historia de la gestión de los bosques europeos, el aumento de la superficie arbolada es flagrante. Tras un retroceso de 190 000 km² entre 1750 y 1850, el bosque conoce una reforestación de 386 000 km², lo que supone un aumento de 196 000 km². En cambio, desde 1850, los bosques de caducifolios (como el roble) han perdido 436 000 km², convertidos en repoblaciones de coníferas (pino silvestre y pícea) más «rentables» en el mercado que, a su vez, ganaron 633 000 km². Los «bosques naturales» fueron sustituidos por «bosques gestionados», que representan hoy en día más del 85% de la superficie forestal europea.

la transformación de los bosques en plantaciones industriales gestionadas por un poder necesariamente logístico. Pero un «campo de árboles» no es un bosque, igual que una megalópolis no es una ciudad.

En la historia de la civilización, los bosques y sus habitantes, tanto en Europa como en el Nuevo Mundo colonizado, fueron los primeros en experimentar en términos físicos ese control sistemático, un control que oculta un odio primitivo hacia todo lo que parece demasiado anómico, irracional, imbricado, denso, caótico, oscuro, híbrido; en definitiva, demasiado *singular*. En su famoso *Discurso del método*, Descartes imagina el bosque como un espacio oscuro en el que el paseante extraviado debe caminar recto y hacia delante, en una sola dirección, para conseguir salir y llegar a algún lugar menos «funesto». A través de esta metáfora, su sistema filosófico preconiza, como huida del «desorden de lo vivo», la aplicación de las reglas geométricas. La geometría, como método privilegiado en la búsqueda del «camino recto», se convierte en el principio mismo de un pensamiento no tanto racionalista como *universalista*. A través de este método, el bosque deja de ser el espacio demasiado singular del caos que veía en él el espíritu civilizado, para convertirse en un espacio por completo ordenado, es decir, dominado. Al transformarse en una cantidad «geometrizable», *el bosque se convierte en plano* y *en planicie*. Como tan bien explica Robert Harrison en su imprescindible ensayo *Forêts. Essai sur l'imaginaire occidental* [Bosques. Ensayo sobre el imaginario occidental], con el método cartesiano y la ciencia silvícola, «los

bosques dejan de ser lugares de azar y confusión en cuanto una época se asigna la misión de dominarlos y poseerlos. Cuando el método consigue salir del bosque, vuelve para someterlo bajo su yugo»[55]. La voluntad de ese hombre mitad dios, mitad ingeniero, es la de «erigirse en dueño y señor de la naturaleza». Pero tal y como la vive ese hombre, tal voluntad no significa, al final, más que una *voluntad de aplanamiento de toda intensidad posible*. La pasión triste que dedica el ingeniero a las llanuras desérticas se desplomará, tarde o temprano, ante la *verticalidad* de los bosques y la irrupción de los nuevos salvajes.

[55] Robert Harrison, *Forêts. Essai sur l'imaginaire occidental*, París, Flammarion, 1992, p. 174.

LOS BOSQUES CONTRA LA DENDROENERGÍA

En la metamorfosis del bosque en jardín, todo es cuestión de organización. Se transforma un desorden impuesto en un desorden elegido. Es difícil escapar al desorden, pues, contrariamente a lo que ocurre con el orden, el desorden crece. Sobre todo, si ha llovido por la noche.

STÉPHANE BRETON,
LE CIEL DANS UN JARDIN (DOCUMENTAL)

Nuestra situación actual es, a grandes rasgos, DOCUMENTAL la siguiente. Llevamos doscientos años extrayendo los residuos de energía solar concentrados en las turberas y los organismos marinos que se descompusieron en ellas hace, más o menos, trescientos millones de años. Transformadas por compresión y sin oxígeno en las capas y pliegues de la Tierra, estas acumulaciones, bastante raras, constituyen el petróleo y el carbón, ese «sol sepultado» que estamos quemando a una velocidad delirante. Pensemos del siguiente modo en la verdad aplastante sobre el *consumo* que hacemos de la Tierra: un solo litro de petróleo utilizado hoy en día ha necesitado veinticinco toneladas de vida marina primitiva para formarse. El carbono, acumulado tras millones de años de vida orgánica,

se encuentra otra vez, de pronto, en la atmósfera, para causar el calentamiento cuyos efectos estamos empezando a sufrir ahora, de manera muy física, en nuestras vidas. Esta desquiciada aceleración extractivista no podía producirse sin consecuencias catastróficas. ¡Unas energías concentradas desde hace millones de años que se han liberado en sólo dos siglos!

Es evidente que el entusiasmo por la biomasa y la dendroenergía tiene que ver con la misma «contracción del tiempo» que llevamos a cabo, con la misma ideología extractivista. La madera (que también es una forma de sol concentrado, por efecto de la fotosíntesis de las hojas y la producción de materia orgánica) se ha convertido en un recurso equivalente al oro negro a través del triturado, las astillas, los *pellets* y las calderas automatizadas. Sea en los métodos de extracción o en los de transformación, estamos asistiendo, ni más ni menos, a una *petrolización* de las materias orgánicas. El sector de la dendroenergía se organiza en la actualidad, como toda empresa energética de envergadura, en torno a «plataformas logísticas». Desde el lugar de la tala hasta las calderas o las centrales de biomasa, los árboles enteros, los desechos forestales o de subproductos agrícolas deben ser encaminados, molidos hasta convertirlos en astillas o transformados en *pellets*. A partir de ahí, toda esa materia, una vez *fluidificada*, se calibra, se almacena, a veces se acondiciona y, para terminar, se transporta y se descarga en silos de acuerdo con la demanda y el consumo. En esta cadena logística, lo que se persigue, por supuesto, es la estandarización y homogeneización del producto final.

A partir de unos modos de subsistencia singulares, de unos usos variados, el bosque se convierte en un único flujo de energía. Con su red y sus conductos.

Los bosques mantenidos por los antiguos, que de terraza en terraza iban trazando en la montaña otras tantas curvas de muros de piedra, se transforman en yacimientos de biomasa. Se reniega de toda relación con el árbol, con el mundo, con los usos. El árbol que contiene las diversas posibilidades de convertirse en madera para armazones, parqué, mesa, leña para calefacción, tanino, alimento, estaca, cuenco, tonel, canalón, colmena... se convierte en una abstracción: «Futura electricidad». Ir al bosque, encontrar los árboles adecuados para un armazón, como hacen los constructores dignos de ese nombre, examinando el diámetro, la curva y las formas del árbol deseado e imaginando ya el lugar que ocupará en la estructura final, siguiendo la *composición* de las líneas de la madera, bordeando los nudos, aprovechando tal o cual disposición de las ramas, cepillando la corteza, dibujando la espiga o la mortaja, siguiendo la materia, sus hilos y lo que éstos le proponen, en lugar de imponerle con violencia una forma predeterminada: todo esto es absolutamente incomprensible para la visión extractivista, que irá, en función de un encargo, a una parcela cualquiera para recoger, talar, transportar, triturar, quemar madera para conseguir energía.

Esa mirada «energética» impuesta sobre el bosque es la misma que se impone sobre la materia en general. En ese árbol de ahí no ve el acontecimiento que se le ofrece,

sino una cubicación. En la madera de ese mismo árbol, no ve el posible trabajo del cepillo o el desbastador sobre las serraduras más o menos espesas, sino un tonelaje de madera despedazada. Esa mirada violenta la madera en la misma medida en que la menosprecia. Le interesa la geometría y busca la automaticidad. Reduce el número posible de materias primas que se pueden utilizar para la fabricación de un objeto. De cualquier singularidad técnica hace una homogeneización abstracta. En este sentido, como decía Simondon, esa visión puramente tecnológica de la materia es una «oscura zona central»: se sabe lo que entra, se sabe lo que sale, pero no se sabe qué pasa en el interior. Como en cualquier otra situación, el encargo es lo que lo determina todo, según una posición de exterioridad total, a imagen de aquello en lo que se han convertido todos los trabajos y nuestra relación con la tecnología en este mundo logístico. El funcionamiento de la máquina, la procedencia de la máquina, el significado de lo que hace la máquina y la manera en que ésta se fabrica: de todo esto no sabemos nada. Sabemos que la madera se corta en alguna parte para generar electricidad en otra que, a su vez, se consume en una tercera. Pero, entre esos puntos nodales, ¿qué ocurre, sino que esa «madera» pasa por una cantidad sorprendente de máquinas? El sistema impone a la materia la adopción de una única forma (ser despedazada para que pueda quemarse de manera «fluida») que le niega cualquier otra forma posible.

La propia lignina, la molécula más dura del mundo vegetal, acaba convertida en producto «refinado» mediante

unas operaciones dignas de la industria petroquímica. La central de Pomacle-Bazancourt, al norte de Reims, produce bioetanol y productos químicos «de procedencia biológica» a partir de la celulosa. La planta se sitúa en medio de una extensión esteparia de campos de remolacha hasta donde alcanza la vista, con algunas granjas enormes dispersas aquí y allá que atestiguan la escasa presencia humana que aún resulta necesaria para hacer funcionar esta región «agroindustrial», como se indica en los carteles de la carretera nacional. La planta consta de una azucarera, una almidonería, una destilería, una central de energía a base de biomasa agrícola y forestal y un centro de investigación aplicada. El proceso de fabricación del bioetanol descansa en el fraccionamiento mecánico (muy energívoro) de la biomasa, seguido de su hidrólisis mediante unas enzimas modificadas genéticamente y su síntesis en productos de alimentación, farmacéuticos, químicos o polímeros plásticos. El futuro, nos dicen, está en los carburantes de origen biológico. Pero se les olvida precisar que, si todo el consumo mundial de plásticos, lubricantes, productos químicos y carburantes debiera ser de origen biológico, habría que devorar no menos de dos mil millones de toneladas de contenido de carbono, lo que implicaría esterilizar el conjunto de los terrenos agrícolas del planeta y laminar todos los bosques.

La biomasa, tan ensalzada como insumo del «mix energético», es enormemente ineficaz en términos de producción eléctrica, puesto que su rendimiento es sólo del 35%: por decirlo así, hay que quemar dos árboles para

que el tercero libere la energía necesaria para hacer girar las turbinas. La realidad es que la biomasa, como todo el sistema energético actual, produce energía en calidad de tarificación eléctrica. Como ocurría con el grano en los elevadores automáticos de Chicago, todo el sistema está pensado para la fluidificación y la homogeneización de las materias primas, poco importa su calidad o su origen. En este caso, ya se trate de residuos de palés, de troncos procedentes de España, Canadá o Brasil, o de madera del sur de Francia, lo que cuenta es la gestión del flujo de madera. Esta gestión no es viable, a ese nivel industrial, más que en la estricta medida en que está inserta en el sistema general de los flujos de circulación eléctrica por medio de una reducción alucinante: ¡toneladas de madera que se convierten en kilovatios-hora y luego en euros por kilovatio-hora! Sólo una proeza disparatada permite comparar elementos que no tienen nada que ver entre sí, a saber, una masa física y una tarificación eléctrica. Sólo una logística tentacular de transporte hecha de camiones, contenedores de madera, centrales, líneas eléctricas, transformadores y, finalmente, contadores permite esa puesta en equivalencia. ¿No es eso lo que los ingenieros aprenden en primer lugar: que, para trazar con eficacia el mapa de las materias, hay que aplanarlas?

Para que la madera, a su vez, se integrara en esa logística, antes era necesario que la silvicultura se mecanizara, que adoptara también los «estándares». Ya lo hemos visto a través de la historia de Chicago: los bosques explotados para la construcción uniformizada de armazones y

estructuras de madera habían desaparecido por completo a finales del siglo XIX. Con la mecanización del trabajo en los bosques, a principios del siglo XX la economía del papel se adueñaba del bosque y unas plantaciones homogéneas colonizaban el norte de Estados Unidos. Para paliar los peligros del manejo de los troncos en los ríos, John Deere (originario de Illinois y cuya empresa es, en la actualidad, líder mundial en maquinaria forestal y agrícola) comenzó la mecanización del transporte de madera inventando los cabrestantes de vapor. Más tarde, en el periodo de entreguerras, las industrias militares adaptaron su tecnología, hecha para el campo de batalla, en especial los tanques de oruga, a la silvicultura. Esta última no ha dejado de mecanizarse desde la década de 1950 hasta las actuales taladoras, con su cabina climatizada y su control mediante *joystick*, que convierten al leñador en un simple piloto. Pero en un piloto vigilado, puesto que hace poco se ha implementado una aplicación telemática, JohnDeereLink, que permite al empresario geolocalizar sus máquinas, contabilizar las horas de trabajo en cada lugar de explotación y visualizar en tiempo real el estado de las talas y el consumo de combustible. Aunque este tipo de empresas tiene la «delicadeza» de declarar que actúa en favor de la «ecoeficiencia», pues dicen reducir las emisiones de CO_2 de sus motores, estas máquinas están claramente concebidas para el extractivismo masivo. Sus nombres y características técnicas hablan por sí solos: buldócer forestal, arrastrador con gancho de 17 toneladas, taladora-apiladora que permite cortar los árboles por

pontones, taladora-cosechadora de 250 caballos con cabezal de tala multifuncional, autocargador de 19 toneladas y una taladora-araña, muy «espacial», para las zonas inaccesibles. Como cabe esperar, los atributos tecnológicos de esta flota de máquinas las preparan para la explotación de la madera para energía, ya que están concebidas para homogeneizar y fluidificar la tala, el desrame y, a veces, la trituración *in situ*, todo ello en el mismo tajo, con rapidez y sólo unos cuantos conductores-operarios. La madera recogida se carga, transporta, entrega, da igual la distancia.

No sorprende que cada vez más leñadores, tras habérselas visto con las palancas de estas máquinas de guerra, dejen el oficio y vuelvan al transporte de madera con animales y otros modos de trabajo en el bosque. Con esta otra visión del bosque trabaja la RAF, la Red de Alternativas Forestales que, desde 2008, experimenta con maneras de hacer y métodos de transmisión de saberes en torno al «bosque cultivado». En otro lugar, unos amigos montan un aserradero móvil con el fin de suministrar madera para la autoconstrucción en diversas zonas, y más allá se mantiene la ZAD de Notre-Dame-des-Landes. Cada vez más grupos se reapropian estas cuestiones en los territorios que habitan, coordinando tajos colectivos de tala o de construcción de armazones, organizando seminarios, encuentros entre especialistas, reflexiones sobre el imaginario general del bosque o los problemas materiales específicos que encuentran con sus bosques, allí donde viven. Quien ha experimentado esa sensibilidad no podrá nunca manejar motores de muerte con un *joystick*. No se construye una casa común

sin desligarse, en cierta forma, de toda esa estandarización letal del mundo.

Ya sea con respecto al grano, la biodiversidad o la leña, en el mundo de la economía, cualquier realidad se concibe reducida a «estándares». Pero hay que entender este sistema como un sistema tecnológico y, por lo tanto, bajo un prisma esencialmente político. Hoy en día, el poder se organiza en torno a lo que algunos sociólogos, como Andrew Barry, denominan «zonas tecnológicas». Se refieren así a espacios sin fronteras geográficas precisas, que tienen ciertos límites y una influencia real sobre el suelo, pero que no pueden definirse según la pobre dicotomía de lo «local» y lo «global». Esos espacios están hechos de distribuciones de maquinaria, redes, expertos, poblaciones, protocolos políticos que no pueden reducirse al concepto de Estados-nación, ni siquiera de unión entre esos Estados, sino que, más bien, los atraviesan de lado a lado, hasta hacerlos estallar. Cada una de esas «zonas tecnológicas» se define, más bien, como un *sistema de control* que se repite en «zonas de mediciones» (adopción de una métrica universal), «zonas infraestructurales» (instauración de un sistema tecnológico uniformizado y estandarizado) y «zonas de certificación» (puesto que ya no hay diferencias entre las normas y las infraestructuras, al coproducirse unas y otras a través de grupos de presión, aranceles, sellos de calidad, protocolos, etc.). Toda potencia imperial articula por consiguiente su poder no sobre una soberanía política, sino a través de las «zonas tecnológicas imperiales», y se define contra las oposiciones y las resistencias que encuentra frente a la

ordenación de esas zonas. Nuestra época, que no en vano se conoce como la de la «tercera revolución industrial», no puede pretender «unificar», es decir, «alcanzar un grado mínimo de armonización» en esas distintas zonas y subzonas, más que en la medida en que dichas zonas sigan dispersas, *descentralizadas* por principio.

Para entender la estrategia del sector energético actual, primero hay que considerar desde un punto de vista histórico lo que significa, en términos de «zonas tecnológicas», la diferencia entre la producción de carbón y la de petróleo. A finales del siglo XIX, con la extracción y la puesta en circulación del petróleo, se llevó a cabo, en efecto, una transformación logística capital. Hasta entonces, el transporte de carbón, desde las minas hacia los puntos de consumo, estaba gestionado por obreros a lo largo de una vasta red ferroviaria. Ese tipo de red podía ser víctima de un buen montón de problemas técnicos, como sabotajes, demoras, bloqueos o embotellamientos. En efecto, los obreros organizados tenían aún la capacidad de intervenir de forma directa en las infraestructuras de transporte de carbón. Hasta el punto de que en 1918, por ejemplo, una corporación de industriales mineros estadounidenses, la Rockefeller Foundation, se preguntaba cómo evitar que los poderosos sindicatos obreros paralizaran el país mediante el bloqueo de las vías férreas y las minas de carbón. Los obreros, gracias a sus conocimientos sobre los puntos de unión de la red, los lugares estratégicos de producción y las máquinas, podían, en efecto, sabotear el abastecimiento durante las largas huelgas de mineros y los duros conflictos que

marcaron el comienzo del siglo XX. La invención de los sindicatos de empresa supuso una forma «menos violenta» de poner fin a esos conflictos, ya que permitían a los obreros negociar su salario al mismo tiempo que les impedían afiliarse a los sindicatos independientes.

Pero fue la nueva logística petrolera la que resolvió el peligro del bloqueo obrero. La extracción de petróleo exige menos mano de obra y, además, ésta se queda en la superficie, por lo que a la empresa le resulta más fácil controlarla. El transporte de petróleo se lleva a cabo mediante estaciones de bombeo y oleoductos, lo que, al contrario de lo que ocurre con las vías férreas, hace más difícil el sabotaje o la ralentización de los flujos. Incluso aunque un oleoducto se perfore o corte, el tiempo de reparación es bastante corto. Igual que ocurrió en Chicago, donde el transporte de los sacos de grano vivió una transformación radical gracias al elevador automático, el transporte de los barriles de petróleo en carros de caballos hacia las estaciones de almacenamiento se sustituyó con rapidez por oleoductos. El petróleo puede transportarse con facilidad en contenedores a través de los mares. Fluye por gravedad y puede almacenarse en espacios más pequeños que el carbón. La máquina de fuel puede automatizarse. A diferencia de la máquina de vapor, no necesita caldera. Lo explica muy bien Timothy Mitchell en su estudio sobre los vínculos históricos entre el petróleo y el poder:

> Mientras que el movimiento del carbón tendía a seguir redes dendríticas, es decir, un tronco principal provisto

de muchas ramas, lo que creaba posibles atascos en distintos puntos de unión, el petróleo fluía a través de redes que tenían, en cambio, las propiedades de la red eléctrica: los posibles caminos eran múltiples y el flujo de energía podía cambiar fácilmente de vía para evitar los bloqueos o sobreponerse a las averías[56].

Con la automatización de la producción y de la circulación del petróleo a partir de la década de 1950, los obreros de las refinerías o de las fábricas petroquímicas se convirtieron en supervisores de flujos de materias, al mismo nivel que los técnicos de mantenimiento. Esta tendencia se fue aplicando por todas partes, en la industria automovilística, en las minas, en los ferrocarriles, en la siderurgia y demás sectores de la energía, hasta la robotización actual de las cadenas de producción de Apple o Amazon. De este modo se entiende mejor la estrategia de total fluidificación e integración de todas las materias primas disponibles en ese paradigma logístico. *La energía se vuelve informática, igual que la información se vuelve energética.* La automatización cibernética en curso de la producción eléctrica, a través de las redes inteligentes y la integración de las renovables en esas redes, es la continuación de ese programa histórico de neutralización de las posibilidades de bloqueo, en el que los obreros se han transformado, sin excepción, en «distribuidores».

[56] Timothy Mitchell, *Carbon Democracy. Le pouvoir politique à l'ère du pétrole*, París, La Découverte, 2013, p. 50.

El entusiasmo actual por las redes y la conectividad constante resulta incomprensible o irrelevante si estos conceptos no se analizan, a la vez, como *sistemas de seguridad* y como *mecanismos de anulación de toda eventualidad*. Lo que ocurre hoy en día con respecto a la fluidificación de las fuentes de energía en general y de la dendroenergía en particular, con la trituración de madera, los *pellets*, las calderas y las turbinas automatizadas, es exactamente lo que acontecía con los fisiócratas a propósito de las existencias de grano. Esas existencias no estaban pensadas solamente como *stock*, sino que iban ligadas a todo un conjunto de problemas, como la disposición de las ciudades, la carestía, las epidemias, los contagios, los disturbios, etc. Pero, si la gestión de las existencias de grano era una cuestión de disciplina, en la actualidad la gestión de los flujos es una cuestión de control cuyas palabras clave son: vigilancia, transparencia, interconexión. Sabemos que esas cuestiones atribulaban a los fisiócratas del siglo XVIII: cómo no intervenir en la circulación al mismo tiempo que se la controlaba, cómo separar el buen grano de la cizaña, cómo hacer que fuera de un punto a otro sin cesar, «pero de forma tal que los peligros inherentes a esa circulación queden anulados», como diría Foucault. Eso mismo es también lo que se pregunta cualquier ingeniero hoy en día a la hora de gestionar una red eléctrica: cómo circulan los flujos de electricidad, cómo evitar el apagón, la avería sistémica, cómo calcular un precio para el consumidor, cómo lograr que circulen juntos el bit y el vatio sin que haya un efecto de saturación. Esto no se piensa más

que en la medida en que toda esta circulación de información y energía se encuentra articulada en un modo de gobierno, pero, más aún, en la medida en que *se convierte en ese gobierno en concreto*. Al mismo tiempo que la administración de los seres humanos y las cosas se urde con infraestructuras, estandarizaciones, medidas, en pocas palabras, «zonas tecnológicas imperiales», ésta también implica una inmensa reconfiguración de las existencias y de las formas de concebir el mundo. La propaganda cotidiana no insistiría de manera tan masiva sobre la «revolución de las redes inteligentes» si no esperara con ello revolucionar, es decir, gobernar, todo un *ethos inteligente*, todo un abanico de maneras de hacer y concebir la vida compatibles con ese sistema carente de legitimidad. Sin embargo, es justo de ahí, del corazón de esa voluntad de «armonizar» lo que ya no puede armonizarse, de donde puede resurgir el conflicto político. ¿Y quién sabe qué figuras ingobernables podrían venir, en el marco de algún «tajo» o de alguna «revuelta», a hacer que se destape el fantasma liso y homogéneo de este mundo?

UN AFUERA ALCANZABLE

Esa mañana, el bosque no era más que un enredo de senderos y pensamientos perplejos. El rey Clodoveo se decía: «¡Ah, ciudad inalcanzable! ¡Me has enseñado a andar por tus calles rectilíneas y luminosas y heme aquí ahora, condenado a caminar por senderos tortuosos y enmarañados y perdido me hallo!».

ITALO CALVINO,
«EL BOSQUE-RAÍZ-LABERINTO»

Un asesor estadounidense en materia de estrategia militar, considerando el futuro de las guerras urbanas en el mundo, señalaba lo siguiente, en diciembre de 2006:

> Desde un punto de vista histórico, los polos más tenaces de resistencia a la civilización (no me refiero sólo a la civilización occidental) y las cruzadas religiosas (la yihad en Oriente) se han constituido en un marco que siempre ha evocado la tradición y la magia; me refiero al bosque. [...] Los bosques siempre han alzado un muro contra las nuevas formas de organizar la sociedad (o contra el progreso, y utilizo adrede esta palabra que ha caído tan en desuso). Incluso hoy en día, se ve que las regiones más apegadas a sus folclores y tradiciones son las de Europa

del Este, cubiertas de bosques. Tengo el gran temor de que, desde Karachi hasta Marsella, las zonas urbanas en las que se concentran las poblaciones humilladas y en cólera, en las que se congregan extranjeros e indeseables, se hayan convertido en los nuevos bosques del mundo: cada vez más impermeables a las ideas progresistas y donde ni siquiera la policía se atreve a aventurarse[57].

Hay que reconocer que este asesor habla claro. Más allá del cinismo habitual en este tipo de expertos, lo que aquí se dice llama la atención sobre una guerra ya antigua: la guerra entre los bosques y la civilización. Aquello para lo que se preparan los estrategas de la contrainsurrección, con cierto pavor, es, pues, el regreso del bosque al seno de las ciudades, al corazón mismo de las metrópolis. Como si su espectro viniera a atormentarlos de nuevo. Se lo repiten como para conjurar el sortilegio: la civilización se ha construido sobre las cenizas del bosque y seguirá alzándose contra él, contra toda su «violencia», su «obstinación», su «magia» y su «resistencia al progreso». Es propio de los imperios someter toda diferencia, negar todo lo que excede su comprensión. Hoy en día, incluso, no hay «plan de ordenación», «operación de pacificación» ni «guerra contra el terrorismo» que no opere del mismo modo para aplanar aquello que se le resiste. ¿Y no es un mismo y

[57] «Bienvenue dans les vrais guerres», entrevista con Ralph Peters, *Défense et sécurité internationale*, n.° 21, 2006.

antiquísimo miedo el que exhiben nuestros gobernantes cuando se aterran al saber de la existencia de una ZAD, de barrios y demás «espacios perdidos por el Estado»?

Sólo es posible entender este sistema doctrinal si nos retrotraemos hasta la historia de Roma. Porque su leyenda proyecta aún su sombra imperial sobre toda la Tierra. Es bien sabido que la ciudad de Roma nació de los claros que se abrieron en los bosques del Lacio. Pero no es tan conocido el hecho de que Roma tuvo que volverse contra esa matriz original para cumplir su destino de dominación. No podía tolerar que el «regazo salvaje» del que, sin embargo, había nacido subsistiera tan cerca del nuevo Orden que estaba implantando. El sacrificio original de los bosques, así como de su memoria, fue necesario para la edificación de la ciudad imperial. Quienes acudían a vivir en ella lo hacían también para protegerse de ese «afuera» que retumbaba ya en las puertas de la ciudad. De manera que el espacio civil, el espacio del «adentro», se definió estrictamente por oposición a ese bosque convertido en amenaza. Enseguida se entiende en qué medida la *res publica* constituía para la Roma imperial no tanto un espacio plenamente positivo como una forma de exilio fuera de las comarcas salvajes. La *res publica* es el lugar institucional que protege de la *res nullius*, es decir, la zona del no-derecho, el espacio de lo salvaje. El bosque y la ciudad quedaban enfrentados, el uno a la otra, de esta forma tan rigurosa. Los bosques se denominaban *locus neminis*, lugar que no pertenece a nadie y del que, por lo tanto, el poder imperial podía adueñarse. Inglaterra, Italia, España,

Galia, la cuenca mediterránea: todas estas regiones estaban cubiertas de bosques y habitadas por otros pueblos, claro está, otras lenguas, otras costumbres, otros estilos singulares. Pero, en calidad de *res nullius*, eran apropiables a voluntad. La Roma imperial sólo pudo ampliar su poder hasta ese nivel destruyendo los bosques y colonizando enormes regiones mediante la imposición de su modo de vida «universal». Como señala de forma admirable Robert Harrison:

> Los bosques suponían obstáculos para la conquista, la hegemonía, la homogeneización. Eran, en una palabra, refugios de independencia cultural. Una suerte de zonas de transición que permitían el desarrollo local de las comunidades; de ahí que sirvieran para localizar el espíritu del lugar. [...] En el intento de ampliar su imperio al universo, los romanos encontraron el medio de devastar o atravesar esa extensión opaca de bosques. Lejos de ser simples invasores que desaparecían tras el saqueo y el pillaje, fueron constructores de carreteras, de vías imperiales, de una amplia red unificada y administrada de «telecomunicaciones». Gracias a su administración, pudieron someter a sus colonias, tanto próximas como lejanas, al orden soberano de sus instituciones[58].

La doctrina contrainsurreccional contemporánea sigue aún atravesada por esta leyenda imperial, sobre todo

[58] Robert Harrison, *op. cit.*, p. 87.

a la hora de reiterar el relato original de la oposición entre lo «salvaje» y lo «civilizado». En la actualidad, quien no se adapte al *ethos civilizado* —ya sea «alborotador», «zadista» o «elemento violento»— se considerará «terrorista». El mezquino imaginario de esta doctrina se ha construido sobre ese bloque mitológico y sobre un chantaje: o estáis en el lado del orden o estáis en el lado del caos. Pero lo que esta alternativa pretende enmascarar y neutralizar es la fuerza que se desarrolla en un *afuera* que, a su vez, ostenta el poder. *Un afuera que no sea una utopía, sino que sea alcanzable.* Tantos lugares, tantos espacios que, fuera de la civilización, puedan ser habitados por todos aquellos que, juntos, huyen de ella.

Aunque el Imperio romano se esmeró en arrasar los bosques para satisfacer las necesidades de su civilización, no pudo llevar su funesto proyecto hasta el final. Los inmensos bosques de Europa del Norte cubrían aún el continente con su copa protectora, abrigando comunidades que se beneficiaron del declive inevitable de Roma. Para el nuevo orden social medieval, los bosques estaban *foris*, en el exterior. Allí es donde vivían los bandidos, eremitas, santos, monjes mendicantes o errantes, estudiantes itinerantes, trovadores, poetas cortesanos, adivinos y quiromantes, herejes, peregrinos, hombres de Dios, desertores, maestros y aprendices, esclavos huidos. Para todos ellos, escapar de la sociedad era encontrarse en el bosque. El poder de la Iglesia cristiana, como perpetuación del poder romano, aspiraba a unificar los territorios bajo el signo del hijo de Dios, ese nuevo emperador sobre la Tierra. Al

igual que la Roma imperial, la Iglesia era fundamentalmente hostil a ese afuera boscoso. La civilización cristiana ha pasado, desde luego, por controversias internas, ya fueran sobre la «trinidad» o sobre los «universales», pero su resistencia frente a la alteridad heterogénea y su guerra contra el paganismo asociado a la naturaleza fueron constantes. Harrison lo subraya en un pasaje esclarecedor de su ensayo:

> Desde un punto de vista teológico, los bosques representaban la anarquía de la materia, con todas las imágenes de oscura incompletitud asociadas a ese concepto neoplatónico que enseguida adoptaron los Padres de la Iglesia. Los bosques, como oposición al mundo piadoso, eran considerados por la Iglesia los últimos bastiones del culto pagano. En los tenebrosos bosques celtas reinaban los druidas; en los bosques de Alemania estaban los lugares sagrados en los que los bárbaros infieles se entregaban a ritos paganos; en esos bosques nocturnos, ocultos para la ciudad, los brujos, los alquimistas y los salvajes supervivientes del paganismo tramaban sus fechorías[59].

Aunque el poder teológico tenía miedo de los bosques, se abstuvo, por fortuna, de talarlos de forma masiva, al contrario de lo que hizo Roma. En el corazón de sus espacios, apartados de la ley civil y religiosa, una cierta memoria popular podía perpetuar los lazos culturales con el

[59] Ibíd., p. 99.

pasado pagano, algo así como una relación *orgánica* con el mundo. Los propios ascetas y los eremitas encontraban allí, en aquella presencia plena, su lugar de retiro fuera de la sociedad.

El medievalista Paul Zumthor nos lo señala con gran agudeza en su estudio sobre las representaciones históricas del espacio:

> Omnipresente, tanto en la existencia concreta de los hombres de entonces como en las formas más constantes de su imaginación, el bosque les ofrece no tanto el espectáculo vertiginosamente vacío de los desiertos como una plenitud terrorífica: queda así designado como un aspecto del caos. [...] En su realidad geográfica y biológica, el bosque constituye una inmensa matriz, fuente en apariencia inagotable de vida indómita. Las civilizaciones sucesivas se han ido haciendo con él y contra él, han ido desbrozando a sus expensas sus lugares propios. [...] El bosque es el «no lugar» del bandido, del caballero felón, del siervo rebelde, de todos los forajidos. Hospeda, es verdad, a sus solitarios inofensivos en calidad de *recet* (al mismo tiempo «refugio» y «retiro»), sus habitantes amistosos, pero allí se escucha el merodeo de Dios sabe qué monstruos apenas humanos, enanos funestos o gigantes sanguinarios. El bosque es el espacio en el que se despliega la locura, que la opinión medieval asocia al «salvajismo»[60].

[60] Paul Zumthor, *La Mesure du monde*, París, Seuil, pp. 64-67. Trad. cast.: *La medida del mundo*, Madrid, Cátedra, 1994, pp. 64-67.

En esta visión de la Edad Media había, sin embargo, una cierta «labilidad» asociada a la figura de un exterior al mismo tiempo próximo, matricial y cotidiano. Aunque se lo tema, ese allá nunca está muy lejos. Es posible incluso hacerlo entrar en uno mismo. Los carnavales, las fiestas, los rituales, la presencia mágica son, en definitiva, signos manifiestos de esa posibilidad. El límite mismo entre el «aquí» y el «allá» es difuso, poroso. Con el paso de los siglos, su separación tendrá que ser definitiva. Y, a partir de ahí, ya no habrá espacio para el límite íntimo entre el yo y el mundo, como tampoco habrá por qué temer a un bosque perfectamente medido y geometrizado. El poder de la civilización debía despoblar ese «espacio diferente» para conquistarlo, pero también para erradicar los imaginarios y los gestos que llevaba aparejados. Hoy en día, la manera misma que tenemos de medir el mundo, de representárnoslo como una extensión *homogénea* y *continua*, mediante la cartografía por satélite, la visión total y en tiempo real de la Tierra se ha conformado contra el orden simbólico de ese «allá», contra ese «caos», siempre demasiado múltiple, ambivalente, híbrido, siempre demasiado singular. La «mentalidad nómada de la Edad Media», como analiza Zumthor, era un pensamiento práctico de lo múltiple, menos preocupado por establecer un espacio abstracto y homogéneo que por disponer de maneras heterogéneas e íntimas de relacionarse con él. El espacio se vivía como una *fuerza* y no como un entorno neutro. Esto es lo que hizo que, a pesar de los numerosos clareos llevados a

cabo durante la Edad Media, el bosque pudiera encontrar una potencia simbólica y una relación más orgánica que predadora con ciertas comunidades.

Frente a la mirada universalizadora de lo civilizado sobre lo salvaje, lo que debe importar no es la imagen de un afuera absoluto, sino la parte de *porosidad* entre los mundos que prometen esos lugares que son los bosques (así como el resto de espacios liminares: las montañas, las landas, las ciénagas, las orillas...). Allí donde se difumina el bandido, el campesino, el animal, el hombre, la bruja, el hada. El peligro para el orden civilizado no serían tanto las propias zonas de sombra —pues se adapta bien a las zonas de relegación en sus periferias— como la elaboración subversiva que permiten esas zonas y la forma en que la aprovechan quienes viven en ellas. Al fin y al cabo, el bosque no es un espacio situado en un «allá» improbable en relación con el mundo, sino una *relación singular que surgió en el corazón del mundo*, entre los seres, entre los reinos.

El antropólogo y helenista Jean-Pierre Vernant ha analizado una de las formas más importantes del bosque como lugar privilegiado de las fronteras, de las apariencias o, más en concreto, de la *indistinción*. En la Grecia antigua, una figura constituye su insignia mitológica: Artemisa, diosa de la caza y del mundo salvaje. «Que todas las montañas sean mías», declara Artemisa en el *Himno* que le dedica Calímaco. Indica que no descenderá a la ciudad a menos que se la necesite. Aparte de los montes y los bosques, habita todos los otros lugares que los griegos

denominan *agros*, es decir, las tierras no cultivadas, que, más allá de los campos, dibujan las lindes del territorio, como las ciénagas y las lagunas. Artemisa reside también en el borde del mar, en las zonas costeras, allí donde los límites entre la tierra y el agua son imprecisos. Más que en espacios del todo salvajes, desligados de cualquier relación con la ciudad y las tierras de cultivo, Artemisa está presente en los confines, las zonas limítrofes, las fronteras en las que el afuera se manifiesta en el contacto que los hombres mantienen regularmente con él.

Como imagen simbólica del bosque, la figura de Artemisa es *proliferante*. No preside sólo franjas fronterizas, sino también los cambios de estado (de joven a adulto, el parto, la caza, la guerra, el sacrificio de bestias salvajes). Su papel desestructurante en relación con las categorías de «civilizado» y «salvaje», de «igual» y «diferente», de «rostro» y «máscara» se evidencia en el combate mediante los dones de la astucia. En *Figures, idoles, masques*, Jean-Pierre Vernant escribió:

> Los vínculos de Artemisa con la guerra aparecen menos en los conflictos normales que en las guerras de devastación total, cuando lo que está en juego ya no es la victoria de una ciudad sobre su adversario, sino la supervivencia de una comunidad humana en su conjunto. En esos casos «extremos», la diosa actúa por medio de una manifestación sobrenatural que enturbia el funcionamiento normal del combate. A unos les provoca ceguera (a través de la neblina, la noche, la nieve), con lo que el entorno

se vuelve a sus ojos irreconocible y extraño. A otros les ofrece, en cambio, una suerte de hiperlucidez; a veces los guía, sin que el enemigo pueda verlos, por caminos secretos, les inspira una maniobra astuta, una operación de engaño[61].

El enturbiamiento que ofrece Artemisa, la ruidosa, deidad de las fieras, puede conllevar, pues, para quien sepa ganarse su protección, unas tácticas inéditas.

Pero, al igual que los bosques que simbolizaba, Artemisa, diosa de la abundancia, fue destruida. Su templo se hundió con la ciudad de Éfeso. Ese gran puerto, una vez invadido por el fango generado por la erosión de los suelos inundados, ya no podía recibir a los navíos. Tanto los griegos como los romanos, deseosos de ampliar sus imperios, contribuyeron a la devastación de una gran parte de la cuenca mediterránea, al desbrozar los suelos de manera sistemática. La pérdida de la masa forestal, la intensidad de la labranza, la erosión de los suelos por acción del viento y la desertificación desembocarán en los paisajes desnudos que conocemos hoy en día. Platón ya describía las colinas arrasadas alrededor de Atenas como el «esqueleto de un cuerpo descarnado por la enfermedad». En este caso, la deforestación se debió a las necesidades de la marina ateniense. Cuanto más crecía la civilización, más devoraba el suelo y con mayor rapidez se encaminaba

[61] Jean-Pierre Vernant, *Figures, idoles, masques, Œuvres complètes*, vol. 2, París, Seuil, 1990 p. 1627.

hacia su propia pérdida. Esta colosal iniciativa de deforestación iniciada por griegos y romanos fue, quizá, una de las primeras catástrofes medioambientales de nuestra época, e inauguró un vínculo desastroso, que no cesará de afirmarse a lo largo de la historia, entre «colonización» y «crisis ecológica».

Es un hecho: la expansión del Imperio romano fue posible por el gigantesco despliegue de sus infraestructuras (acueductos, termas, carreteras, moneda...), pero también gracias a la guerra contra los bosques (al mismo tiempo, por la siembra de enormes campos de cereales y por la deforestación masiva de zonas propicias a los ataques sorpresa durante las rebeliones). Los emperadores tenían la función de administrar estas grandes redes de comunicación, que favorecían una economía ya muy especializada y que exigían, para su funcionamiento, un enorme sistema impositivo, pero, sobre todo, el mantenimiento de infraestructuras tales como carreteras y puentes, indispensables para la circulación de tropas militares y enviados gubernamentales. Sin embargo, esta economía resultaba frágil por su misma complejidad, ya que todo el sistema manufacturero de bienes de consumo y medios de comunicación (cerámica, tejas, moneda, barcos, carretas, hostelería) basaba su poder en las cadenas de aprovisionamiento entre especialistas que trabajaban, en ocasiones, a centenares de kilómetros. Con el hundimiento del imperio, se hundieron también sus infraestructuras y este sistema en red. La sofisticación de la economía romana había destruido las destrezas locales, que habrían podido

servir como alternativas a esa organización ya demasiado *sistémica*. Tras la caída del Imperio romano, hicieron falta siglos para que la población recuperara no ya el desarrollo técnico romano, sino, simplemente, las técnicas prerromanas. Algunos historiadores y arqueólogos, como Bryan Ward-Perkins, sostienen la hipótesis de que nuestra civilización occidental actual está aún muy influida por ese modelo de complejidad infraestructural, lo que la aboca, justo igual que con Roma, y de manera inexorable, al hundimiento.

Sin embargo, ese hundimiento material no fue más que el reverso de un hundimiento espiritual. Así, la fobia a los bosques podría entenderse también como una *mutilación del alma* que afectaba a la civilización occidental, a semejanza de las tierras yermas, sin árboles, que había engendrado. Allí donde la vida ya no parece tener sentido, donde toda verdad aparenta hundirse en el cinismo, la soledad de las almas no tiene más equivalente que la desolación de las tierras arrasadas.

Hoy en día, esta civilización no puede siquiera consolarnos por la pérdida de lo que ha destruido. Su comodidad, sus leyes y su «naturaleza conservada» se vuelven cada vez menos deseables en vista de la acumulación de ruinas que ha producido. La salvación que pretende ofrecer no es más que el dominio bruto que impone sobre todas las formas salvajes de la vida. Pero el hecho de que esa vida salvaje, justamente, esté regresando a ciertas ciudades abandonadas por la industria puede augurar una respuesta de las fuerzas vitales, manifestadas por otros

tantos terrenos baldíos que se transforman en huertos comunitarios, como en Detroit, por ejemplo. En la ciudad belga de Mouscron, un antiguo huerto comunitario para obreros se ha convertido en una jungla en la que crecen más de mil árboles frutales y a la que acude la gente para aprender sobre permacultura. Los ejemplos son innumerables y se multiplicarán. Frente a una civilización que está llevando este planeta a la catástrofe, apostemos por esa vuelta de lo *rural* que celebran los movimientos de reapropiación de tierras o el que ve la luz en las ZAD.

Presenciamos cómo surgen nuevos movimientos contestatarios, protestas e insurrecciones en todo el mundo, que parecen traer de vuelta algo *salvaje* al corazón de aquello que llevaba siglos intentando erradicarlo. ¡Cuántos nuevos brotes surgen en el hueco de la desolación!

EMBOSCADURA, SECESIÓN

Dado que toda forma de vida delimita en la realidad un estrato que convierte en su «territorio» y que el bosque es, por supuesto, el lugar en el que proliferan las formas de vida, los bosques no pueden figurar sobre «el» territorio, por la sencilla razón de que son la refutación práctica de su unicidad. El bosque es proliferación de territorios.

«TESIS SOBRE LILLE 2004»,
en *LA FÊTE EST FINIE*

Ernst Jünger ofreció en 1951 una definición política del bosque como el lugar del rebelde, del *Waldgänger* (término que significa, literalmente, «el que camina por el bosque»). Durante la Alta Edad Media escandinava, el *Waldgänger* era un proscrito que se refugiaba en los bosques, donde llevaba una existencia difícil y peligrosa, pues podía ser abatido por cualquiera que se lo encontrara. Pero Jünger precisa, en *La emboscadura*, que la figura del bosque debe verse, desde el principio, como un terreno de acción, un espacio concreto en el que el rebelde, el partisano, puede oponer resistencia, y tanto «en los matorrales o en los desiertos como en las ciudades». Si el rebelde se embosca, no es para refugiarse en una cabaña

solitaria, sino para recuperar fuerzas y reagrupar pequeñas tropas.

El rebelde sigue estimulando los imaginarios populares. Pensemos en Robin Hood. Incluso la industria del cine lleva décadas obsesionada con el «rebelde», para lo bueno y para lo malo. Siempre con ese aire nostálgico de revuelta individual contra un «orden injusto» que habría que tumbar para volver a un improbable pasado virtuoso. Hasta nuestros días, cuando aparece la figura del «rebelde ecológico». En el taquillazo *Avatar*, el piloto Jake Sully, antes parapléjico, decide luchar junto al pueblo na'vi para proteger su bosque-deidad Eywa de una compañía minera y su armada paramilitar. Expulsado del ejército, traidor a su especie, se encuentra solo en mitad de un bosque reducido a cenizas por los misiles. Y pronuncia entonces esta frase tan reveladora: «Un paria, un traidor, un alienígena. Estaba en el lugar que los Ojos no ven». Más allá de este imaginario hollywoodiense, por lo demás bastante pobre, se trata de comprender que el *Waldgänger*, el forajido, el bandido, el hombre lobo o, en cierto modo, el niño salvaje son figuras *límite* de la política.

«Límite», en este caso, no significa allí donde algo se cierra sobre sí mismo, sino, al contrario, allí donde comienza a existir. El límite no es administrativo ni identitario, sino *espeso*. Los bordes sobrepasan siempre las entidades que supuestamente han de separar. Albergan, pues, otra percepción del mundo. Desde el espacio del bosque, desde su asilvestramiento, el ser humano se ve afectado por algo que está más allá de lo humano, el individuo se

ve atravesado por algo ajeno a sí mismo. Quizá un destino animal o hechicero, por medio del cual no regresa a un «origen» cualquiera, sino que se ve *atravesado* por una memoria colectiva, con sus usos, sus vínculos, su magia. Una magia que no señala una línea clara entre dos mundos llamados a permanecer separados, sino que revela las sutiles relaciones que éstos mantienen. Como si el exilio, la ruptura, la huida del *Waldgänger* permitieran conformar un exterior, pero *un exterior desde el que una fuerza puede nacer y crecer.* A partir de esta hipótesis, el espacio del bosque puede concebirse no ya como una *extensión,* una simple superficie, sino como un espacio lleno de *intensidad,* radicalmente político. Así lo demuestra, en los usos populares, la figura del «hombre de los bosques» o, más en concreto, del «hombre en los bosques»: una figura que ya no sería el símbolo de una exclusión eterna, como un pedazo de «naturaleza» sin vínculo alguno con la comunidad, sino, muy al contrario, un umbral de indiferenciación y de paso entre el animal y el ser humano, el bosque y el pueblo, la máscara y el rostro, lo invisible y lo visible. En algunos carnavales populares de los Pirineos, el oso era una matriz de hibridación, a través del disfraz, entre el hombre y el animal.

La suerte del «hombre asilvestrado» es, paradójicamente, vivir en esos dos mundos a la vez y ganar así una astucia, una valentía, una audacia fuera de lo común. Igual que ocurría en el caso de Artemisa, diosa del mundo salvaje, cuando se habla del bosque, de la *figura* del bosque, hay que prestar atención a este juego y a estos umbrales.

No se trata de momentos de delimitación en una u otra categoría —demasiado hombre o demasiado animal—, sino de una forma de volver *transitorias* determinadas identidades y *porosas* determinadas fronteras. Pensemos en esas zonas «fuera del derecho», esas zonas de cabañas en los linderos del bosque, pero cerca de aldeas campesinas, donde vivían los trabajadores nómadas de los siglos XVII y XVIII en el oeste de Francia: leñadores, carboneros, carreteros, cortadores, serradores, zuequeros, carpinteros. Había allí un *pueblo de los bosques* que no dejaba de circular de tajo en tajo ni de organizarse en bandas, a veces armadas, para llevar el contrabando, negarse a pagar por la tala, los derechos sobre la sal o las bebidas. Un informe de un inspector de Aguas y Bosques de la época se quejaba de no poder poner orden, de tan natural que le parecía la sedición a aquella «especie de República que no tiene disciplina, que no conoce maestro alguno y que no paga al rey ni la tala ni el impuesto a la sal, como tampoco ningún otro gravamen»[62].

Lejos, pues, del mito de una esfera monstruosa o de un espacio vacío, el bosque siempre ha estado habitado y algunos de sus moradores, dispuestos a defenderse y organizarse. Lo fundamental es pensar, pues, cuándo y cómo se alza sobre sí misma la emboscadura para convertirse en movimiento de secesión, de proliferación, de desbordamiento. La cuestión esencial pasa a ser la siguiente: ¿en qué medida lo que en principio era un retiro se transforma

[62] Emmanuel Dion y Sébastien Jahan, *Le Peuple de la forêt*, Rennes, PUR, 2003, p. 17.

en un impulso más amplio? ¿En qué medida unas formas de resistencia crecen hasta ser una fuerza insurreccional? Dénètem Touam Bona ha escrito cosas importantes sobre las formas de resistencia inéditas de los esclavos cimarrones en grandes regiones del mundo como el océano Índico, la Amazonia, el Caribe, el sur de Estados Unidos. Contrariamente al cimarronaje de la clandestinidad, en el que la persona no se evade de la sociedad esclavista, sino que trata de integrarse en ella como individuo libre (recurriendo a la falsificación de documentos oficiales, la distorsión de identidades, etc.), el cimarronaje de secesión es una huida colectiva en la que se produce una retirada al bosque para constituir una comunidad en un «espacio distinto», una heterotopía, podría decirse. Ese espacio sigue *en contacto* con el enemigo: hay razias, emboscadas, huidas y ataques relámpago, trueques, raptos de mujeres, tratados oficiales. Necesita tantos *puntos de anclaje* como *puntos de vida*. La secesión cimarrona es, en este sentido primordial, la creación de un territorio:

> Con la secesión cimarrona, la resistencia al sistema esclavista (sabotajes, suicidios, veneno, etc.) cambia su teatro de operaciones. Es una resistencia «territorial»: se apoya en un territorio laberíntico cuyos meandros y accidentes constituyen otros tantos aliados naturales para los rebeldes. El cimarrón no huye, se escabulle, se zafa, se desvanece y, con su retirada, se metamorfosea y surge, así, un «afuera»: el quilombo, el palenque, el mocambo, el *kampu*, el «país

> de afuera», el *péyi an déyo*[63]... La máquina cimarrona no es una máquina de guerra más que en la medida en que es una máquina de desaparición. Y el bosque constituye el espacio privilegiado de esa desaparición[64].

Para la secesión cimarrona, se trata, pues, de camuflar a la comunidad bajo la cubierta forestal. Una geografía distinta, radicalmente opuesta al espacio esclavista de la plantación, permite encontrar un abrigo entre los barrancos, las colinas, los bosques húmedos y frondosos, las ciénagas, los manglares. Lo esencial para esa comunidad fugitiva de cimarrones es seguir siendo furtiva y escapar tanto a las miradas como a los equipos de captura coloniales. El bosque ofrece un refugio al mismo tiempo que constituye un lugar de vida privilegiado. El repliegue inicial de la huida colectiva se transforma en un despliegue, en una nueva forma de vida, en una nueva cultura. Los cimarrones de las Guayanas se denominaban a sí mismos *bushinengués*: los hombres del bosque. Resulta igualmente revelador que los términos bantús de «quilombo» (sociedad de iniciación guerrera) y «mocambo» (escondrijo) hagan referencia a algo así como una comunidad de retiro colectivo, pero también a una comunidad dispuesta a presentar batalla. Los palenques de las Américas hispánicas aluden, por su parte, a los campamentos

[63] «País de afuera» en criollo haitiano, del francés *pays en dehors*. (N. de la T.).
[64] Dénètem Touam Bona, «"Negros cimarrones 3". Résistance culturelle et sécession en terre d'esclavage», *Africultures*, marzo de 2005. http://africultures.com/negros-cimarrones-3-3704/.

atrincherados de cimarrones, protegidos por una empalizada de postes.

Igual que el *Waldgänger*, el cimarrón se ha emboscado para conquistar su libertad, pero lo hace de manera deliberada y colectiva. El cimarronaje, mediante mil estratagemas, consiste en organizar la huida o, más bien, organizar el proceso de *hacer huir*. Es, en esencia, crear un afuera, una zona liberada que debe defenderse, atacar a veces. Pasar de presa a depredador. Pero sin erigirse en máquina de guerra separada del resto de la comunidad. La fuerza de esta secesión reside en procurar no complacerse sólo en esa vida, en ese «país de afuera», desligándose del resto del mundo, sino en inventar de manera comunitaria saberes y técnicas, entre los hermanos y hermanas del bosque, los indígenas que vivan allí. Las comunas cimarronas no tienen nada de étnicas, sino que su composición es por completo *heteróclita*, es decir, «sería el desorden que hace centellear los fragmentos de un gran número de órdenes posibles»[65], de acuerdo con la poderosa definición de Foucault. Para ellas los bosques no son sólo un refugio; en ellos surge otra relación con el mundo, espacios irreductibles entre sí y en absoluto superponibles ni mensurables. Algo así, precisamente, como un *centelleo*, listo para golpear. «Los guerreros cimarrones, fugitivos, sólo persisten en la existencia desapareciendo de ella; de su desaparición hacen un arma de muchos filos. En su movimiento

[65] Michel Foucault, *Les Mots et les Choses*, París, Gallimard, 1966, p. 9. Trad. cast.: *Las palabras y las cosas*, México, Siglo XXI editores, 2009, p. 9.

perpetuo de retirada y ataque, los acompañan, los sostienen y participan en el combate mujeres, niños, ancianos y espíritus; toda una diáspora en movimiento de donde surgirán formas de vida inéditas»[66].

No sorprende que los poderes en vigor hayan mantenido siempre una lucha implacable contra la figura singular del cimarronaje, aplicando para ello la deforestación. Talar el bosque es, por supuesto, talar tanto la memoria viva de esos lugares como la posibilidad material de llegar a ellos.

Nosotros no somos esclavos cimarrones, pero somos muy conscientes de que una situación común nos une de manera imperceptible, a pesar de las épocas. Dénètem Touam Bona lo ha visto con claridad: se trata de inventar nuevas formas de cimarronaje en el momento del «marcaje cibernético que se aplica tanto a las mercancías que transitan por las cadenas logísticas como a los animales salvajes que surcan las reservas naturales y a los humanos que utilizan las redes de transporte urbano»[67]. Desbaratar los sistemas de captura, practicar la evasión y la deserción, así como constituir una fuerza común, podría ser, quizá, nuestro proceso de convertirnos en cimarrones.

Pero nuestra época es, cuando menos, paradójica; una época que, a su vez, se zafa de todo agarre, que tan bien sabe prevenir los desbordamientos, que nos deja sin tierra bajo los pies y vuelve el aire tan «peligroso». Nos

[66] Dénètem Touam Bona, *Fugitif, où cours-tu ?*, París, PUF, 2016, p. 82.
[67] Ibíd., p. 115.

indignamos por la deforestación de la Amazonia, el pulmón de la Tierra, mientras que cada día, mucho más cerca de donde vivimos, un proyecto masivo de asfaltado de los espacios «menos mutilados» nos deja sin apenas nada que *respirar*. No se derrama tanto hormigón armado sobre toda la superficie del planeta sin asfixiar con ello la vida misma. La conexión de tantos no-lugares sólo podía dar paso a una colosal circulación de la tristeza, desde los vestíbulos de los aeropuertos hasta los parques eólicos, desde las centrales eléctricas hasta las talas rasas, desde un aparcamiento de supermercado hasta un área de servicio de autopista. Se trata de una colonización, pero una «colonización reticular». Algunos geógrafos han avanzado la hipótesis de que, cuanto más se cierra el entramado de redes y más crecen las vías de comunicación, más estrechan su asedio al paisaje las planificaciones territoriales y menos garantizada está la continuidad biológica entre las «vacuolas» de biodiversidad que quedan. Por el contrario, cada vez que salta una malla, podemos decirnos que una vida orgánica recupera sus derechos sobre los terrenos desatendidos por la planificación territorial. Planteemos nosotros también una hipótesis: si cortáramos en distintos puntos del territorio las mallas de estas redes, podríamos lograr que reapareciera una posibilidad de comunicación entre las «vacuolas territoriales». El bosque se entiende aquí como herramienta para seccionar las mallas de esa red y, sobre todo, para permitir que se comuniquen los espacios así liberados. Desde hace varios años, existen propuestas, sin duda, que se desarrollan en torno a esta

idea, que buscan otras formas de resistencia, qué respirar, cómo liberar nuevos espacios, cómo responder. Y esto está pasando por todas partes, en lo que queda de «campos» o de «ciudades», como temen los estrategas de la contrainsurrección urbana.

El bosque está volviendo, por supuesto. *Pero el bosque no vuelve como un fantasma: vuelve como una fuerza que desea, plena de sí misma*. Lo que se prepara allí, una zona liberada o una revuelta, no es un «caos», ese fantasma occidental que legitima cualquier orden. El bosque tiene una textura de lo más particular, a la vez telúrica, arraigada, pero también extremadamente movediza, imprevisible, como si creciera a partir de sus *centros irreductibles*, al igual que de sus *líneas desbordantes*. Podríamos decir que hay bosque allí donde hay resistencia, allí donde hay rebelión contra los estragos que genera esta civilización. Hay bosque allí donde ya no se puede soportar la miseria existencial generalizada, esta neutralización preventiva de toda vida. Hay bosque en los corazones y en las mentes.

EL NUEVO NOMOS DE LA TIERRA

La energía es nuestro futuro, ¡no la desperdicies!

EDF

¿Cuándo vas a pasarte a la electricidad verde?

ENGIE

Una energía 100% renovable, un modelo sobrio de energía, local, organizado en el marco de una gobernanza compartida, transparente y democrática.

NÉGAWATT

Cuando millones de pequeños productores anhelan el sol, el viento, la geotermia, la biomasa, todas estas cosas, puestas una detrás de la otra, crean la economía lateral.

MAÑANA (DOCUMENTAL)

¡Es extraordinario! Aquí, en China, tenéis el pasado y el futuro, el carbón y los paneles solares. ¡Es increíble! Y China se ha convertido en el principal inversor en energía limpia.

LOS AÑOS QUE VIVIMOS PELIGROSAMENTE
(SERIE DOCUMENTAL)

Si, durante la Cumbre del Clima de París, se consigue alcanzar un acuerdo, se estará abriendo una ventana para una transición hacia un planeta estable. ¡Ahora sabemos que las soluciones de alta tecnología y limpias funcionan!

FISHER STEVENS,
BEFORE THE FLOOD (DOCUMENTAL)

La economía en crisis está inventándose una suerte de pseudolegitimidad mediante la transición energética. Por todas partes hay que construir las nuevas autopistas de la electricidad, modernizar la red, generalizar los comportamientos de «cero emisiones». La salvación de esta civilización, nos repiten, vendrá de la conversión planetaria mediante la transición ecológica.

Si el gran relato de la economía verde cumple hoy la función de única «solución ante la crisis climática», es sin duda porque este cuento oculta el verdadero plano sobre el que opera: la economía como forma concreta de gobierno. Tal como está pensada, la transición energética es, en un sentido estricto, una *etapa* económica bien definida, en ningún caso una alternativa cualquiera y, mucho menos, una salida del modelo actual. Es una etapa en el sentido en el que el economista estadounidense W. W. Rostow —anticomunista acérrimo, defensor de la Guerra de Vietnam, consejero especial de Seguridad Nacional durante la década de 1960 en la Casa Blanca y profesor de Economía en el MIT— daba a este término en una obra aún influyente: *Las etapas del crecimiento económico.* A lo

largo de una línea recta de modernización para él «inevitable», Rostow desglosaba así la progresión de las sociedades «menos desarrolladas» hacia las «más desarrolladas»: 1) la sociedad tradicional no económica, 2) la transición o condiciones previas al despegue económico, 3) el despegue como tal, 4) la marcha hacia la madurez y 5) la era del consumo de masas. Rostow no puede ser más explícito: la fase de transición, que tuvo lugar en Europa hacia finales del siglo XVII y comienzos del XVIII y que permitió el despegue indiscutible de la economía, se produjo gracias a la modernización de la agricultura y la extracción de materias primas, pero ello sólo fue posible mediante la instalación de infraestructuras estratégicas: ferrocarriles, puertos y carreteras, y por la transferencia «forzosa» de los ingresos desde quienes poseían la tierra hacia quienes construían las carreteras y las fábricas, en una diversificación del trabajo cada vez más especializada.

El ser humano moderno deberá considerar el «entorno físico» no como un «factor dado por la naturaleza y la providencia», sino como un «mundo ordenado» que puede manipular de manera racional. La etapa de la transición se engendra, pues, en el dolor de un «arrancamiento necesario» del modo de vida tradicional y sólo se impone a costa de una aceptación total de las nuevas funciones sociales. Rostow describe, como perfecto economista, el organigrama de esta sociedad en marcha: se necesitarán suficientes ingenieros capaces de entender y aplicar la ciencia moderna, suficientes individuos capaces de «asumir los riesgos del mando», suficientes banqueros que

presten fondos a los empresarios. Será necesario, sobre todo, que «la población en su conjunto» acepte ser formada para que funcionen todos los engranajes de un sistema que, por muy democrático que se presente, advierte, confinará al individuo «en organizaciones grandes y disciplinadas que le asignan tareas especializadas, limitadas y repetitivas». Una visión escalofriante del mundo, que desde entonces sólo ha ido en aumento. He aquí la «transición» contra la que la buena gente se estrellará, tarde o temprano. Más que a un «cambio de sociedad», este etapismo económico nos conduce a una *movilización total.*

En la línea del discurso colonialista, Rostow interpreta el uso del poder militar imperialista como una manera de «llenar un vacío, es decir, organizar una sociedad tradicional incapaz de organizarse por sí sola». Al desarraigo de las culturas campesinas de Europa se suman de forma inevitable —en la misma época, entre los siglos XVII y XVIII — el abastecimiento y la extracción de recursos en las colonias ocupadas militarmente, con el fin de «permitir la organización racional del comercio». La transición, como etapa, no es, pues, una salida hacia un sistema más virtuoso, sino sólo una secuencia de la propia economía, en la que la extracción de nuevas materias primas y la instalación de nuevas infraestructuras son una necesidad absoluta, lo cual exige una policía en armas.

Si esta verdad puede aún «desagradar», es, sin duda, porque de algún modo no se ha olvidado que, en su sen-

tido y alcance primigenio, «economía» significa «ocupación». La eco-nomía, el eco-nomos, es la *medida* de la tierra que, invariablemente, supone una *toma* de la tierra. La economía como ocupación necesita, para anclar su poder, un «sustrato» a partir del cual su orden se vuelve perceptible desde un punto de vista *espacial*. Se trata de racionalizar el espacio, es decir, de reducirlo a sus planos y sus cálculos. Siempre es una cuestión de orden espacial, una cuestión de *nomos*. Éste es su sentido último.

La etimología griega nos indica que el *oiko-nomos* —literalmente, la «medida de la casa»— es una forma de ocupación del suelo que se presenta en tres etapas sucesivas: apropiación, división, producción. En la conquista de las tierras, el acto decisivo y primero es siempre una *toma del suelo*. El reparto de esas tierras y su dedicación a pastos o explotación llegan de inmediato. Sin embargo, es justo este sentido original, la primera etapa de la apropiación, el que se ha perdido como consecuencia de la *despolitización* del término «economía». Ahora ya no es más que la técnica que puede resolver todos los problemas de manera, justamente, «técnica», sin que importe mucho si éstos son políticos o éticos. Toda la historia de las doctrinas liberales o socialistas ha denigrado el sentido primero de la eco-nomía como forma de ocupación espacial para conservar sólo los dos últimos, los de la distribución y la producción, lo que hace que la confusión llegue hasta nuestros días y que nos parezca por completo natural este «crecimiento verde» cuyas virtudes casi religiosas se nos venden a diestro y siniestro.

Carl Schmitt, un autor reaccionario, pero con un afilado uso del verbo, ofrecía en un libro publicado en Alemania en la década de 1950 una definición tajante de este concepto de *nomos*, de toma de tierras, al restituirle, en contra de su proceso histórico de neutralización, toda su carga política.

> *Nomos* procede de *nemein*, una palabra que significa tanto «dividir» como también «apacentar». El *nomos* es, por lo tanto, la forma inmediata en la que se hace visible, en relación con el espacio, la ordenación política y social de un pueblo, la primera medición y partición de los campos de pastoreo, o sea, la toma de la tierra y la ordenación concreta que es inherente a ella y se deriva de ella. *Nomos* es la medida que distribuye y divide el suelo del mundo en una ordenación determinada, y, en virtud de ello, representa la ordenación política, social y religiosa. Medida, ordenación y forma constituyen aquí una unidad espacial concreta[68].

Pero Schmitt precisaba enseguida que este «acto constitutivo», aunque no se produzca todos los días, es determinante cada vez que se decide una partición del espacio, cada vez que un poder se localiza, cada vez que un gobierno administra un territorio, cada vez que se establece una colonia. No podía imaginar hasta qué punto esta idea iba a

[68] Carl Schmitt, *Der Nomos der Erde*, Berlín, Duncker & Humblot, 1950, pp. 39-40. Trad. cast.: *El nomos de la Tierra*, Buenos Aires, Struhart, 2005, p. 52.

extenderse y a dominar toda la Tierra, hasta su atmósfera incluso. Para él, la última gran forma de *nomos de la Tierra*, la colonización del Nuevo Mundo, había culminado con la Guerra Fría y la economía globalizada. Sólo, quizá, la conquista espacial y la explotación de los recursos extraplanetarios podían representar a sus ojos un «*nomos* inédito», aunque en aquel tiempo esto no era más que una posibilidad fantástica, si bien hoy se ha vuelto más plausible.

Este *nuevo nomos* está bajo nuestros ojos. Todo está aquí: desde las infraestructuras eléctricas e informáticas que nos permiten «comunicarnos», la madera despedazada que quemamos para que funcione nuestra tostadora, nuestros hábitats inteligentes, la química de nuestras píldoras, la «naturaleza» de la que disfrutamos en nuestras vacaciones, hasta nuestros perfiles de Facebook, esta época viene determinada por *la manera que tiene de extraer materias y gestionar yacimientos.* Que tengamos, aquí en Occidente, la seguridad y comodidad de un determinado abanico de opciones —energéticas o afectivas— sólo es posible porque todo se trata como un yacimiento, pero un yacimiento que no se ve o, mejor dicho, que *no debe verse.* Como dice sin sonrisa ni sonrojo un comunicador de la multinacional eléctrica Vinci Énergies: «Cuando encendemos la luz, vemos la luz, pero no vemos todo lo que hay detrás, todas las redes que hay detrás, porque nadie necesita verlo».

El bosque, transformado en biomasa por la producción de electricidad verde, con el gran apoyo de las subvenciones europeas, sólo es posible gracias a la existencia

de reservas de madera «extraídas» de Canadá, de Brasil y de una franja de cuatrocientos kilómetros en torno a la central de Gardanne. El fenómeno se repite con el sinfín de aerogeneradores industriales, punta de lanza de la transición energética, que colonizan cada vez más los territorios. ¿Sabemos que cada uno necesita, para funcionar, toneladas de cobre y no menos de seiscientos kilos de lantánidos, como el disprosio y, además, neodimio para los imanes del rotor, metales raros extraídos y tratados en China, en las peores condiciones? Baotou, ciudad china en la que se tratan estos metales, ha sido rebautizada por sus habitantes como la «ciudad del cáncer». En una suerte de contracción espacial vertiginosa, así se presenta nuestra época. Aquí, energía verde y ciudadanos *inteligentes*, en el otro extremo de la Tierra, minas a cielo abierto y seres humanos que enferman mientras pugnan por extraer los metales para los equipos y aplicaciones *inteligentes* de esos otros ciudadanos *inteligentes*.

Nuclear + petróleo + carbón + eólica + solar + biomasa, he aquí la cuenta que un día habrá que pagar. No existe ninguna transición energética, no hay más que una misma lógica que ordena en todas partes: extraer, extraer, extraer. Francia no ha quemado nunca tanto carbón para producir electricidad como en la actualidad, cuando su consumo se ha disparado. Como demuestran los historiadores de la energía, el carbón no es una energía más «antigua» que el petróleo ni las renovables, se suma a ellas. La historia de la energía no es una historia de transición, sino de integraciones sucesivas. No hay teléfonos inteligentes,

pantallas LED, Internet, Nube, realidad aumentada, impresoras 3D, ciudades inteligentes, aeropuertos, vehículos conectados, centros de datos, en resumen, eco-*nomos*, sin esta gigantesca circulación de energías. No hay información «limpia y transparente» sin esta sucia extracción. Es bien sabido: para «hacer verde la red», *greening the grid*, Google Green invierte en replantación, energía solar, metalización o aerogeneradores mediante el mercado de los créditos de carbono. ¿Será para compensar la «decapitación» de montañas enteras en los Apalaches, en Virginia, con el fin de extraer carbón en cantidades astronómicas y proporcionar así electricidad a los sistemas de refrigeración para esos ogros energívoros que son sus centros de datos, en Carolina del Sur? ¿Qué relación hay entre una plantación de eucaliptos clonados en la India, una mina de carbón a cielo abierto y un centro de datos que servirá, a cambio, para albergar la información de la cartografía de la deforestación, sino la propia economía?

Desde las cadenas de producción hasta las plataformas de las redes sociales, los ingenieros de este mundo gestionan *fondos*, extraen *recursos*. Pero no sin encontrarse con movimientos de resistencia que no piensan «dejarse extraer». En todas partes hay personas situadas físicamente en el punto de mira de empresas que querrían verlas borradas del mapa para acceder a su territorio y a su subsuelo, a golpe de gas lacrimógeno, de intimidación, de secuestro, de asesinato. Sin embargo, esas gentes, esos pueblos, se organizan y luchan con determinación contra una ideología depredadora, sobre todo en los países en

los que las minas y la explotación forestal no han dejado nunca de «abrir las venas» de América Latina. En Argentina, en Perú, en Bolivia, en Brasil, en México, donde las resistencias se amplifican, a pesar de la cruenta represión. El objetivo de estas acciones de resistencia es la industria extractivista, primer eslabón de las cadenas operacionales de toda nuestra economía. Éste es el hecho primordial hacia el que la crítica no quiere mirar, porque devolvería sus ventoleras de indignación al duro suelo de la organización material de nuestra época. Los propios ecologistas se han desprendido de esta verdad, demasiado pesada, y prefieren las esferas climatizadas de la «buena gestión». En un nivel muy material, y sobre la Tierra misma, he aquí, sin embargo, la cifra de la dominación de la economía, he aquí, sin embargo, el *nuevo nomos*: setenta mil millones de toneladas. ¡Setenta mil millones de toneladas de materias extraídas al año! En detalle, acontece así: 4.500 millones de toneladas de petróleo, 3.479.000 millones de m^3 de gas, 7.800 millones de toneladas de carbón, 3.200 millones de toneladas de mineral de hierro, 220 millones de toneladas de minerales fosfatos, 234 millones de toneladas de bauxita, 35 millones de toneladas de potasa, 29 millones de toneladas de cromo, 18,7 millones de toneladas de cobre, 18 millones de toneladas de manganeso, 13,3 millones de toneladas de zinc, 5,5 millones de toneladas de plomo, 2,4 millones de toneladas de níquel, 2 millones de toneladas de amianto, 296.000 toneladas de estaño, al menos 110.000 toneladas de óxidos de lantánidos, 59.500 toneladas de uranio... sin contar los terrenos de recubrimiento,

los estériles, los residuos, la deforestación y los suelos perdidos por la erosión[69].

Ésta es la cuenta, por así decirlo, que hemos de pagar todos los años para abastecer de «recursos naturales» las cadenas de producción de este mundo, teniendo en cuenta todos los sectores. ¡Setenta mil millones de toneladas! Esto podría ya dar vértigo, pero lo peor es que la cifra encierra algo catastrófico. Se ha dado un salto en la historia de la humanidad. Un salto cuantitativo, pero también de intensidad, pues ya no queda ninguna parte del planeta protegida de las minas, los sumideros, la explotación de los yacimientos y la deforestación. Junto con la «santuarización» de zonas naturales, la ruina de la Tierra se convierte en norma en todas partes.

Francia codicia el subsuelo marino de sus colonias polinesias para hacer prospecciones de yacimientos de lantánidos, esenciales para la tercera revolución industrial, puesto que se hallan en la composición de todo material informático. Dinamarca, Suecia, Australia, Estados Unidos: todo el mundo quiere su porción del pastel y está dispuesto a lo que sea para explotar su propio subsuelo o sus fondos marinos con el único fin de «variar la relación de fuerzas y el actual monopolio de China» en la producción de lantánidos. Ya no es sólo cuestión de ir a saquear los recursos a las «últimas fronteras», como se llamaban a las minas de los países del Sur, sino, incluso, en los propios

[69] Anna Bednik, *Extractivisme. Exploitation industrielle de la nature: logiques, conséquences, résistances*, París, Le passager clandestin, 2016, p. 94.

«países desarrollados». Así ha sido, por cierto, desde los albores de la Revolución Industrial, cuando el desarrollo de la extracción en las minas de carbón en Europa estaba intrínsecamente ligado a esas «hectáreas fantasma», es decir, a las tierras explotadas de las colonias, que permitían un excedente de materias primas. Hoy en día, la relación colonial está, sin duda, más homogeneizada. Quienes se han interesado en serio por la cuestión extractivista lo dicen sin ambigüedades: en la actualidad, *la Tierra entera se ha convertido en la colonia*. Y por todas partes se abren minas.

Esta fase «obsesiva del extractivismo», como tan bien analiza Anna Bednik, otorga a nuestra época la imagen psicótica de un mundo *desgajado* de la realidad, un mundo dedicado a producir máquinas que extraen materias primas para la fabricación de otras máquinas que fabrican, a su vez, otras máquinas... pero sin que el alcance real de esta gigantesca maquinaria aparezca jamás tal cual es, es decir, la magnitud incalculable del desastre que perpetra. La economía se nos presenta como un gran oxímoron esencial, un absoluto desacoplamiento entre el crecimiento y la extracción, entre la propia economía y sus consecuencias. No se podía traicionar mejor una *desencarnación* tan completa.

A pesar de esa moderación suya, tan «diplomática», un pensador como Bruno Latour ha tenido el mérito de señalar que el frenesí extractivista actual descansa sobre una línea de frente entre lo que llama los Terrestres y los Humanos. A grandes rasgos, la división pasa entre quienes están vinculados a un territorio, la Tierra, y quienes

flotan en las esferas de la gobernanza, a la vez gerentes planetarios y nuevos colonos. Retomando el texto de Schmitt sobre el *nomos*, indica lo siguiente:

> Schmitt se equivoca al decir que los humanos no han encontrado nuevas tierras. Las que han explotado con el mismo frenesí y la misma violencia que el Nuevo Mundo no se encuentran entre la Tierra y la Luna y no se llegó a ellas en cohete: se encontraban bajo la superficie de la Tierra y, si los Estados han podido meter la mano en ellas para moderar supuestamente sus rivalidades, al tiempo que en realidad las exacerbaban, ha sido gracias a la exploración, la perforación, la extracción, el *fracking* y los pozos mineros. Podríamos incluso decir que el carbón, el petróleo y el gas son, sin lugar a dudas, un «nuevo cuerpo celeste», si recordamos que se trata de sol captado por seres vivos cuyos restos quedaron después sedimentados en las rocas. He aquí su *nuevo* Nuevo Mundo. Y este nuevo continente se ha conquistado igual que si fuera una *res nullius* y sin el menor escrúpulo: *drill, baby, drill!* ¡A perforar, chicos, a perforar![70].

Este nuevo *nomos* de la Tierra que es el extractivismo no se aplica sólo al gas y al petróleo, sino a *todos* los yacimientos disponibles. Es la nueva religión de la transición energética o de lo que Latour denomina, con total acierto,

[70] Bruno Latour, *Face à Gaïa. Huit conférences sur le nouveau régime climatique*, París, La Découverte, 2015, p. 301.

el «ideal de los ecomodernistas, de quienes pretenden ser los buenos administradores, los mayordomos serios, los jardineros sensatos o los administradores atentos de la Tierra»; en resumen, la utopía de quienes esperan convertirse en los ingenieros del planeta. El gran relato de la transición ha hecho de ello su credo: en todas partes ha de *movilizarse* un yacimiento eólico, un yacimiento solar, un yacimiento de biomasa, un yacimiento de metanización, un yacimiento de innovación en aislamiento de edificios, etc. Porque los buenos gestores, que venden todos los días sus relatos del desarrollo sostenible, ¿qué esperan finalmente, con qué sueñan, sino con estar a los mandos del sistema Tierra, con ser, en definitiva, sus pilotos?

Gobernar, lo más cerca posible, los seres, las cosas, los cuerpos y las almas, gobernar la propia realidad física del mundo, su suelo y también su atmósfera, el aire que respiramos; pero gobernar desde un punto de vista por completo ajeno al mundo. Sólo que cada vez nos cuesta más creer en esa profesión de fe de la «buena gobernanza», ante lo *des-terrestrados* que parecen estar expertos y contraexpertos. Que la COP21 se celebrara, en diciembre de 2015, con sus cuarenta mil participantes, en el aeropuerto de Bourget, sede anual del Salón de la Aeronáutica y el Espacio, dice mucho sobre la trayectoria orbital de esa camarilla.

La fea trampa del discurso ecologista consiste en indignarse por la deforestación de las selvas tropicales o la extracción de gases de esquisto al tiempo que se predica por todas partes la transición energética, indignarse por la

pérdida de los valores humanistas sin ver que precisamente en nombre de lo humano, o, mejor dicho, de una «determinada casta de humanos», se ha declarado una guerra al resto de seres vivos. Esta gente concluirá con alguna decisión para «salvar el medio ambiente», cuando de lo que se trata siempre, y ante todo, es de salvar la economía. En realidad, ahí dentro no hay nada que salvar. Porque justo ese concepto de un «medio ambiente global que gestionar» es *nuestra propia extracción fuera del mundo*. Ponernos a nosotros mismos por encima, como si estuviéramos observándonos pulular sobre la corteza terrestre desde una nave, a miles de kilómetros del suelo. Cuando los gestores hablan de «ecosistema», de «biosfera», de «máquina termodinámica», de «sistema Tierra», ¿en qué idioma hablan? En uno que nos presenta como ajenos al mundo. El *medio ambiente* se queda, precisamente, en otro medio, en el exterior, incapaz de constituir un mundo sensible. Ahí reside la diferencia ética entre *tener un medio ambiente* y *habitar un mundo*. La diferencia entre *normas* y *usos*. Entre un panel de plexiglás que dice «Parque Nacional de las Cevenas. Zona protegida» y los recolectores de plantas y setas, los pastores, los espigadores. Entre una taladora-apiladora y un leñador. La diferencia entre los planes de ordenación y los senderos recorridos entre cabañas o barricadas. Entre mapas de ingenieros y paisajes vividos.

La cosa es, aun así, extraña: nunca se ha hablado tanto de «transición», de «crecimiento verde», de «clima» como en el momento en el que el mundo se reduce a *meros*

cálculos contables. ¿Cuántas hectáreas de bosque, cuántas toneladas de palés, de maderas residuales, de carbonilla se necesitan para producir energía «limpia»? ¿Cuántas especies desplazadas hacen falta para construir un aeropuerto de «alta calidad medioambiental»? Vistas desde nuestras propias vidas, estas abstracciones son inútiles a la hora de reflejar los usos que nos vinculan a los seres y a las cosas, radicalmente incapaces de mostrarnos aquello a lo que nos sujetamos. Da igual por qué extremo tomemos este conglomerado ideológico: es la misma relación desgajada, *extra-terrestre* con respecto al mundo. ¿Quién ha vivido alguna vez *en el medio ambiente*? Una manada de jabalís se mueve siguiendo los rastros que entiende como elementos conformadores de su lugar de vida; vive, en efecto, en un territorio lleno de puntos de referencia, de afectos, de sendas, no vive en el medio ambiente. Los ocupantes de una ZAD que construyen sus cabañas viven juntos, se organizan en lo material, se defienden contra una misma fuerza, habitan un determinado espacio de lucha, no viven en el medio ambiente. Si existe un pueblo del bosque, un pueblo del viento, desde luego no se reconocería en este medio ambiente, no más que en los destellos de la gobernanza mundial.

Las comunidades de pescadores mexicanos del istmo de Tehuantepec, que luchan contra el extractivismo eólico, el combate de los indígenas de Guerrero para salvar sus bosques del fuego cruzado de la deforestación y la preservación de los parques naturales, el pueblo nasa, en las montañas de Cauca, en Colombia, que trata de

recuperar miles de hectáreas de terrenos agrícolas frente a los grandes terratenientes (y se defienden de los tanques y de los paramilitares a golpe de piedras y cócteles Mólotov): estos pueblos, los nuestros, no se sientan a la mesa de las negociaciones planetarias, no quieren definir su existencia en términos *medioambientales* o *legislativos*. Se adelantan y se rebelan para salir de esa abstracción alejada del suelo. La fuerza de estos movimientos estriba, precisamente, en partir de su *fuerza telúrica*, bien pegados a la Tierra, poniendo por delante la consistencia de su vida para luchar. Y no imaginaremos que son representantes siempre-ya derrotados por una ficción jurídica, por una nueva institución. Desde el lugar en el que vivimos, es posible hacer crecer las fuerzas que ya están ahí, hacer que se engendren entre ellas; ésta es nuestra única verdad común: «Somos el aire del istmo, somos el golpeteo de las barcas que traen pescado a casa, sobre nuestras tierras somos libres como el viento. Frente a los promotores eólicos, no nos iremos de aquí. Somos el viento»[71].

[71] Película documental del colectivo Kolibri, *Somos viento*, 2013, https://www.youtube.com/watch?v=vtW69wG5aKQ.

FENOMENOLOGÍA DE UNA INFRAESTRUCTURA

Desde el lindero del bosque, observo la brecha que se ha abierto para la base de implantación. No hace tanto que las máquinas, los obreros y los vigilantes se han marchado, una semana o dos, tras dejar el parque «operativo». Las pistas se han ampliado, se han cortado los árboles. Los camiones han traído, en sus enormes remolques, las piezas de las máquinas que se han montado *in situ*. Vienen del puerto de Sète, al parecer, pero la subcontrata es española...

fuuuuuuu-fuuuuuuu-fuuuuuuu-fuuuuuuu

Es un zumbido incesante; el aire parece cortado en seco. Las tres grandes palas del aerogenerador remueven la masa invisible. Invariablemente, el mismo zumbido. Hay quien dice que el ruido punzante de esta «tercera revolución industrial» recuerda al de un avión que estuviera despegando sin llegar a levantar el vuelo, o aterrizando sin llegar a tomar tierra.

fuuuuuuu-fuuuuuuu-fuuuuuuu-fuuuuuuu

Contemplo el suelo volteado, apisonado, compactado, en el que aún se ven las huellas de las máquinas. Es como un tajo cualquiera, para construir un centro comercial o una autopista. Lo que está claro es que ya no es nuestro bosque, ni siquiera un claro. Es un cráter que ha sido rellenado con centenares de metros cúbicos de hormigón y toneladas de chatarra. Un zócalo que no desaparecerá nunca. Los árboles de alrededor parecen ahora minúsculos al lado de estos nuevos gigantes de acero.

El mástil del aerogenerador mide al menos ciento cincuenta metros de altura, sin contar las palas. Me acerco, me acerco más aún, con la sensación visceral de estar poniéndome en peligro. Las palas giran, giran y parecen rozar el suelo; da la impresión de que en cualquier momento te pueden decapitar. Ruido, vibraciones, bajas frecuencias, te rodea, resuena desde todas partes. Después de veinte minutos bajo la máquina, se instala una sensación de náusea, vértigo, la cavidad craneal sufre tirones desde el interior: son los efectos de los ultrasonidos producidos por el movimiento de las palas.

El ruido se vuelve insoportable, comienza el dolor de cabeza. Recuerdo que, desde la década de 1970, los ejércitos empezaron a experimentar con armas «no letales» de infrasonidos para dispersar multitudes.

Le doy la vuelta al mástil y a su «base de implantación». Un letrero indica ACCESO PROHIBIDO, PELIGRO DE

MUERTE. Al fijarme con más atención, veo una cámara, discreta, sobre la puerta de seguridad.

Me giro. Varias decenas de generadores más acribillan el paisaje. Toda la cresta está perforada por las máquinas. Estiran su infraestructura y parecen absorber el espíritu de este lugar en una nada de acero blanco. Un blanco muy aeronáutico, muy espacial. El suelo se libra por poco del arrastre de estas palas que hacen temblar el aire. Los infrasonidos se vuelven cada vez más penetrantes.

fuuuuuuu-fuuuuuuu-fuuuuuuu-fuuuuuuu

Estos «parques eólicos» —bonito nombre por el que los conocemos— son nuevas fábricas descentralizadas en pequeñas unidades de producción energética. En ellas, los obreros han sido sustituidos por «técnicos de mantenimiento». A veces se los ve aparcar su coche de empresa bajo la máquina. Los habrá llamado «para un servicio» el centro de distribución, o un «técnico de gestión» habrá recibido la alerta de una «señal de disfunción». *Ya no hace falta ocupar desde un punto de vista humano el territorio: la tecnología basta para controlar las zonas*. Se comprueba, se distribuye, se interviene. La gestión a distancia, a centenares de kilómetros, está ahí para controlar, orientar, supervisar lo que ocurre en este preciso lugar.

Los mayores dicen que antes se venía a esta montaña para buscar ajo de oso, que en ella abundaban los manantiales de agua, que es una montaña mágica. Ahora, un triste cartel indica «PARQUE EÓLICO 4 KM»; sin duda,

dirigido a un hipotético puñado de turistas. Un grupo de amigos, que ha venido a pasear en familia, ha recibido del vigilante la orden de «abandonar las instalaciones».

Más cerca todavía de la máquina, percibo un chisporroteo interior que parece habitar, como un espectro, esta gigantesca masa metálica, de la que no sale ningún cable ni línea eléctrica, canales invisibles que, sin embargo, existen. Como ocurre con todos los objetos que produce este mundo, habría que ir más lejos para ver los engranajes e hilos invisibles que los avivan.

fuuuuuuu-fuuuuuuu-fuuuuuuu-fuuuuuuu

De repente, tengo esta visión. Se me viene a la mente una escena de *Matrix Reloaded*, en la que el consejero Hamann se dirige a Neo en el corazón de la sala de máquinas que dan vida a Sion: «Aquí apenas baja nadie. A menos que haya un problema, claro. Somos así, no nos importa cómo funcionan las cosas mientras funcionen».

fuuuuuuuu-fuuuuuuuu-fuuuuuuuu-fuuuuuuuu

Las ganas de vomitar me hacen dar media vuelta.

MÍSTICA DE LA INTERCONEXIÓN

Nos podemos preguntar en qué medida la creación de una tecnología general aproxima las técnicas y la religión.

GILBERT SIMONDON,
EL MODO DE EXISTENCIA DE LOS OBJETOS TÉCNICOS

Es la ley de hierro de este mundo: toda interconexión implica, en primer lugar, una desposesión. Aquí, el viento se atrapa para crear electricidad que circulará en la red de una metrópolis inteligente cualquiera, igual que se quema el bosque para crear electricidad que circulará en la misma u otra red. Un simple problema de *input-output*, un simple problema de conversión, un simple problema de equivalencia... Frente a los usos, la red «encierra», la red «domina». Su presunta «universalidad» se debe, ni más ni menos, a que es, en esencia, *hegemónica*. Como en el seno de toda zona tecnológica imperial, siempre es cuestión de exigir un equivalente general. Todas las fuentes de energía son, en este violento esquema, sustituibles. La energía de un cerebro vale lo mismo que la energía de un alto horno: basta con proyectar sobre ellos una unidad de conversión. La madera para energía «vale» igual que la hulla blanca de los torrentes o las reservas de uranio de

las centrales. No cambiamos de red, nos «conectamos» a ella, nos «adaptamos» a ella, «participamos» en ella. O a lo mejor nos arrancamos de ella. La abandonamos. Y ahí comienza el experimento. Otra idea de la vida.

Desde hace dos años, en un lugar llamado La Plaine, en Saint-Victor, en el sur de Aveyron, arrecia la lucha contra un proyecto de la RTE [siglas de la Red de Transporte de Electricidad en Francia] consistente en un megatransformador de siete hectáreas que debería recibir y redistribuir en la red eléctrica la energía producida por entre setecientos y mil futuros aerogeneradores. Ello convertiría la región en la «zona industrial eólica» con la que sueñan los promotores y que ya se está implantando poco a poco.

Así pues, un nutrido grupo de gente que rechaza ese proyecto se ha dado cita allí para construir una cabaña. Se la conoce con el nombre occitano de *Amassada* o asamblea/ensamblada: pronto una edificación y quizá, quién sabe, una aldea.

La decisión de erigir la Amassada en este enclave, en el cruce de las infraestructuras eléctricas, es estratégica, pues impide la construcción de un nuevo nodo de la red en uno de los grandes ejes norte-sur de la distribución de electricidad. El lugar es también estratégico para quienes viven en él. Es más, se ha vuelto crucial. Los encuentros, los días dedicados a construir, a intercambiar técnicas e ideas, a celebrar juntos las acciones llevadas a cabo: todo esto es lo que da consistencia a la cabaña, una cabaña que contiene, por así decirlo, un mundo entero. Lo que esas

personas han aprendido allí juntas, desde hace dos años, demuestra que las redes de infraestructuras energéticas son líneas neurálgicas de la economía, pero que, como toda red, tienen sus puntos débiles, que residen justamente en sus puntos descentralizados. Y ahí es posible abrir una brecha. Producir fricciones del terreno donde el aplanamiento infraestructural debía cumplir su obra de muerte.

Todos están de acuerdo en este punto: en cada pueblo de la región, los proyectos eólicos no son sólo una catástrofe para lo que bien puede significar aún un «paisaje» —o, más bien, un territorio—, sino, sobre todo, para lo que queda de un sentimiento de comunidad, de la vida en común. Los promotores saben valerse de las divisiones para instilar un ambiente tóxico y debilitar las resistencias. No es casualidad que este tipo de infraestructuras masivas venga a colonizar de manera estratégica zonas que los responsables de la ordenación denominan «de escasa densidad de población». Sin embargo, no se tiene en cuenta la aparición de una resistencia local, de habitantes que empiezan a organizarse juntos, de vecinos que comparten una misma idea, una idea en realidad simple, pero eficaz: NO, NI HABLAR. Mediante la lucha, la «escasa densidad» se transforma en intensidad política. Y esto puede tener eco en otros sitios. En todas partes, este gobierno que emana de las redes encuentra en su camino algo que resiste, un frente ante el avance de sus máquinas, personas decididas ante su voluntad de aplanar: «¡Señor, si es así, prefiero morir delante de sus

máquinas! ¡Le estoy diciendo que no va a entrar en nuestro campo!»[72].

No es trivial que la palabra «red» sea polisémica y uno de sus significados aluda a los aparejos de pesca. Estamos literalmente *atrapados* en una red que aprisiona los cuerpos pero que, al mismo tiempo, deja circular los fluidos. Frente a ello, unas resistencias inventan su propia manera de habitar y defender un territorio. Unas resistencias que toman posesión de los lugares pero que, al mismo tiempo, los crean, los fabrican a través de la lucha, de los encuentros, de las vidas compartidas. En cierto modo, ha surgido un pueblo allí donde el poder no había entrevisto más que un «potencial nido de conflictos», como tan elegantemente dice la Agencia de Medio Ambiente y Control de la Energía.

Las zonas tecnológicas imperiales tienen sus infraestructuras y sus estándares, además de sus «imaginarios». Sin comprender esto no se puede entender el tipo de fascinación que llegan a ejercer sobre los espíritus, la clase de encantamiento particular que inducen. ¿Acaso en el siglo XIX no se celebraban las nuevas proezas del «hada de la electricidad»? ¿Es casualidad que el siglo de las máquinas de vapor fuera también el de la pasión por el esoterismo? El poder de las máquinas y las manufacturas coincide con el misterio de los ángeles y de la transmigración de las almas. Durante la década de 1840, en los salones burgueses

[72] Synaps Collectif Audiovisuel, *Pas res nos arresta*, 2017. Documental sobre la lucha de la Amassada. https://vimeo.com/207707152.

europeos, el fenómeno eléctrico es objeto de fascinación. Se inventan máquinas que se beatifican mecánicamente. Una atracción llamada «beso eléctrico de Leipzig» hace furor. Los obispos bendicen las nuevas líneas ferroviarias. La innovación industrial constituye, pues, una auténtica puesta en escena teatral, con su magnetismo y sus milagros. El deseo del hechizo no ha desaparecido hoy en día. En la RTE, hoy en día se habla de «mística de la interconexión» para definir el trabajo de la empresa. La mística resulta tanto más creíble cuanto que las infraestructuras se vuelven «invisibles», están tan integradas en nuestra cotidianidad que se perciben como «naturales». Al fin y al cabo, ¿acaso no forman parte del «paisaje»? Dado que la red eléctrica constituye la materialidad de nuestra existencia (y, con ella evidentemente, la red informática, viaria, ferroviaria, aérea, bancaria, social, etc.), puede vanagloriarse de ser un cuerpo, con sus venas, sus arterias, su centro nervioso; y es, literalmente, un «cuerpo-red», una red de cuerpos, que se nos pega a la piel.

> La energía es esa fuerza fundamental desde el punto de vista económico, esa fuerza en acción que irriga todas nuestras actividades como si fuera sangre que circula por los tejidos y alimenta las células, mientras que nuestros sistemas de comunicación, materiales e inmateriales, gestionan, como si fueran un sistema nervioso, su producción y su transporte, sus circulaciones, sus cambios de agujas y su distribución. Hoy en día, como en muchos otros momentos de nuestra historia pasada, está

> surgiendo un nuevo paradigma energético, portador de un modelo de desarrollo en lo económico, lo ecológico y lo social, y precursor de una posible tercera revolución industrial que aprovecha, en la era de las redes inteligentes e interconectadas, energías no estacionarias en lugar de energías almacenadas y todas las posibilidades que ofrece su combinación con las tecnologías de la información y la comunicación nacidas de Internet.

Esta perorata no proviene del discurso de ningún predicador transhumanista, sino del Gobierno francés, que sometió a votación de la Asamblea, en julio de 2014, el texto sobre el proyecto de ley relativo a la transición energética para el crecimiento verde.

Bajo este proyecto se esconde el prospectivista y economista estadounidense Jeremy Rifkin, el mismo que popularizó el concepto de «tercera revolución industrial» (es decir, la fusión entre producción-circulación energética y producción-circulación informática). Es un tipo muy bien considerado entre los gobernantes europeos. Lo que les ofrece —previo suculento pago— es el nuevo relato que necesitan para devolverle un aire de legitimidad a la economía. Desde 2013, bajo las sugerencias del equipo de Rifkin, el consejo regional de Nord-Pas-de-Calais y el CIC (Crédito Industrial y Comercial) se volcaron en esa tercera revolución industrial con su programa «rev3» y una amplia inversión de cincuenta millones de euros, destinada a financiar empresas deseosas de desarrollar su proyecto en el departamento Nord-Pas-de-Calais y crear

empleo, con «siete grandes proyectos llamados a estructurar el futuro».

Esta tecnoutopía, bastante estúpida, está ya en marcha. En enero de 2015, comenzó a funcionar en Nantes una alianza entre la Escuela Central y RTE, financiada con cuatro millones de euros durante cinco años, en torno a una cátedra internacional sobre las redes eléctricas inteligentes. La cátedra se articulará desde los laboratorios IRCCYN (Instituto de Investigación sobre Comunicaciones y Cibernética) y GEM (Instituto de Investigación sobre Ingeniería Civil y Mecánica): «Desarrollamos soluciones técnicas indispensables para poner en funcionamiento la transición energética. De este modo, estamos construyendo la red eléctrica inteligente del mañana. Es la primera vez —se jacta incluso Olivier Grabette, director general adjunto de RTE— que se conjugan los procesos automáticos y las redes eléctricas con el fin de desarrollar nuevas herramientas para los futuros sistemas de supervisión y control de la red eléctrica».

Rifkin lo dice con menos florituras: se trata de dar lugar a «un relato impresionante que cause asombro en la imaginación popular y proporcione un marco para la movilización total de la sociedad»[73]. De ahí el uso omnipresente del término «inteligente», que supuestamente expresa la esencia del nuevo gran relato económico. Viviendas, oficinas, fábricas y vehículos se comunicarán entre sí de forma

[73] Jeremy Rifkin, *La Troisième Révolution industrielle*, Arlés, Actes Sud, 2013, pp. 195-196. Trad. cast.: *La tercera revolución industrial*, Barcelona, Paidós, 2011.

permanente, lo que convertirá las redes inteligentes en la columna vertebral de la economía. Se trata de aplicar al conjunto de la sociedad las leyes de la termodinámica: la ley de conservación de la energía (la cantidad de energía en el universo es constante, no se crea ni se destruye) y la ley de la entropía (pérdida inevitable de energía en un sistema). Y poco importa que esta última sea apocalíptica, ya que, si hemos de creerla, la energía va siempre del orden al caos. Sin duda, esto es también lo que hace de ella una ley tan eficaz para el poder, teniendo en cuenta que éste pretende «gestionar» el caos por sí solo. Los procesos económicos y físicos deben fusionarse y, a partir de entonces, el gobierno del mundo podrá convertirse en una máquina termodinámica, un «ecosistema autorregulado», pero sólo en la medida en que se presente como *el único orden posible*: «Las leyes de la termodinámica rigen el ascenso y la caída de los sistemas políticos, la libertad o la subordinación de los países, los movimientos del comercio y de la industria, el origen de la riqueza y de la pobreza y el bienestar físico general de nuestra especie»[74].

En esta generalización de la economía como modo de gestión energética, el papel que desempeñó la termodinámica durante el siglo XIX en la ciencia del trabajo moderno fue primordial. En aquellas calderas de las máquinas de vapor, en los talleres, en las fábricas y en las industrias se puso en práctica entonces la gestión de la fuerza de trabajo frente a ese nuevo enemigo que representaba la

[74] Ibíd., p. 281.

«fatiga». Fue el nacimiento de la fisiología, de la ergonomía y de la idea del cuerpo-máquina. La ciencia termodinámica considera desde entonces la naturaleza como una máquina inmensa capaz de producir trabajo mecánico, fuerza de trabajo. Al mismo tiempo, inventa formas de medir y comparar esta fuerza, ya sea producida por las máquinas o por los cuerpos puestos a trabajar. Aquí se cifra el interés de los científicos-ingenieros-economistas por la fuerza motriz del cuerpo humano: calcular movimientos eficaces, ya sean de tropas en tiempos de guerra o de trabajadores en los talleres. La termodinámica puede presentarse como una ciencia de la energía, puesto que es, necesariamente, una ciencia del cuerpo en el trabajo. La producción energética, en el seno de este sistema de captación de fuerzas motrices se concibe, ni más ni menos, que como un gobierno.

El siglo XIX no nos transmitió sólo una ciencia de la energía, sino también, junto con ella, una cierta manera de ser, un *ethos termodinámico*. El ideal del ser humano se vuelve del todo «energético» y, por lo tanto, del todo «económico». Este ser humano, tan previsor y tan previsible, no es ni verdaderamente activo ni verdaderamente contemplativo, sino *compensatorio*. «¿Cuánto?» es la pregunta que les plantea, incansable, a su vida y al mundo. Este ser humano trabaja para uniformizar, para neutralizar toda intensidad vital. Lo que estamos viviendo hoy en día bajo el nombre de «transición energética» no es sino una de las manifestaciones históricas de esta guerra contra el mundo mediante su gestión generalizada. El control del

medio ambiente y el control de los afectos se han convertido, hoy en día, en los dos polos indisociables de las nuevas formas de gobernanza.

> Si quieres adoptar un modo de vida más ecológico, replantearte viejas ideas e incorporar gestos ecológicos, ¡utiliza la aplicación Coach Carbone® de la ADEME! La suma de esfuerzos individuales nos permite ejercer un impacto más moderado sobre nuestro medio ambiente, así que ¡no esperemos más para compartir una causa que nos importa! ¡De ti depende sumarte al *coaching*![75].

En pleno desierto de Abu Dabi se erige Masdar City, una ciudad inteligente y sostenible de cinco kilómetros cuadrados, en la que se combinan nuevas tecnologías y energías renovables. Es el mayor proyecto urbanístico de este tipo en el mundo y aspira a promover una «vida de cero emisiones y cero residuos». Chanel pone a desfilar a sus modelos entre aerogeneradores en miniatura y su pasarela está hecha de paneles solares. El diseñador Starck concibe aerogeneradores individuales y «democráticos» para apartamentos urbanos.

La cuestión central de este tipo de poder no es la de la vieja polémica entre centralización y descentralización, entre restricción y libertad, sino saber *cómo controlar los flujos al mismo tiempo que los afectos*. El plan infraestructural de la economía sólo funciona ya mediante la

[75] http://www.gpso-energie.fr

multiplicación física de sensores dispersos (redes y contadores inteligentes, actor-red[76], etc.), capaces de transmitir a cambio información instantánea a los distintos centros de control. Así se otorga un papel hegemónico a un nuevo tipo de *homo economicus*, una especie de micro-gestor-sensor integrado, conectado a una superred de micro-gestores-sensores. Por ejemplo, EDF posee un centro de control en Colombiers, cerca de Béziers, donde una treintena de expertos controla los siete días de la semana, a través de un muro de pantallas, los rendimientos de los parques eólicos y solares europeos de EDF Énergies Nouvelles. Suena una señal cuando una máquina alerta de un fallo; se pone en marcha el análisis a distancia y, si es necesario, se envía allí de inmediato a un equipo de técnicos de mantenimiento. La empresa noruega Vestas, que gestiona un parque eólico en Lévézou, en Aveyron, colabora con IBM y sus servicios de *big data* con el objeto de contabilizar y gestionar de manera eficaz la masa de datos meteorológicos y cartográficos sobre el estado de la red eléctrica, sobre los índices probables de producción y de demanda energética. Desde 2013, también EON, a través de su filial EON Metering, trabaja con IBM y su nube inteligente a fin de optimizar el transporte de energías renovables y de ofrecer a sus clientes un «control selectivo de la energía». La

[76] La teoría del actor-red es un enfoque sociológico propuesto por Bruno Latour y otros investigadores según el cual se considera como «actante» tanto a humanos como a objetos y discursos, y señala la importancia de lo tecnológico en la explicación de la realidad, tratándolo de una manera equivalente a lo social. Esta teoría presta especial atención a las redes que se establecen en la producción de conocimiento, estudiando y observando el entorno de los ingenieros y científicos cuando llevan a cabo sus proyectos. (N. de la T).

creación de un SmartPlanet, como dice IBM, es una «modelización medioambiental» y, al mismo tiempo, una «modelización existencial». Sólo hay que escucharlos un instante para entender su propuesta: «SmartPlanet no es simplemente el anuncio de una nueva estrategia, sino la afirmación de una nueva visión del mundo». Sin duda alguna, esta visión se dotará de los medios para combatir en una guerra sin piedad contra *todas las demás visiones del mundo*. En cualquier caso, contra las que no se adapten por completo al *ethos* de esta economía que llaman «inmaterial». Los objetivos que asumen sobre un «sistema de sistemas», es decir, el Internet de las cosas —«que recopila océanos de datos brutos y redefine la relación entre los seres humanos y las máquinas, en una nueva Era Cognitiva»—, dan una idea bastante radical de lo que ya significa «gobernar a través de las redes».

Toda esta gestión no sería capaz de funcionar sin los millones de «consumidores conectados», *producidos* como tales, que utilizarán esta energía «limpia e inteligente»: «actores-red» que, a cambio, a través de su perfil de consumo, determinarán la demanda de energía. El fin de esta racionalidad gubernamental es hacerse con la realidad de manera inmanente, casi instantánea. Ya no se trata de excluir la diferencia, de prohibir lo que contravenga la norma, sino de *evitar lo imprevisible, de impedir lo eventual*. Hay que modelizar, prever, simular por anticipado los posibles comportamientos. El sujeto de esa gobernación se aprehende por sus perfiles, sus hábitos de consumo, sus redes sociales, sus consultas regulares a páginas web, etc. Se

trata menos de disciplinar a un individuo que de controlar sus relaciones, y, sobre todo, de medirlas con algoritmos. Con el pretexto de dar cuenta de la realidad tal y como ésta funciona, los gestores e ingenieros la producen tal y como quieren verla funcionar. Es el efecto, en esencia performativo, de esta gobernanza que, en su descripción puramente tecnológica y objetiva, ya no necesita siquiera legitimidad. La norma se hace invisible, a semejanza de los cableados que permiten la circulación de todas estas informaciones.

EL MUNDO O LA CIBERNÉTICA

Somos una empresa guiada por los datos. La ciencia del cambio climático nos dice que construir una red eléctrica sin emisiones de carbono es una prioridad global.

GOOGLE GREEN

Es evidente que bloquear en un punto del territorio la instalación de redes energéticas supone también poner en jaque esa forma de gobierno de los seres humanos. Ocupar en un sitio determinado esas «zonas tecnológicas imperiales», espacios homogéneos de la estandarización de los cuerpos y los afectos, es visibilizar la disposición real de este mundo. Esto desplaza de forma radical el ángulo de la lucha, que ya no copia los falsos debates políticos, sino que se elabora en contra de los propios modos de gobernación. Se pasa de las batallas entre «expertos» y «contraexpertos», entre un «a favor» y un «en contra», a una guerra ética, vital, donde ya no se apunta tanto a la figura del político como a la del ingeniero. Cada vez que RTE se presenta para anunciar sus proyectos, lo hace en calidad de comunicador, comercial e ingeniero. El político, sea de izquierdas o de derechas, no es más que un tonto útil, un trampolín para esta ingeniería territorial.

Ya hemos visto que la «mística de la interconexión» fagocita los imaginarios presentando la energía como la sangre y la información como los nervios de un cuerpo enorme, objeto de la ordenación territorial. Desde finales del siglo XVIII, en la encrucijada de la medicina (el cuerpo como red de nervios y venas), de la ingeniería militar (las técnicas de fortificación para la vigilancia y defensa de un territorio), de la ingeniería civil y de la economía política (las técnicas de gestión de flujos de agua, de capital, de mercancías), el diseñador de redes se coloca a la par de la figura del ingeniero.

También es el modelo de los mercantilistas y los fisiócratas, que define la administración de los seres humanos y las cosas como una forma de circulación cuantificable: «La moneda es al Estado lo que la sangre al cuerpo humano; sin el uno no sabríamos vivir y sin el otro no sabríamos actuar». Para los ingenieros, maestros de obras de la época, la «transición», como también la denominaban ellos, hacia el área industrial se resume en liberar la circulación monetaria en el seno de la red. Aquello que, bajo la influencia determinante de Saint-Simon, llamaban «dictadura de la transición industrial» se fundamentaba en una alianza entre el rey y los industriales encargados de planificar el presupuesto, asegurando la inmediatez y extensa circulación monetaria. El verdadero poder político reside, desde entonces, en la administración, que pone en marcha las grandes obras destinadas a expandir las redes de comunicación por todo el planeta. Así es el fondo de esta «religión industrial» que denominaban «nuevo

cristianismo», la religión de la comunicación y las redes, con su culto, su dogma y su clero: los ingenieros.

Tal es el poder despótico que este cuerpo de Estado ha legado a nuestra época. Trazar sobre el cuerpo del territorio el equivalente a las venas del cuerpo humano con el fin de hacer «productiva», como dice Saint-Simon, la «posesión territorial»: «En menos de diez años, es posible duplicar el valor del territorio. Para ello, habría que desbrozar tierras sin cultivar, desecar las que sean cenagosas, abrir nuevas carreteras, mejorar las que existen, construir todos los puentes necesarios para acelerar los transportes y hacer todos los canales que puedan ser útiles para la navegación, así como para el riego»[77]. Éste es el «paraíso terrenal» de los ingenieros-economistas-militares: todo circula, todo fluye, todo pasa, todo comunica. Es la idea de un gobierno de los seres humanos cuyo objetivo es asegurar las buenas circulaciones al tiempo que se limitan las malas, actuar de forma que se circule por todas partes evitando las resistencias, los nudos de congestión, maximizar la circulación y minimizar los riesgos, gestionar lo probable, prever y prevenir más que disciplinar. *In fine*, actuar de forma que no pase nada, que ninguna eventualidad venga a alterar el orden económico.

En la actualidad, y una vez generalizada la estafa de los créditos de carbono, la naturaleza se ha convertido en un

[77] Pierre Musso, *Critique des réseaux*, París, PUF, 2003, p. 194.

nuevo El Dorado para bancos ávidos de nuevos mercados. Pero esta reactivación del capital, que algunos critican por ser una «financiarización de la naturaleza», no es más que una parte del problema. También cabe señalar el vínculo intrínseco que existe, desde hace dos siglos, entre la implantación de los bancos y la de las grandes infraestructuras. En el siglo XIX, aparecieron de forma simultánea ferrocarriles y redes financieras que los subvencionaron. En realidad, se asistió a la superposición de dos redes: la de las infraestructuras y la financiera de los bancos.

Lo que Rifkin denomina en la actualidad «poder descentralizado de la nueva convergencia energética», los sansimonistas lo llamaban «asociación universal», es decir, la combinación, el cruce y la extensión de las redes materiales y/o financieras[78]. Aún hoy en día, alguien como Michel Dervedet, exdirector de comunicación de RTE y secretario general de Enedis (antigua ERDF —Électricité Réseau Distribution France—, que gestiona la implantación del contador inteligente Linky), promueve de forma explícita la visión de los ingenieros sansimonistas en esta política de redes «necesariamente mundiales».

Para entender el funcionamiento de esta superred eléctrica y la política actual de RTE de «modernizar» sus líneas y hacer que la red sea transnacional y transeuropea, así como la superposición de las redes energética e informática, hay que retomar la historia de los ferrocarriles

[78] «Bajo el punto de vista político propiamente dicho, la asociación universal es la organización de un sistema de obras industriales que abarca el planeta entero», Pierre Musso, *op. cit.*, p. 218.

estadounidenses, en relación con los cuales Alfred Chandler demostró que proporcionaron el paradigma de la gestión moderna[79]. Lo que importa en esta historia es que las compañías ferroviarias sólo pudieron instalar su infraestructura aliándose con rapidez a compañías financieras públicas y privadas. Aún hoy, la construcción de los parques eólicos o de otras grandes obras de ordenación está ligada a «compensaciones» a través del neomercado de créditos de carbono y financiaciones de la Caisse des Dépôts et Consignations.

Las compañías ferroviarias estadounidenses fueron las primeras en garantizar la construcción y explotación de sus propias vías férreas y la gestión del tráfico. En paralelo, las compañías de telégrafos se ocuparon a la vez de tender las líneas y transmitir los mensajes. Para ello, se acoplaron a las líneas férreas, con la consecuente superposición de ambas infraestructuras. La demanda de operaciones de gran volumen a gran velocidad hizo nacer el monopolio de la empresa moderna, en la encrucijada del transporte de recursos (el tren) y el transporte de información (el teléfono). La posición de los trenes, facilitada hora tras hora mediante transmisión telegráfica, proporcionaba una tabla estadística que garantizaba la coordinación de los servicios de explotación y la eficacia de la cadena de mando, esencial para la tarificación. Para la integración nacional de la red ferroviaria, había que conectar las líneas existentes y, sobre todo, adoptar una tecnología normalizada,

[79] Alfred Chandler, *La Main visible des managers*, París, Economica, 1989.

uniforme, homogénea. Las diferentes compañías de tren se fusionaron en una red férrea unificada que recorría miles de kilómetros y cuya descentralización territorial no podía funcionar sin una centralización enormemente eficaz.

La logística actual también hace que se superpongan diversos estratos de redes: red de transporte, red de comunicación (casi en tiempo real), red de tarificación unificada (autopistas de peaje, líneas aéreas de transporte de mercancías, líneas telefónicas-ADSL, líneas eléctricas y contadores inteligentes, etc.). La tecnología de la corriente portadora de línea, o G3-PLC (G3-Power Line Communication), permite en la actualidad la fusión de las dos grandes redes, la eléctrica y la informática. El principio consiste en superponer a la corriente eléctrica alternativa, de 50 o 60 Hz, una señal a más alta frecuencia y con menor energía. Esta segunda señal se propaga por la instalación eléctrica y puede recibirse y decodificarse a distancia. Es el principio fundacional de las redes inteligentes y la punta de lanza de la tercera revolución industrial. Lo que se nos presenta como una transición hacia el poder supuestamente «descentralizado» anuncia, en realidad, una nueva etapa hacia el gobierno total del mundo. Pensemos en la gigantesca red eléctrica francesa, que necesita, para su funcionamiento, recurrir al centro de distribución de RTE del CNES (Centro Nacional de Explotación del Sistema), en Saint-Denis, con su muro de pantallas, en el que se despliega la cartografía de los flujos a escala nacional e internacional.

Ya en 1950, en su obra *Cibernética y sociedad*, Norbert Wiener preveía un «solo gobierno para este planeta»[80] mediante la interconexión de energía e información. En su opinión, había que organizar la sociedad en torno a la fusión de máquinas productoras de energía y máquinas productoras de información. Y, para dirigirlas, una casta de ingenieros. Wiener soñaba, por ejemplo, con centrales hidroeléctricas totalmente automatizadas, sin presencia humana, para cuyo mantenimiento bastaría con dejarlas «sin atención durante meses entre dos visitas de un inspector»[81]. Para paliar la fluctuación de la demanda de la red eléctrica, la idea era, a continuación, duplicar los cables que transmitían energía con cables que transmitieran órdenes a las máquinas de la central. El técnico distribuidor de la red, que se encontraría a cientos de kilómetros, podría entonces «comunicarse» con las turbinas, los conmutadores, las válvulas y los generadores de la central para abrirlos o cerrarlos según la demanda. A este primer tipo de comunicación a distancia entre un ser humano (el distribuidor) y una máquina (la central energética), Wiener añadía otro ejemplo de automatización posible, pero, esta vez, en la comunicación entre una máquina y otra máquina, entre un radar y una batería antiaérea. Esta innovación militar, en la base de la reflexión cibernética, se había utilizado con profusión durante la Segunda Guerra

[80] Norbert Wiener, *The Human Use of Human Beings: Cybernetics and Society*, Nueva York, Da Capo Press, 1954, p. 179. Trad. cast.: *Cibernética y sociedad*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1958, p. 167.
[81] Ibíd., p. 76. Trad. cast.: p. 71.

Mundial, con el fin de perfeccionar el cálculo automático de las previsiones y las trayectorias de tiro. Desde las órdenes de cambio de agujas del ferrocarril hasta la producción continua de empresas químicas o refinerías de petróleo, Wiener apelaba a una extensión generalizada de este tipo de control maquinizado. No ha de sorprender oír a algún experto referirse en la actualidad a los aerogeneradores como robots: esta producción descentralizada, a semejanza de la central hidroeléctrica automatizada de Norbert Wiener, es un sistema automático compuesto de máquinas que «se comunican» con un distribuidor de red.

Toda central de producción de energía, sea del tipo que sea, se ajusta en la actualidad a este modelo automático, incluidas, pues, las centrales de biomasa, en las que el funcionamiento de turbinas y calderas está altamente automatizado. Toda la producción de electricidad, desde la madera hasta las turbinas, pasa por lo que Wiener llamaba «toma de muestras»; es decir, cada elemento de la cadena de producción no se analiza en sí mismo, sino integrado en un proceso continuo de estandarización y cálculo. Zona de almacenamiento, trituradora, tolva de recuperación, curvoduc, vagoneta de toma de muestras, cribado, alimentador por vibración, cinta transportadora, silo de caldera, turbina, transformador, líneas de red..., de principio a fin, no es más que un asunto de estandarización mediante máquinas. Y, al comienzo de la cadena, campos asolados, tierras devastadas como después de un bombardeo.

En la visión cibernética, la automatización es un progreso, elevado a un nivel metafísico. Pero Wiener con-

templaba ese progreso necesariamente como una guerra. Una guerra continua para retrasar lo que denominaba, no sin cierto tufo apocalíptico, el «día del juicio final», o sea, el hundimiento de la civilización occidental. Hundimiento cuyos parámetros, por otra parte, con todo el «pesimismo cosmológico» que impregna su libro, expone en su totalidad: infraestructuras energéticas frágiles, inseguridad del abastecimiento de alimento y agua, epidemias potencialmente desastrosas, desequilibrios demográficos, agotamiento de materias primas, etc. Wiener pretendía entregar el timón de esa sociedad al borde del abismo a los únicos individuos que, según él, serían capaces de llevar a cabo una «dirección racional de los asuntos humanos». Frente a un entorno que se ha vuelto hostil, se trata, en esa visión apocalíptica, de dirigir el comportamiento de los humanos de acuerdo con las leyes previsibles del cálculo. Como ya pasó con quienes explotaban minas, dirigían líneas férreas y diseñaban líneas telegráficas, serán los cibernéticos, los ingenieros de sistemas, quienes, según Wiener, encontrarán nuevos yacimientos y perpetuarán un tiempo más lo que el autor, en la más pura tradición mecanicista, llama «dominio de la naturaleza». Pero sólo por un tiempo...

Y es que el enemigo que conforman la entropía, la inevitable pérdida de energía y el carácter endiablado del caos no podrá sino llevar tarde o temprano a la civilización hacia una muerte segura. Sobre ese trasfondo de «día del juicio final» instaba Norbert Wiener, *in fine*, a la creación de «máquinas de gobernar» que sustituyeran toda

decisión política, demasiado humana y demasiado deficiente. Ante el desastre anunciado, lo único que puede hacer que la civilización resista un poco más son las infraestructuras de comunicación y el gobierno de ingenieros que las creará. Pero, solo e impotente, Wiener no puede más que constatar, en la vieja granja de Nuevo Hampshire en la que escribe *Cibernética y sociedad*, que cada vez quedan menos árboles para construir la estructura de una casa y menos tierras lo bastante ricas para cultivar buen alimento. Reconoce ser un individuo cuya supervivencia depende del mismo sistema que ha engendrado su estado de impotencia, antes de concluir que sólo mediante nuevos inventos la humanidad podrá volverse «adaptable» a un entorno que se ha vuelto hasta ese punto inhabitable. Esos inventos, sin embargo, no estarán destinados a sacarnos de este sistema moribundo, sino a legitimarlo por completo. No buscan trayectorias más viables para este mundo, sino que pretenden, tan sólo, permanecer en los raíles del progreso. Pero, para quien observara lo que queda tras el paso del tren, ¿qué visión se ofrecería, sino la de un inmenso campo de ruinas? O, quizá, la de una enorme extensión helada, decorado postapocalíptico tan bien retratado en la película *Snowpiercer*. No cabe duda de que el desarrollo de los acontecimientos de nuestra época se definirá por la capacidad de una generación de tomar partido por el mundo en lugar de por la cibernética.

Si la lógica voraz de este sistema consume los bosques, los seres vivos, el mundo mismo, de hecho, hasta las cenizas, no es por accidente, como si «no lo supiéramos», o

como si «la gente no estuviera bien informada»... Bajo la ley de ese gobierno único del planeta, a cuya total realización instaba Wiener, la demanda para producir información, información y más información exige, cueste lo que cueste, la extracción titánica de todas las materias disponibles. Al igual que el suelo, el subsuelo y el conjunto de los seres del planeta, el bosque se convierte en el objeto de una expropiación universal. La cibernética, a través de su cálculo integral del mundo, marca, de hecho, un estadio extremo de esa expropiación *que sólo pretende organizar el mundo tras haberlo devastado*.

El primer gesto para librarnos de esta devastación, además de para curarnos de ella, consiste en volver a poner los pies sobre la tierra. Tenemos que abordar los problemas desde otro ángulo, desde la realidad misma. La teoría crítica se ha empeñado durante demasiado tiempo en ver los procesos capitalistas como alienación de los «sujetos», como si el mundo no existiera. Sin embargo, es precisamente *en el mundo*, en su propia carne, donde la extracción y la acumulación, renovadas sin cesar, han ido a buscar las materias y la energía indispensables para el capitalismo. Y es precisamente *de sus tierras* de donde se ha expulsado a los pueblos, ya fueran los primeros «trabajadores» de la época moderna o los «salvajes» que fueron colonizados. Pero lo que este proceso de acumulación ha producido de forma masiva, en la propia interioridad de los seres, es *la anulación de su relación con el mundo*. Ésta es la verdadera alienación. Y se ha propagado hasta tal punto que todos nos hemos convertido, de algún modo,

en expropiados. Y, cuanto más nos dediquemos a nuestras «subjetividades exacerbadas», más lejano parecerá el mundo. Sólo nuestro pequeño yo se nos antoja digno de ser salvado de la catástrofe general. De forma admirable, Hannah Arendt anotaba que «la alienación del mundo, y no la propia alienación, como creía Marx, ha sido la marca de contraste de la Época Moderna»[82].

He aquí la delicada pregunta que ha de plantearse quien sienta que *el mundo importa*. La que tiene que ver con nuestros apegos, con aquello que queremos defender. Aquí hemos tomado el bosque como punto de partida porque eso es lo que vivimos nosotros, de manera personal y concreta, pero cada cual, cada grupo debe partir de su propia situación singular. Sólo desde esas situaciones singulares pueden vivirse de forma común las relaciones. Y no desde una posición política a priori, prestablecida desde siempre. Ha llegado el momento de dejar de responder a la guerra en curso mediante la constitución de una legitimidad universal y empezar a hacerlo mediante *otro plano de percepción*. ¿Cómo habitar un mundo? ¿Cómo cuidarlo? ¿Cómo conservar el apego a los lugares y, al mismo tiempo, propagarse más allá? ¿Cómo tener eco en otros sitios? Estas preguntas son tan urgentes como fundamentales.

Frente a una forma de depredación total del mundo en nombre del mantenimiento de un vacío existencial, y

[82] Hannah Arendt, *The Human Condition*, Chicago, University of Chicago Press, 1958, p. 332. Trad. cast.: *La condición humana*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 283.

frente a ese vacío, ¿qué estamos dispuestos a hacer por aquello a lo que nos agarramos? He aquí la digna respuesta de un dirigente achuar al capitán de policía que le anunciaba tener orden de abrir fuego durante el bloqueo de las instalaciones de una petrolífera argentina, Pluspetrol: «Si abren fuego sobre nosotros, no nos quedaremos de brazos cruzados viendo cómo matan a nuestra familia. Así que nos mataremos unos a otros. Y esto le digo yo a usted: yo estoy defendiendo la vida de mi familia, la salud de mi gente, a nuestra Madre Tierra, pero, en su caso, ¿cuál será su razón para morir?».

EL BOSQUE SE DESBORDA

La pregunta que tengo para el bosque no es: ¿cuál es tu figura y cuáles son sus contornos? La única pregunta que tengo para el bosque es: ¿cuál es tu fuerza? Es decir: ¿hasta dónde llegarás?

GILLES DELEUZE, *COURS À VINCENNES*

En Lejuc, cerca de Bure, a mediados de agosto de 2016, el bosque respondió. Se vivió allí un momento de extraña intensidad. Para defender el bosque comunal, la principal acción emprendida fue la demolición del «muro de la vergüenza» que ANDRA (Agencia Nacional para la Gestión de Residuos Radiactivos) había empezado a levantar con el fin de proteger su apocalíptico proyecto de enterramiento de residuos radiactivos. Así, se derribaron con gran alegría tres mil ochocientas toneladas de hormigón a lo largo de más de un kilómetro. «¡El bosque vive, ANDRA se va!». Como resumía uno de los habitantes que allí resisten: «El ruido de los árboles que caen bajo los embates de sus máquinas nos resulta insoportable». Otro habitante, por su parte, decía esta verdad modesta, pero de lo más acertada: «Tengo la impresión de que la ocupación del bosque ha abierto un mundo, ha liberado posibilidades, por frágiles que sean». Porque, evidentemente, en mitad de las

llanuras en las que giran las palas de los parques eólicos dispuestos en los alrededores del emplazamiento, tan «arquitecturado», de ANDRA —con sus residuos radiactivos «metidos bajo la alfombra» y custodiadas por sus alambres de espinos y sus vigilantes—, junto a pueblos sin vida y farolas de diseño con bombillas LED «generosamente donadas» por la agencia a cambio de tener que vivir al lado de sus desechos durante miles de años, sí, este bosque comunal parece lo único que aún tiene sentido, lo único que se ve atravesado por la realidad. «Allí vamos a pasear, a cazar, a recoger leña, a recolectar... forma parte de nuestra vida». Estos usos, los vínculos mismos, que en todos los demás sitios han sido arrasados o ya no existen más que como *souvenir*, allí sí que están, *están del todo*. Y eso es también, y sobre todo, lo que los habitantes defienden, esa realidad aún en pie, esa posibilidad vital. «Lo que vivimos en este bosque es la posibilidad de un frente que crezca, no sólo contra la basura atómica, sino contra el desierto que siempre la acompaña».

En otro lugar, unos camaradas ocupan y defienden el bosque de Avanières, en Chambarans, contra el proyecto de un centro vacacional en Roybon. Para ellos, a través de la experiencia de la lucha, se está formando allí una connivencia, se está tejiendo un vínculo común entre ellos y los espacios que habitan. Frente a la empresa Pierre et Vacances —cuyo absurdo objetivo es instalar, en doscientas veinte hectáreas de terreno, en el sur del departamento de Isère, una enorme piscina tropical climatizada todo el año— su visión y su percepción del bosque tienden, como

es obvio, hacia un espacio del todo distinto: una zona liberada, donde se está creando algo muy bello y muy sólido, una suerte de imbricación entre una forma de vivir y una forma de luchar, de defender ese bosque. Porque de algún modo, sí, ellos *son* ese bosque. Han entrado en un destino común. *Destruir el bosque será destruirlos a ellos.* Esto resulta incomprensible para una percepción según la cual el mundo no es más que «ordenación del territorio». Tras dos años de ocupación, queda un número reducido que vive allí mismo, ya sea en una vivienda permanente, la Marquise, una antigua casa forestal ocupada, o en cabañas y construcciones en el bosque. A partir de su batalla contra el proyecto, que parece, por cierto, haber caído en el olvido, han obtenido algunos elementos estratégicos: «¿Cómo vamos a adquirir un conocimiento del terreno que se nutra de todas estas relaciones, materiales, imaginarias, sensibles, y que, a cambio, nutra nuestra resistencia? ¿Cómo afianzar nuestra ventaja? Porque estamos empezando a conocer este bosque, lo vivimos de forma por completo distinta de los polis que vienen a aplicar aquí una estrategia hecha de ignorancia. Hay una auténtica relación de guerrilla, de los maquis que conocen su terreno... Cuanto más se vive el lugar, más ganas en intensidad de presencia en él y en el mundo».

Es una lección que vale en otros lugares. ¿Qué hace que esta *connivencia*, que no es sólo estratégica sino de todo punto existencial, nos obligue a pensar de modo totalmente distinto los vínculos que disponemos en el mundo, los vínculos que tejemos entre los espacios y los seres

que los habitan? Porque, y quizá ésta es la primera verdad de un afuera alcanzable, aquí no hay separación entre nosotros y el mundo, entre el yo, los objetos, los seres. Todo esto está imbricado. Profundamente entrelazado. Y es justo ahí donde estas «resistencias al progreso», esta «obstinación», esta «violencia» de las que hablan con frialdad los expertos en contrainsurreción tienen algo *mágico*, porque están vinculadas. Vinculadas a una historia, a imaginarios que nos hacen vivir, que nos resultan íntimos.

La guerra de esta época se está desarrollando sobre este eje político fundamental. Por un lado, seres vinculados a sus territorios, dispuestos a defenderlos, y, por el otro, seres desligados de todo, pero movilizados sin cesar (¿para qué, si no para producir vacío?). En última instancia, una *guerra entre dos percepciones enfrentadas del mundo*. Una guerra entre quienes, desde su visión abstracta, pretenden reducir la realidad a economía, y quienes, desde una percepción sensible, parten de allí donde viven y tratan de vincularse a la realidad que los atraviesa. La «deforestación» que indigna a tanta buena gente no es más que el eufemismo tras el que se esconde esta guerra. Asimismo, toda lucha llamada «territorial» no es un nuevo campo sociológico que haya reemplazado la lucha de clases, sino, ante todo, una brecha que surge del seno del gobierno único del planeta que tenemos en la actualidad. Y, para quienes han tomado partido por habitar esa brecha, una ocasión de mantenerse juntos, en pie, incluso sobre los mismos fenómenos, como anclándose físicamente a ellos.

Lo que se abre paso a través de esas brechas es una idea radicalmente distinta de la vida. Y que ve, por ejemplo, en el bosque no un recurso que extraer, un vacío que conquistar, sino, al contrario, una realidad sensible, una plenitud que habitar. Eso mismo que aparece en la imbricación de los mundos que lo componen y afectan. Desde luego, el poder *conoce* el bosque. Pretende conocerlo muy bien incluso, ha creado gremios formados por ingenieros y militares con ese objetivo. En el caso de Francia, un cuerpo de Estado que se preparó sobre el terreno, tanto en las colonias como en las distintas regiones: Francia, ese Estado forestal y policial por excelencia. Un cuerpo con una antigüedad de siete siglos, desde la Administración de Aguas y Bosques hasta la ONF[83], que lo analiza, lo mide, lo explota. Pero lo conoce desde una relación *ajena* al mundo, hecha de planos, de mapas, de cuentas. De hecho, el saber «científico», del que se jacta de ser poseedor universal, no es sino la ablación de toda inteligencia sensible.

Peter Wohlleben, forestal alemán y autor del generoso libro *La vida secreta de los árboles*, lo describe de manera bastante certera cuando afirma que a los expertos el suelo les resulta de lo más «oscuro». ¡Hasta el punto de que la vida de los suelos forestales está menos explorada que la superficie de la Luna! No es de extrañar que, hoy en día, una parte honesta de la silvicultura reconozca su ignorancia ante los árboles, su singularidad propia, sus relaciones en el seno de su entorno vital. Por ejemplo, el sistema

[83] Office National des Forêts, Oficina Nacional de Bosques. (N. de la T.).

radicular y su simbiosis con los filamentos subterráneos de los micelios, la manera en que los árboles descansan unos sobre otros, se comunican entre sí, se avisan de un peligro... Todo ello sigue siendo un enigma para esta ciencia. Igual, por cierto, que para ciertos agrónomos que también admiten su incapacidad a la hora de entender la arquitectura biológica de los suelos y que plantean, en la actualidad, la necesidad de abrir nuevas líneas de estudio. Ambas, la silvicultura y la agronomía, se han limitado durante siglos a no ver en el bosque o los suelos más que materia pasiva, objetos «mecánicos», simples soportes que se ofrecen para producir, producir y producir. Así pues, es evidente que, en este momento, todo está por pensar y por hacer para, simplemente, empezar a *observar* un suelo.

En el otro extremo de la visión económica, se trata de entender el bosque como un *lugar que se experimenta*, que debe ser habitado, de manera sensible. Quienes se adentran en el bosque de otro modo que como meros gestores lo saben. Lo saben por connivencia. Entre *conocer* y *estar en connivencia* hay un mundo de distancia, entre un saber universal sobre el mundo, distribuido de antemano, del todo *homogéneo*, y unos vínculos que armonizan, en el propio encuentro, en los propios usos, y que revelan una pluralidad siempre *heterogénea*. Lo que distingue a la connivencia es que no se extrae del mundo. En lugar de objetivar la relación, la dobla sobre sí misma y la vuelve íntima, cómplice, inmanente. Entre los sitios, entre los seres, los usos, los animales, las plantas, el paisaje. Caminar por

el bosque, cortar en él leña para calentarse, para construir o para un trabajo de ebanistería, buscar ramas secas, recoger setas o castañas, cazar, recolectar plantas, convertir en plena ciudad un terreno baldío en un jardín-bosque, o una jungla dentro de un huerto comunitario para trabajadores, construir cabañas, reunirse en ellas, luchar, hacerlo surgir en el corazón de la metrópolis, ser bosques... Esto se experimenta, se experimenta de manera sensible, de un modo tal que la vida no puede ya estar separada de los seres y las cosas, y adquiere así una consistencia por completo distinta. «Yo» no soy sino a través del «mundo» que me afecta, y viceversa. Algo así como una *encarnación recíproca*. «Tocar la piel espesa de un árbol es, pues, al mismo tiempo, experimentar la propia tactilidad, sentirse tocado por el árbol»[84].

Hay quienes dicen que, cuando se pierde la carne de un mundo, se pierde también la capacidad del lenguaje. Y no es decir poco, cuando el destrozo de la Tierra parece estar tan extendido que afecta a las maneras de ver y pensar, a la forma misma de relacionarnos con el mundo, como si estuviéramos ausentes de él. Y no es la menor de las virtudes de un bosque entregar a los cuerpos que se ofrecen a él esa experiencia primera de la *presencia*. Incluso en términos fenoménicos, la sensación del *bosque que me observa, igual que yo observo el bosque* no es una forma de hablar, sino una realidad irreductible, la sensación de estar

[84] David Abram, *Comment la Terre s'est tue. Pour un écologie des sens*, París, La Découverte, 2013, p. 96.

presente en el mundo, plenamente en él, en todo momento. Esa especie de afecto desbordante que sobreviene también, por ejemplo, a quienes se mantienen juntos durante una revuelta, a quienes festejan durante un carnaval de los niños salvajes, a quienes construyen con los camaradas una cabaña que albergará la concepción de la lucha.

Cuando el mundo se ofrece en su textura particular, deja de ser esa cosa exterior, abstracta, homogénea, mensurable y gestionable. Veo y soy visto, toco y soy tocado, irisación recíproca, todo está vinculado, afectos comunes. Pero esto, de nuevo, aparece sobre el trasfondo de una hostilidad económica general. Pienso en la gracia de las águilas culebreras que veo volver todos los años al mismo lugar y planear sobre estos campos, no sobre cualquier campo, sino sobre estos campos de aquí, henchidos de trigo, que un amigo campesino sembró en otoño, en esas batidas de alas sin esfuerzo, que ascienden por encima de la tierra calentada por el sol, pero de todo esto, de estos mundos, el gestor reducirá la profusión vital a una simple pregunta: ¿cuánto? ¿Cuánto estáis dispuestos a pagar para salvar estas aves de las palas de los aerogeneradores? ¿Cuántos créditos? ¿Cuántas compensaciones? De esta sucesión azuleada de crestas y valles, de estas montañas recortadas en sierras y valles, de los amigos que sé que viven en el bosque de castaños, en el recodo de aquel camino, más alto incluso y allí precisamente donde tantas horas hemos pasado charlando, de aquel lugar preciso donde los niños treparon por un castillo en ruinas, de todas estas montañas y su irreductible memoria camisarda, de los

rincones del bosque en los que ir a buscar rebozuelos o recoger castañas, ¿qué podrían ver el gestor de un parque o el ingeniero eléctrico? No verían más que «enclaves naturales por gestionar» y «metros cúbicos de madera por extraer».

En la propia experiencia sensible, el bosque no es la forma vacía, la superficie continua, que se trataría de definir en términos de «extensión de árboles», de «recurso de biodiversidad». No, el bosque es *una manera de permanecer*. Deleuze nos trae hasta aquí en un bello fragmento de uno de sus cursos sobre Spinoza. La cuestión que conviene plantearle al bosque, así como a nosotros mismos, es la siguiente: ¿hasta dónde eres capaz de llegar? ¿Hasta dónde harás llegar tus nuevos brotes? ¿Hasta dónde te propagarás? No como la pregunta de un límite geográfico o identitario, sino como la de *una fuerza que crece*. El bosque es un «límite dinámico» y no el «límite-contorno» de no se sabe qué sustancia homogénea, el bosque no tiene más límite que su propia potencia. Es afecto. Es acción. *Desborda*. A través de él, los cuerpos se despojan de sus atributos, se aligeran y encuentran en él una voluntad de lo más *saltarina*. «Si estás acampando, sé ágil como el viento; en la marcha lenta, majestuoso como el bosque; al asaltar y saquear, rápido como el fuego; sé firme como las montañas; sé insondable como las nubes; muévete como un rayo».[85] Ahí, la lucha ya no tiene lugar en un instante

[85] Sun Tzu, *L'Art de la guerre*, Flammarion, Paris, 1972, p. 143. Trad. cast.: *El arte de la guerra*, Madrid, Trotta, 2017.

separado de la vida, sino como rearticulación de los actos y las ideas, como redistribución entre el mundo y yo. Algo así como un destino elemental.

Las luchas de nuestro tiempo cobran sentido cuando esta tensión entre los distintos apegos al mundo y las distintas formas de defenderlos se expresa con un solo gesto. Y, si existe una guerra emprendida por la economía contra los seres vivos, ésta se libra en el nivel del desgarro de esa tensión existencial. Y de ahí es de donde extrae su fuerza de neutralización y mutilación. Por ejemplo, un roble en un bosque puede vivirse de distintas maneras, en el seno de las innumerables percepciones de los innumerables mundos de ese bosque. Para el zorro, sus raíces podrán ser un refugio; para la lechuza, sus ramas serán una percha; para una ardilla, ese roble será una sucesión de trampolines; para la hormiga, una impresionante despensa y un territorio gigantesco; para el escarabajo, una ocasión de poner sus huevos y cuidarlos bajo la corteza; para el pájaro carpintero, una fuente de insectos y lombrices; para los musgos y las setas, una fabulosa red de raíces y reservas de agua; para el niño, ese roble podrá tener la forma de un demonio o ser la posibilidad de construir una cabaña; para el constructor, quizá, una futura viga o un mueble; para un paseante, la ocasión de soñar bajo el cobijo de su sombra; para un habitante, el lugar perfecto para montar guardia en un enclave estratégico que hay que defender, o el recuerdo de sus primeros retozos amorosos. Para un sinfín de seres, ese roble y ese bosque constituyen definitivamente una proliferación de percepciones mediante las

cuales los gestos y la vida toman forma y hacen mundo. Pero hay un tipo de humanos para quienes ese roble no representa más que un objeto exterior, para quienes ese bosque no es un conjunto múltiple de configuraciones, sino una única cosa; no un mundo, sino una provisión excepcional de materias primas, un obstáculo que arrasar en su doctrina contrainsurreccional. En alguna parte, en cualquier despacho sórdido, alguien ha planificado esa destrucción de tantas maneras de ser. Su función sólo se sostiene mediante la *negación sistematizada* de la existencia de todas las demás percepciones del mundo y hasta de la posibilidad misma de que siga habiendo percepciones singulares de este mundo.

La destrucción de lo sensible no se produce en nombre del Ser Humano, de su Progreso, de su Civilización, sin ser la acción, muy concreta, de una *determinada figura hegemónica del ser humano*, lo que hemos denominado aquí la figura del «ingeniero» o del «gestor». Una figura más bien paradójica, que tiene la percepción más reducida del mundo, pero que, sin embargo, afirma hacer de su atrofia algo universal. Como si, para comprender el titileo de los seres y de las cosas, no nos quedaran más que las gafas de culo de botella del individuo más incapaz, entre todos los del reino de lo vivo, de ver cualquier cosa que haya fuera de su «ámbito de experiencia».

Que, en todas partes, en toda la superficie de la Tierra, esta incapacidad para relacionarse con lo sensible se haya impuesto como dominante es, sin duda, una catástrofe. Y, para aquellos que aún ven un sentido en el mundo, se

alza la exigencia de elegir. Porque, en efecto, un día habrá que elegir entre los apegos a la vida y quienes pretenden destruirla, en nombre de un desgarramiento universal. Es la única política que merece la pena ser vivida.

Formar lugares,
lugares abruptos y, sin embargo, practicables,
lugares ágiles pero que sepan hacerse inmóviles,
lugares de una exigencia extrema pero también de una demencial ligereza,
donde algo empiece a crecer.
Empezar a recorrer el bosque, a entrar en el bosque supone abandonar un orden,
el orden de las cifras, de las medidas, de las leyes inscritas en el suelo.
Constituir una fuerza común, mantenerse unidos.
Raíces en el cielo y el viento que nos lleven.
Anclarnos, sí.
Propagarnos, sí.
Ser bosques.
Ya hemos tenido más que suficiente del mundo de la economía y sus ingenieros.
Preferimos un espacio distinto.
Hay bosque en todas partes, allí donde surge lo heteróclito, nuevos salvajes, lanzados a la acción hacia un afuera por fin deseable.
Alzarse, ser intermediarios, en el mismo movimiento.
Decirse que el bosque no es un yacimiento de biomasa, una reserva de la biosfera, un sumidero de carbono: es una relación con el mundo.
Y, si en los ánimos resurgen las Comunas, todo un pueblo de los bosques, no es por soñar, sino para ejercer una memoria eficaz, aguzada por el presente.
En cuanto a los sacerdotes de la Civilización, los mismos que querrían venir a darnos lecciones de ecología de cabina, no pensamos embarcar en su «nave espacial Tierra».

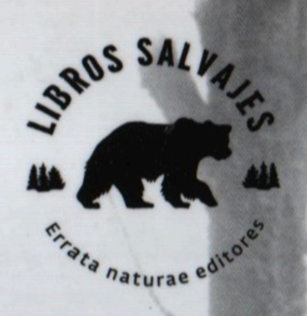
No vamos a dejarnos gobernar más.

Somos el bosque que se defiende.

etresforets@riseup.net

Ser
bosques es el vigésimo
quinto libro de la colección Li-
bros salvajes. Compuesto en tipos Dante,
se terminó de imprimir en los talleres de KAD-
MOS por cuenta de ERRATA NATURAE EDITORES en
febrero de 2020, ya casi una década después de que José
«Zé Cláudio» Ribeiro da Silva y Maria do Espírito Santo da
Silva fueran asesinados a tiros en Nova Ipixuna, al noreste
de Brasil, cerca de Praialta-Piranheira, la reserva sostenible
donde habían trabajado durante veinticuatro años y por la
que habían decidido adherirse al Conselho Nacional das Po-
pulações Extrativistas, una organización de la sociedad civil
dedicada a la preservación de los bosques de la Amazonia,
para la cual, a pesar de las amenazas de muerte reci-
bidas, llevaron a cabo una campaña contra la de-
forestación ilegal y contra el terrateniente que
pretendía convertir el bosque primario
de la reserva en pastizales para el
ganado.





La civilización occidental se ha construido, piedra a piedra, sobre las cenizas de los bosques. Pero, además de ser devastados para obtener materias primas, los bosques también han sido arrasados porque, desde que hay memoria, fueron refugio de hombres y mujeres libres, herejes y resistentes, de todos aquellos que no se dejan gobernar.

Hoy en día, esa dinámica política y económica que sigue asolando las masas arbóreas se denomina «ordenación territorial», pero debe entenderse como una guerra de baja intensidad: contra los bosques, pero también contra los animales y las comunidades humanas que los habitan. Y que los defienden, muchas veces con su vida, pues no olvidemos que, más allá de los *bulldozers*, los gases lacrimógenos y las pelotas de goma de nuestras democracias, el asesinato de activistas medioambientales se ha duplicado en la última década.

Para todos esos activistas, y para la parte de la sociedad a la que representan, el bosque es asiento de la comunidad, refugio temporal, lugar sagrado, amparo de lo salvaje. Por ello los campesinos mexicanos de Guerrero llevan quince años luchando contra la explotación industrial de aquel territorio; los tramperos del pueblo cree, en Canadá, defienden el bosque boreal contra la deforestación; los penan de Borneo se arman de cerbatanas contra las compañías de palma aceitera; en Renania, la resistencia se organiza para bloquear la extracción de lignito en uno de los últimos bosques primarios de Europa; la ZAD de Notre-Dame-des-Landes se enfrenta al Estado francés y sus leyes…

Por doquier se libran batallas en las que resuena una misma idea: el bosque no es un yacimiento de biomasa, ni una zona para el libre desarrollo de infraestructuras, ni una reserva de la biosfera, ni un sumidero de carbono. El bosque es un pueblo que se subleva, una defensa que se organiza, imaginarios que se intensifican. Hay bosque allí donde ya no se puede soportar la miseria existencial generalizada. Hay bosque allí donde somos bosques, allí donde somos ingobernables.